



HQN

Lorraine
Cocó

Con la suerte
en los
tacones

amor en cadena

Lorraine Cocó

Con la suerte
en los
tacones

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 TW Consulting, S.L.
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Con la suerte en los tacones, n.º 79 - julio 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-6838-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Índice](#)
[Dedicatoria](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para mi niña, mi Istar particular,
tú ya sabes por qué.*

Capítulo 1

—No me puedo creer que en mi último día en Nueva York me hayas traído a hacer yoga —protestó Kat en un susurro, resoplando con evidente desgana.

—No te quejes. Tú eres la que se va a recorrer el país con su novio cachas, y yo, la que me quedo a pasar el peor verano de calor en siglos en esta ciudad. Sola, sin novio y sin fumar. Un poco de apoyo por tu parte no me vendría mal —le contestó Ishtar de malas pulgas.

Miró a su monitor de yoga, un tipo de unos treinta y largos años, con un cuerpo estupendo y un halo misterioso y místico que en otra época de su vida le habría hecho temblar las rodillas, pero que en ese momento la dejaba fría. Vio que colocaba un dedo sobre sus carnosos labios para indicarles que guardasen silencio. Ishtar suspiró con fastidio.

—Ahora tenéis que inspirar elevando los brazos y espirar por la boca enérgicamente al bajarlos —dijo el monitor, y ella pensó que era exactamente lo que acababa de hacer, resoplar—. Ahora inhalad en la posición inicial y, flexionando el tronco, espirad enérgicamente sacando la lengua —continuó.

—*Eztamoz* para una foto —le susurró Kat, hablando con la lengua fuera.

Ishtar no pudo evitar reírse viendo a su amiga hacer la payasa. ¡Cuánto la iba a echar de menos!

Desde que se había ido a vivir con Randy, su prometido, a Knoxville, ya solo la veía cada tres semanas, cuando Kat iba a las oficinas de *QBV*, la revista de moda para la que escribía. Pero, en esta ocasión, la separación duraría dos meses: Kat se iba a acompañar a su novio en su gira de conciertos por todo el país, y a ella le quedaba soportar aquel caluroso y asfixiante verano en Nueva York. Sola. Hacía un mes que había terminado la relación de siete años con Kevin, enfrentándose de esta manera, y después de muchos años, a su nueva condición de mujer soltera. Con treinta y un años, casi treinta y dos, y habiendo dejado recientemente de fumar. La ansiedad se la estaba comiendo por los pies y por eso pensó que las clases de yoga y meditación eran exactamente lo que necesitaba.

—Exhalar completamente el aire antes de iniciar el movimiento. Sumir

y soltar el estómago unas treinta veces. Permanecer sin aire durante las contracciones e inhalar volviendo a la posición inicial.

—¿Sabes lo que necesita mi estómago de verdad? —le preguntó Kat, volviendo al ataque—. Uno de esos *bagels* rellenos de Sack's, y un batido de chocolate con nata y virutitas de colores por encima como las que les ponen a los...

—¡Está bien, está bien! —dijo Istar, elevando la voz. El resto de asistentes a la clase de yoga la miraron con una mezcla de sorpresa y reproche por interrumpir su esmerada concentración—. Lo siento, chicos, pero mi amiga tiene razón. Esto no se quita con respiraciones. Necesitamos calorías y buen sexo. Eso sí te deja relajada —se agachó a recoger la esterilla de ejercicios del suelo y su estómago bramó—. ¡Que sean dos *bagels*! —le dijo a Kat con una mueca.

Su amiga no lo pensó dos veces y salió de la sala de yoga como si la estuvieran pinchando en el trasero.

Una vez en Sack's, Kat observó a Istar mientras esta sorbía su batido helado de fresa. Estaba más callada de lo habitual y aquel ceño fruncido que exhibía desde su llegada a la ciudad no podía significar nada bueno.

—Bien, ¿lo vas a soltar ya o no? —la instó a hablar.

Istar apuró el contenido de su copa ruidosamente y Kat suspiró poniendo los ojos en blanco.

—No me pasa nada —le contestó Istar, en un tono nada convincente.

—Ya... Muy bien, pues dime lo que no te pasa. Porque o tienes una explicación para este comportamiento errático tuyo, o eres una alienígena que está suplantando a mi amiga.

—Eres muy graciosa, ¿sabes? Creo que de hecho ese sentido del humor tuyo tan desternillante es lo que más voy a echar de menos cuando te vayas —le dijo Istar concentrada en doblar en diminutos triángulos su servilleta de papel turquesa con el logotipo de Sacks's.

—Así que es eso... —comenzó a decir Kat, buscando la mirada de su rubia—. Yo también voy a echarte de menos, Istar. Sé que no es el momento para irme: la ruptura con Kevin, la proximidad de tu cumpleaños... —Kat hizo una pausa, esperando que su amiga hiciese algún gesto que le revelase que iba por buen camino en sus conclusiones.

Istar no lo estaba pasando bien. La ruptura con Kevin había sido un mal necesario. Llevaban mucho tiempo juntos, nada menos que siete años, demasiados, tirados por el desagüe de las relaciones vacías y sin sentido.

Le había tomado más tiempo del debido tomar la decisión de acabar con esa relación que, aunque no le aportaba nada de lo que ella necesitaba y esperaba de un hombre, sí la había hecho sentir segura. A Istar, con toda la fortaleza que exhibía, no había nada que le diese más miedo que la soledad. Y por alguna estúpida razón había estado pensando durante años que era mejor estar mal acompañada que sola. El hecho de estar a punto de cumplir años tampoco ayudaba. Se veía un año más vieja. Sobre todo, más vieja para estar soltera. Además, le traía algunos recuerdos dolorosos de la infancia de los que sabía que no estaría dispuesta a hablar.

Istar por fin la miró y tomó su mano.

—Sí, es el mejor momento para irte. No quiero que te preocupes por mí. Y claro te voy a echar mucho de menos, sabes leer en mí como nadie. Y sí, también tienes razón en todo lo que has dicho. Me siento un poco perdida, descolocada, desquiciada, desubicada...

—Bueno, ahora no le echas la culpa a la ruptura de todo eso. Ya estabas así antes —le dijo Kat, sacándole la lengua con una mueca.

Istar se echó a reír, con esa risa genuina y ligeramente ronca que volvía locos a los hombres, y Kat supo que saldría de aquello. Istar era una mujer fuerte, luchadora, trabajadora, intuitiva, imaginativa... En definitiva, maravillosa. Llevaba años esperando que tomara las riendas de su vida y por fin iba a hacerlo. Iba a ser difícil para ella, pero lo conseguiría.

—Y tú, ¿cómo llevas lo de pasar el verano de gira con Randy y al mismo tiempo preparar una boda? —le preguntó Istar, queriendo cambiar de tema. No quería empañar las últimas horas que le quedaban con Kat antes de que esta se marchase durante meses.

Kat suspiró y sonrió con mirada soñadora.

—Es un poco locura, la verdad. Menos mal que Martha, Daryle y Georgia me están ayudando. Como la celebración es en Oakriver, ellas pueden hacerlo sin problemas.

—Con la familia de Randy te ha tocado el premio gordo —dijo Istar, pensando que ella no había tenido en siete años, ni de lejos, la buena relación que mantenía Kat con la familia de su novio—. ¡Va a ser espectacular ver como te casas con el señor Randy Buxton! —le dijo Istar sinceramente emocionada—. Pero más te vale no ponerme un traje de dama de honor en plan merengue, o te arruinaré la boda —la amenazó con la cuchara de su batido.

—Ya veré lo que hago. Porque, la verdad, creo que estarías adorable con un vestido de esos en amarillo brillante, o rosa demoledor, todo lleno de encajes, brillantitos...

—Te estás jugando la vida, futura señora Buxton —le advirtió, escondiendo una sonrisa—. No voy a ir ningún sitio vestida de payasa. Como una de las blogueras de moda más importantes de esta ciudad, tengo una reputación que mantener —dijo, enarcando una ceja con expresión altiva. Cruzó las largas piernas y se reclinó en el asiento, adoptando una postura que ni las mejores modelos conseguirían para la portada de *QBV*, antes de agregar—: Y ahora, hablemos de lo realmente importante. ¡Tu despedida de soltera!

Capítulo 2

Isthar llegó a casa unas cuantas horas más tarde. No había anochecido, pero faltaba poco. El día regalaba sus últimos rayos de sol y, al mirar por la ventana de su apartamento en la planta veintitrés, la espectacular imagen de Nueva York bañada de naranjas y purpuras le erizó la piel. Adoraba aquella ciudad de acero y cemento. No se imaginaba en ningún otro lugar en el mundo. Le encantaba su vida, ajetreada, loca y ligeramente glamurosa. Su apartamento era pequeño, como los de la mayoría de las personas que vivían en aquella enorme y cosmopolita ciudad. Pero, a pesar de sus diminutas dimensiones, era coqueto y acogedor. Nada que ver con el estado en el que se lo había vendido Kat, que había sido la inquilina anterior.

Cuando Kat y Randy se comprometieron y su amiga decidió irse a vivir con él a Knoxville, antes de que esta pusiese el piso a la venta Ishtar se ofreció a comprárselo. Utilizó todos sus ahorros en entregar una buena entrada y acondicionar el pequeño apartamento, que ahora era una exquisita muestra de coquetería y elegancia.

Lo recorrió con mirada satisfecha. Su carrera como bloguera y diseñadora de joyas también iba viento en popa. Tenía casi un millón de seguidores que cada semana se dejaban aconsejar por ella y su análisis de las últimas tendencias en moda. Su trabajo como diseñadora le permitía expresar su creatividad y poco a poco se estaba convirtiendo en una marca consolidada. Todo iba sobre ruedas. Después de toda la inversión económica que había hecho en su nueva vida, iba al día con los gastos, pero no podía quejarse. Tan solo una faceta de su vida le quitaba el sueño cada noche: su vida amorosa, o la inexistencia de la misma.

No echaba de menos a Kevin, no podía hacerlo cuando durante años había sido consciente de que él para ella era poco menos que un complemento. Le tenía cariño. Pero el cariño se le coge a cualquier persona que forma parte de tu vida durante mucho tiempo. Kevin nunca le despertó mariposas en el estómago, ni le hizo hervir por dentro. Durante mucho tiempo se convenció de que así debía ser. Lo mejor para ella era tener una relación segura, en la que nadie fuese a abandonarla, nadie pudiese hacerle daño. También pensó que las relaciones como la suya eran

a lo que deberían aspirar todas las mujeres. Pero entonces apareció Randy en la vida de Kat.

Ishtar vio el brillo en los ojos de su mejor amiga, feliz hasta decir basta, y cómo luchaba por su relación, y entonces se dio cuenta de que había sido una cobarde. Tuvo una visión de lo que sería su futuro si seguía con Kevin y no le gustó lo que vio.

Había sido un buen revulsivo, y supo desde ese momento que algo había cambiado en su interior de manera definitiva. Quería lo que Kat y Randy tenían. Tal vez no lo consiguiese nunca y pasase el resto de su vida sola, soñando con lo que podría haber sido su vida. Una vida que anhelaba desde niña, con un marido y al menos un niño que llenase sus días de sonrisas infantiles, miradas desafiantes y manchas de chocolate en su immaculado sofá de cuero blanco.

Al llenar su mente con las imágenes de su bebé imaginario, algo se le encogió en el interior. Ese había sido su mayor sueño y anhelo desde niña, ser madre, y se preguntaba cómo iba a conseguir cumplirlo. Kat y las chicas le decían que tenía que dejar de imaginarse el futuro como algo fijo, como una fotografía estática de su vida, y empezar a visualizarla como un abanico de opciones que estaban por llegar. Decían que la vida iba a depararle millones de sorpresas y tenía que estar dispuesta a disfrutarlas con la mente abierta. Tal vez tenían razón y debía dejarse llevar por las sorpresas que le trajera el destino. Desde luego, aquella opción sonaba mucho más apetecible que la de pasar el resto de sus días aferrándose a algo que tal vez no llegase a tener nunca.

Volvió a mirar por la ventana y decidió que iba a disfrutar de uno de esos pequeños y valiosos momentos de la vida. Desde el tejado podría ver toda la ciudad bajo aquel manto mágico de colores imposibles y decidió subir para empaparse de toda esa energía y calma. Tomó las llaves de su apartamento y, justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, vio que Clementina, la portera, le había dejado el correo sobre la mesa de la entrada. Le había dado una llave al mudarse allí, para que pudiese recogerle los paquetes con materiales que recibía a menudo para la confección de sus diseños. Había varias cartas de proveedores, invitaciones a eventos, un par de catálogos de moda y un par de cartas del banco. Decidió llevarse todo consigo y revisarlo arriba.

La terraza era, sin duda, el mejor lugar en el que pasar aquellas últimas horas del día y las calurosas noches en verano, lejos del asfalto caliente,

lejos del bullicio de aquella ciudad que no daba un respiro con su frenético ritmo. Nada más salir, vio además que Clementina, una mujer que rondaba los cincuenta y se comportaba con los inquilinos como una madre atenta y amorosa, había decidido acondicionar la terraza con plantas aromáticas y flores de vivos colores. Una sencilla mesa y unas cuantas sillas de plástico completaban el improvisado conjunto. Le gustó. Al día siguiente le daría las gracias con una de sus últimas creaciones: una pulsera en cobre con incrustaciones de ámbar, que la mujer había admirado cuando aún estaba a medias. La terminaría esa noche para ella.

Se aproximó al filo de la terraza y divisó la ciudad que, desde esa altura, era un auténtico espectáculo. Inspiró y atrapó en sus pulmones tanto oxígeno como pudo. Elevando los brazos, comenzó a repetirse uno de los últimos mantras que había aprendido de su recientemente adquirido maestro de meditación. Le había enseñado varios, pero este servía para cargarse de energías y positivismo. Se suponía que debía entregarse a la recitación de dichos mantras cada vez que lo sintiese necesario, pero ella solo lo hacía cuando estaba segura de que nadie la vería y la tomaría por una loca.

—Sabía que subirías aquí esta noche —le dijo una voz que reconoció inmediatamente.

Sobresaltada, abandonó su meditación y miró a Kevin con una mezcla de sorpresa e incomodidad.

—¿Qué haces aquí, Kevin? Acordamos en que me darías el espacio que te pedí.

—Ya lo sé, nena, pero te echo de menos.

«Ojalá pudiese decir lo mismo», pensó Ishtar, pero no era así. Había odiado verse sola, pero no había echado en falta a Kevin. De hecho, en más de una ocasión se había sentido aliviada: no había tenido que fingir que le apetecía hacer alguna actividad con él, ni buscar una excusa para disfrutar de unos momentos sola que le permitiesen recobrar algo del oxígeno que sentía en la opresora farsa que era su relación.

—Kevin, será mejor que te marches —le dijo cuando vio que él comenzaba a andar con la intención de acercarse a ella. Su tono fue lo suficientemente contundente como para que Kevin detuviese sus pasos de inmediato.

—Nena, en serio, creo que este mes ha sido tiempo más que suficiente de separación. Sabes que deberíamos estar juntos. Yo te conozco, sé lo que

quieres...

—De verdad, Kevin, no veo necesario mantener esta conversación. Te dije que me había dado cuenta de que esto no es lo que quiero. No tiene sentido que ambos estemos perdiendo el tiempo.

—Sé lo que dijiste y he estado pensando en ello —la interrumpió él, aventurándose a dar un paso hacia ella—. Todo esto ha sido culpa mía. Conocía tus sueños: tus ganas de casarte, de formar una familia... y tardé demasiado en decidirme. Sé que te cansaste de esperar, pero, de veras, cariño, yo estoy dispuesto a darte eso y mucho más —dijo él, arrodillándose ante ella.

Isthar sintió como se le detenía el corazón en seco en el pecho. ¿Estaba él a punto de hacer lo que parecía? La incredulidad hizo que abriese la boca, pero las palabras no salieron de ella. Las frías manos de dedos largos de Kevin sorprendieron a Ishtar, aprisionando las suyas en un movimiento rápido que no le dio tiempo a prever.

—Por favor, Ishtar... Cásate conmigo —le dijo él con voz temblorosa y afectada, y el corazón de Ishtar volvió a latir.

Capítulo 3

—¿Que hizo qué? —le preguntó Adele, otra de sus mejores amigas, perteneciente al grupo de cuatro mosqueteras que formaban junto con Kat y Lein. El silencio al otro lado del teléfono le había dejado claro su estado de shock.

—¿Estás bien? —le preguntó Isthara desmereándose en la cama—. Debí decírtelo con un buen desayuno. Dar noticias como esta a una embarazada, y por teléfono, no es buena idea. Si te sale el niño con cara de susto no me lo perdonaré jamás.

Adele comenzó a reírse ante aquella ocurrencia.

—Es que te lo recordaría toda la vida, y te tocaría sacarlo a pasear al parque cada día como una buena madrina.

—Eso está hecho —le dijo ella, orgullosa de que Adele le hubiese dicho hacía una semana que quería que cumpliera ese papel en la vida de su futuro bebé. Aunque aún quedaban varios meses, contaba los días para ver el rostro del pequeño o pequeña.

—Vamos al grano. Cuéntame exactamente lo que te dijo —la instó Adele.

—Ya te lo he dicho, eso fue todo...

—¿Cómo que fue todo? ¿No te dijo nada más? ¿Qué le dijiste tú? ¿Os vais a casar?

—¡No! —exclamó efusivamente—. ¡Adele! ¿Cómo voy a casarme con un hombre por el que no siento nada?

—Tranquila, fiero, solo quería estar segura de que no te dejabas llevar por la posibilidad de conseguir la foto del marido y el hijo perfectos.

—No sería el marido perfecto. Ya lo sabía, pero cuando además se puso a llorar y sorber mocos ante mi negativa, me quedó claro del todo.

—¿Eso fue lo que hizo? Pobre...

—No me hagas sentir como la mala. Bastante culpable me siento ya.

—No tienes que sentirte mal por luchar por tu felicidad. También es bueno para él. Así podrá conocer a una mujer más parecida a él.

—Sí, eso espero, porque no fue agradable verlo de nuevo. Me remueve muchos sentimientos por dentro, pero ninguno que me haga sopesar la posibilidad de una reconciliación.

—Eso es bueno, significa que has tomado la mejor decisión terminando con él. Ahora podrás centrarte en tu nueva vida. ¿Y después se fue sin más?

—Bueno... Más o menos. Intentó que lo invitase a entrar en casa con la excusa de revisar si había correspondencia para él. Imagino que su intención era hacerme cambiar de idea de una forma más... íntima. Si él supiese que en ese terreno siempre me ha dejado fría... En fin, que le dije que no había nada y que lo mejor era que se marchase. Que era la mejor forma de seguir guardando un bonito recuerdo de estos siete años de relación. Y se marchó. No fue fácil hacerle daño de esa manera.

—Imagino que no. Kevin no es un mal tipo, pero no es el adecuado. Continuar con esto solo iba a haceros más daño a los dos.

—Tienes toda la razón —dijo Istar con un gran suspiro.

No le iba a reconocer a su amiga que no había sido tan sencillo tomar esa decisión. Cuando lo vio arrodillado frente a ella, una parte suya, una débil y patética, estuvo a punto de decir que sí. Era la parte a la que había estado escuchando durante esos siete años de relación, la que le decía cada mañana que, si no estaba con él, al final se quedaría sola y jamás cumpliría su sueño de tener una familia. Las relaciones anteriores a Kevin le habían dejado un pésimo sabor de boca: no había salido más que con patanes infieles y egoístas. Había dado tumbos de una relación tóxica a otra hasta que conoció al atractivo contable. Kevin era apuesto, un poco soso y con unos gustos que diferían mucho de los de ella, que era una persona inquieta que estaba siempre dispuesta a realizar actividades nuevas y excitantes. Él era un hombre confiable, seguro, y aletargado. Le había dado la seguridad, durante años, de saber que no le iban a romper el corazón, pero durante ese tiempo también había sentido como se estaba contagiando de esa falta de entusiasmo del hombre con el que salía, y cada vez se sentía menos ella misma.

Aun así, cuando él se arrodilló y le propuso matrimonio, y vio que su sueño de ser madre y tener una familia estaba a tan solo dos pasos de distancia, algo en su interior quiso dejarse llevar de nuevo por aquella seguridad prometida. Por suerte, otra voz mucho más fuerte, su propia voz encerrada durante años, se rebeló, gritándole que la oportunidad se la debía dar a sí misma.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dijo Adele, sorprendiéndola.

Istar sonrió y comenzó a emocionarse.

—Bueno, bueno, si tan orgullosa estás, lo que tienes que hacer es invitarme a un buen desayuno.

—Ah, no. No pienso volver a Sack's hasta que tenga a este bebé glotón. Estoy casi de cinco meses y he cogido seis kilos. He leído que la mayor parte del peso se gana en el último trimestre del embarazo. Aún me queda poco menos de la mitad y ya estoy como una vaca.

—Estás estupenda...

—Estupendamente redonda. Si quieres quedamos para dar una vuelta y hacer algunas compras. Ahora que ya he dejado la fase de los mareos y los agotamientos, me siento con más ganas de hacer cosas. ¡Vamos a comernos la ciudad!

—¿Pero no habías dicho que no querías comer? —le preguntó Istar, riéndose de ella un poco.

—Muy graciosa. Ya sabes a lo que me refiero. Además tengo que hacer algunas compras para el bebé y hacerlo sola se me hace un poco cuesta arriba.

—Tranquila, para eso estamos las chicas. Sabes que Lein y yo estaremos contigo en todo —le dijo, intentando infundir confianza a su amiga.

Adele les había dado la sorpresa de su embarazo hacía un par de meses, cuando les reveló que, sin decírselo a nadie, se había sometido a una inseminación artificial para así hacer realidad su deseo de ser madre. Adele era la mayor del grupo —tenía treinta y ocho años—, y aunque todas sabían de su deseo de convertirse en madre y que su reloj biológico le decía a gritos que era el momento, nunca pensaron que se plantease someterse a una inseminación. La admiraba por haberse animado. Iba a hacer realidad su sueño sin esperar a que otras personas lo cumplieren por ella. No necesitaba a un hombre, les había dicho, y lo había demostrado. Llevaba todo el proceso increíblemente bien, pero a veces las buscaba para sentirse acompañada con alguna tarea, como en esa ocasión con las compras.

—¿Quedamos en un par de horas en el centro comercial? Quiero terminar una pulsera para Clementina y darme una buena ducha antes de marcharme.

—Claro, tranquila. Voy a llamar a Lein por si quiere acompañarnos.

—Fantástico, hace casi un mes que no la veo. Ha estado muy ocupada con la compañía de danza y la tienda. También tendrá novedades que

contarnos.

—Seguro que sí. Pues nada, preciosa, nos vemos en un par de horas. ¡No llegues tarde! —le advirtió Adele, recordándole que su impuntualidad era algo archiconocido por su entorno—. No está bien hacer esperar a una mujer en mi estado.

—¡Vaya cuento tienes! Pero, tranquila, seré puntual, como te digo solo voy a hacer una par de cosas —le aseguró.

Pero, dos horas después, mientras sus amigas la esperaban frente al centro comercial para ir de compras, Istar seguía en su apartamento. Sentada en el suelo de madera del salón, con la espalda apoyada en la puerta y la cabeza entre las manos, tenía la correspondencia que no había podido revisar el día anterior, abierta y esparcida frente a ella. Suspiró con fuerza intentando tranquilizarse y preguntándose si eran esas la clase de sorpresas que le estaba guardando el destino.

Capítulo 4

—¡Hijo de puta! —fue lo primero que dijo Lein al leer el contenido de la carta que ella acababa de dejar sobre la mesa, en la cafetería. Y fue como despertar abruptamente en mitad de una pesadilla.

Ese no era el lenguaje que Lein solía utilizar, conservaba siempre una actitud mucho más *happy* y despreocupada ante todo, pero entendía perfectamente el sentimiento que la había llevado a reaccionar de aquella manera. Ojala lo hubiese hecho ella. Sin embargo, desde que había leído la carta se había quedado en estado catatónico. No podía creer lo que sugerían aquellas diez líneas mecanografiadas en papel grisáceo, como una sentencia de muerte. ¿Cómo era posible que hubiese estado tan ciega?

—¿Has hablado con él? ¿Te ha dado algún tipo de explicación? —fue el turno de Adele, quien, aunque parecía mucho más tranquila que Lein, lo desmentía con el ritmo frenético de su tacón aporreando contra el suelo.

—No, no lo he llamado aún.

Sus amigas la miraron sin comprender.

—Es que... no me lo podía creer. Ayer me pidió que me casara con él...

—¿Que hizo qué? —preguntó Lein, alucinando, mientras miraba alternativamente a sus amigas—. ¿Por qué soy siempre la última en enterarse de las cosas?

—Llámalo ahora. Sé que ha sido una sorpresa, que debe costarte creer que un tipo aparentemente inofensivo como Kevin pueda haberte hecho algo así. Nos ha tenido engañadas a todas. Pero no solo tiene que darte una explicación, tiene que solucionar esto, ¡ya!

Isthar volvió a tomar el papel entre sus dedos y releyó las líneas: su banco le daba un ultimátum, un plazo de ocho semanas para regularizar el pago de las tarjetas de crédito por valor de veinticinco mil dólares que Kevin había solicitado a su nombre hacía varios meses. Como contable, Kevin se había ofrecido años atrás a ocuparse de la contabilidad de Isthar, y ella, que odiaba aquella rutinaria y nada creativa tarea, se había mostrado más que contenta de delegarla en él. Para entonces ya llevaban un par de años saliendo y confiaba en él lo suficiente como para hacerlo. Jamás pensó que fuese capaz de estafarla, que pediría tarjetas a su nombre y agotaría los saldos, dejándola con una deuda imposible de cubrir en

aquel momento, después de la compra y la reforma de la casa. La carta finalizaba con una última advertencia: como su flamante casa era el aval que se había usado para solicitar dichos importes, sería embargada de no cumplir con el último plazo establecido por el banco, pues, según ellos, ya se habían agotado todos los avisos previos a la ejecución del periodo de liquidación. Una cosa tenía clara: ella no había recibido ninguna notificación previa. Kevin había estado ocupándose de quitarle la correspondencia también. Recordó su insistencia por ver si había algo de correo para él la noche anterior.

—¡Voy a matarlo! —sentenció.

Tomó su teléfono y marcó el número de Kevin, mucho más resuelta a solucionar aquel tema cuanto antes. No iba a perder su casa, su forma de vida, por aquel...

—¡Kevin! —gritó al escuchar su voz al otro lado de la línea telefónica, pero inmediatamente se dio cuenta de que se trataba del mensaje de su contestador—. ¡Maldito cabrón!—dijo, más para ella misma que para él. Dejó que terminase el mensaje y comenzó a hablar. Para entonces la furia se había apoderado de ella—. Kevin, maldito gusano cabrón. ¡Da la cara inmediatamente! Acabo de descubrir lo que has estado haciendo con mis cuentas, más te vale ponerle solución inmediatamente sino quieres que... —la interrumpió el pitido que le informaba de que el tiempo de mensaje se había agotado. Se quedó mirando el aparato en su mano, como si no lo reconociese. El dolor y la rabia que la poseían en partes iguales amenazaban con hacerle estallar la cabeza. Si tuviera a Kevin cerca en ese momento le haría daño físico, de verdad.

Su estado de descontrol se hizo evidente cuando intentó inspirar, y no encontró aire con el que llenar sus pulmones. Se mareó y tuvo que sujetarse con fuerza a la mesa.

—¿Cariño, estás bien? —le preguntó Adele, tomando una de sus manos.

—No, pero lo estaré. En cuanto ponga las manos encima de ese gusano y acabe con él —contestó ella cuando pudo respirar. Cerró los ojos y comenzó a recitar uno de sus mantras—. Inspirar. Uno, dos, tres...
Aummm

—Creo que ha perdido el norte —dijo en un susurro Lein a Adele.

Esta le propinó una patada por debajo de la mesa y miró a su amiga con preocupación. Sabía que ni Lein, que hacía apenas un par de meses que acababa de crear su propio negocio, ni ella, con sus recientes y crecientes

gastos médicos, estaban en disposición de poder ayudarla económicamente. La única que podría hacerlo era Kat, pero, como si le leyese la mente, Istar abrió uno de sus azules ojos y levantó un dedo a modo de advertencia.

—Ni se os ocurra contar nada de esto a Kat, ¿entendido? O todo lo que tengo pensado hacerle al malnacido de Kevin, os lo haré también a vosotras —les dijo muy seria.

—Pero... —quiso protestar Lein.

—¡Pero nada! Yo lo solucionaré, sola.

Pero tres días más tarde seguía sin encontrar una situación a aquel desastre. Kevin estaba desaparecido. Sin duda, aquel enfurecido mensaje en el buzón le había dado la oportunidad de huir sin tener que enfrentarse con ella. Lo buscó en el trabajo, y su primera sorpresa fue descubrir que hacía tres meses que había sido despedido. Se preguntó qué habría estado haciendo él todo aquel tiempo y cómo es que ella no había sido capaz de verlo. Tampoco encontró rastro de él en su apartamento. Visitó a un amigo policía en la comisaría y este le confirmó lo que ella ya intuía: había sido el desfalco perfecto. Ella misma había autorizado a Kevin a operar en sus cuentas y en su nombre. De ninguna manera podía demostrar que no hubiese sido ella la que hubiese mandado solicitar aquellas tarjetas, pero sí era la única responsable de hacer frente a los pagos. Estaba arruinada.

Solo tenía ocho semanas para hacer frente a los pagos. Ocho semanas y ninguna posibilidad de conseguir el dinero por ella misma.

Se dejó caer sobre el escritorio que tenía en su habitación, sobre los papeles que llevaba días analizando y por fin se permitió abandonarse a un llanto roto, lleno de rabia y frustración. Todos los hombres eran unos gusanos. No había ni uno decente. El que no se la había jugado con otras mujeres le robaba todo cuanto tenía. Si esas eran las sorpresas que le tenía preparado el destino, que se las metiera por el...

El sonido del teléfono interrumpió sus destructivos pensamientos. Sobresaltada, comenzó a buscarlo entre los papeles del escritorio, una tarea imposible por la gran cantidad de ellos que tenía esparcidos. Comenzó a despejar el escritorio con enfado, lanzando todo su contenido con rabia y desesperación. Los papeles salieron volando hasta el suelo, y

su teléfono entre ellos, que chocó con violencia contra la moqueta de su cuarto. Pero aun así no cesó la llamada. Se limpió las lágrimas con las manos y sorbió ruidosamente antes de suspirar y coger con resignación el aparato del suelo.

—Diga... —contestó con desgana.

El silencio al otro lado del teléfono le anunció que ya habían colgado. ¿Sería Kevin atreviéndose a dar la cara? Desechó la idea al instante. Iba a lanzar el aparato sobre su cama antes de ponerse a recoger el desastre que acababa de organizar cuando el aparato volvió a sonar y vibrar en su mano. Tomó la llamada y esperó.

—¿Señorita Holt? —preguntó una voz suave y masculina al otro lado de la línea telefónica—. ¿Señorita Istharr Marie Holt? —volvió a preguntar ante su silencio.

Nadie la había llamado así en años. Desde que su padre... No quería pensar en ello. Simplemente no le gustaba el «Marie» y se aseguraba de que nadie conociese su segundo nombre.

—Señorita Holt, ¿está ahí?

Se dio cuenta de que tenía que decir algo y, frotándose la frente, finalmente decidió contestar.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —preguntó con un tono que evidenciaba las pocas ganas que tenía de mantener aquella conversación.

—Disculpe, señorita Holt. Le llamo en conferencia desde Australia. Mi intención no es molestarla, pero tenía que ponerme en contacto con usted cuanto antes.

—Y la urgencia se debe... —lo instó a proseguir. Nada podía empeorar su situación, de manera que lo dejó continuar, aunque nada la preparó para las palabras que le dijo aquel hombre.

—Lo siento mucho, señorita, pero me pongo en contacto con usted para notificarle el repentino fallecimiento de su tío Harold.

Istharr se quedó muy quieta sujetando el teléfono con fuerza, aunque no fue consciente de este hecho hasta que los nudillos comenzaron a dolerle. Solo había visto un par de veces al tío Harold, cuando era una niña. Cuando su padre aún estaba con ella. Antes de que se marchara y las abandonara a ella y su madre. Por entonces Istharr tenía doce años. Lo necesitaba más que nunca, pero él se marchó sin mirar atrás para formar otra familia. El tío Harold era el único hermano de su padre. La única familia por su parte que podía haberlas ayudado a su madre y a ella

cuando más lo necesitaron, pero no fue así. Con su padre también acabó cualquier contacto con su tío. No entendía por qué le notificaban a ella su muerte.

—No lo entiendo. Mi tío y yo nunca tuvimos una relación cercana. Estoy segura de que debe haber otros familiares...

—Señorita Holt, me pongo en contacto con usted porque su tío la ha nombrado única beneficiaria de su herencia.

Las palabras del hombre retumbaron en su cabeza. Incapaz de saber cómo debía asimilar esa información, se dejó caer en la cama, agotada.

Capítulo 5

Isthar miraba una y otra vez toda la información que le había enviado el abogado del tío Harold y se preguntaba por qué las cosas no podían ser más sencillas. Conocida su situación económica y tras asumir la muerte de su tío, decidió que tal vez el destino le estaba enviando otro de sus mensajes, esta vez en forma de succulento cheque que le permitiese cubrir la deuda con la que la había dejado el gusano de su exnovio. Pero no había sido así. El tío Harold no tenía un chavo, un dólar, una mísera moneda que dejar a su sobrina. Su única posesión consistía en un rancho rústico en medio del desierto australiano, a más de doscientos kilómetros de la ciudad más próxima, Alice Springs. Las fotografías que le había enviado el abogado, junto con las copias de la escritura de la propiedad y algunos datos sobre la misma, no eran muy nítidas. Apenas se distinguía una construcción de madera y piedra en medio de un desierto de tierra roja.

«Está bien», pensó. «No hay dinero, pero hay una propiedad». Esta debería valer algo. Y así era, tenía toda la razón. Una conversación más con el abogado de su tío le aclaró que la propiedad no solo tenía valor, sino interesados en comprarla. El baile que se marcó entonces en el salón de su casa y la liberación instantánea que sintió al oír aquellas palabras no tenían precio. ¿Sería posible que el destino la estuviese premiando definitivamente por haber tomado la decisión correcta al terminar con Kevin? ¿Había alguna posibilidad de que, después de todo, fuese a tener un poco de suerte?

El abogado estuvo más que encantado de tramitar los acuerdos preliminares con los interesados en la compra: reserva y anticipo sobre la venta de la casa, a cambio de un sustancial porcentaje en la venta. Ella tan solo tendría que hacer un viaje relámpago a Australia, para comprobar el estado de la propiedad y firmar la documentación necesaria para la transacción antes de que los nuevos dueños llegasen seis semanas más tarde. Eso le daba a ella otras dos semanas para cubrir su deuda con el banco. Era todo perfecto.

O, al menos, eso pensó Ishtar mientras hacía sus maletas, avisaba a sus amigas, daba indicaciones a Clementina sobre su correo y el riego de la única planta que tenía en el apartamento. No pensaba estar más de una

semana fuera de casa. Una vez firmados los papeles no tendría nada más que hacer allí. De manera que preparó una única, pero, eso sí, gran maleta con sus cosas, entre las que estaba su ordenador, su secador y plancha para el pelo, y una caja de herramientas con abalorios y demás utensilios que utilizaba en sus creaciones, ropa y complementos.

Cuando llegó al aeropuerto JFK, su ánimo era de impaciencia y esperanza. Estaba deseando dar por finalizada la pesadilla de los últimos días. Quería recuperar su vida. Dejar de sentirse en la cuerda floja. A pesar de haberse levantado con tiempo suficiente para realizar todas las tareas previas a su marcha y llegar al menos un par de horas antes a la hora de embarque su vuelo, cuando lo hizo ya casi todos los pasajeros habían realizado el *check in*. Imaginó lo que hubiera dicho Kat si hubiera llegado tarde a coger el vuelo que acabaría con su pesadilla e hizo una mueca. Por suerte no tenía que recibir una de sus regañinas.

A las 15:25 en punto ocupaba uno de los estrechos asientos de clase turista del vuelo más barato que había encontrado a través de internet e intentaba acomodar sus largas piernas para no chocar con el asiento delantero. Resopló, consciente de lo duras que iban a ser aquellas primeras quince horas de vuelo hasta Shanghái. Ni las intermitentes conversaciones de su acompañante de asiento, una mujer de mediana edad, divorciada y que había decidido tras su liberación conyugal gastarse el dinero de su ex en recorrer el mundo, ni el flirteo insistente de uno de los auxiliares de vuelo, muy mono, demasiado joven y excesivamente sonriente, consiguieron amenizar el largo y pesado viaje. Cada vez que su ánimo desfallecía, cerraba los ojos y comenzaba con sus mantras. Al cabo de unos minutos, normalmente lo que conseguía era quedarse dormida. Cuando finalmente aterrizaron solo pensaba en escapar del avión. La escala en Shanghái fue de cuatro horas y treinta eternos minutos, a los que sumó otras insufribles diez horas con cuarenta y cinco minutos hasta Melbourne. A esas alturas, ya estaba convencida de que aquella no era una salida que le ofrecía el destino a su situación, sino algún tipo de penitencia que le estaba haciendo cumplir por todas y cada una de las malas acciones que hubiese cometido en su vida, como comprar en puestos de imitación, llevar prendas de piel natural o colarse en la cafetería para recibir su imprescindible café matutino, tonteando con el camarero, con el que no tenía intención de salir jamás. Al menos la escala en Melbourne era de veinte horas, en las que se dedicó a dormir, revisar su documentación,

hacer dos pulseras, ver la tele y llamar a sus amigas, que estaban ansiosas por saber cómo iba su viaje. Cuando entró de nuevo, al día siguiente, en el último vuelo, se sentía como si estuviese entrando al matadero. En esta ocasión solo tuvo que mantener ocupada su inquieta mente durante casi tres horas.

Eran las 14:05, hora local, cuando por fin aterrizaron en el aeropuerto Connellan. Al bajar por la escalerilla estuvo a punto de besar el suelo que pisaba, aunque después la encerrasen por loca. La verdad es que bastante desquiciada se sentía ya. Y entonces miró a un lado y a otro.

Estaba en mitad de la nada.

¿Dónde estaba la ciudad? Le habían dicho que Alice Springs era una ciudad grande. Pero el único y bajo edificio que tenía ante ella era el del pequeño aeropuerto de una sola terminal. Una única pista en medio del inmenso desierto rojo. Cincuenta y tres horas y diez minutos de viaje para encontrarse en medio de la nada. Se pasó la mano por el cabello y el rostro con desesperación y se dio cuenta de que tenía la boca seca. El calor no era acuciante: la temperatura se mantenía, según el termómetro de la pista, en unos agradables veintidós grados, que la sorprendieron para estar en pleno invierno australiano, pero el ambiente era seco hasta decir basta. Al cabo de unos minutos, reaccionó y fue hasta la zona de equipajes, cuando vio a un hombre rubio, de un tamaño descomunal, descargar su maleta y echarla sin miramientos en un carrito portaequipajes. Salió corriendo tras él antes de pensar que aquella mala bestia podría partirla en dos con solo mirarla.

—¡Ey, ey! ¡Deje mi equipaje ahora mismo!

El hombre ni se giró a mirarla, como si fuese una mosca molesta. Volvió al ataque.

—¿Me oye? ¡Le he dicho que deje mi equipaje inmediatamente! — repitió, mientras daba unos toques en la inmensa espalda del hombre con una de sus uñas moradas, de perfecta manicura.

El hombre miró por encima de su hombro mientras se quitaba unos pequeños auriculares blancos de las orejas, ocultos bajo la rubia melena que le llegaba hasta los hombros.

—¿Quiere algo, señorita? —le dijo finalmente, mirándola de arriba abajo boquiabierto. Los ademanes educados del hombre la sorprendieron. El tipo vestía unos pantalones cortos de color caqui, ajustados a su pelvis, y un chaleco en verde camuflaje sin mangas y abierto por completo,

dejando a la vista su torso musculoso y una buena cantidad de tatuajes de dudoso buen gusto. La expresión de sus vivaces ojos azules era de pura sorpresa. Tenía la piel curtida y bronceada, estaba claro que pasaba muchas horas bajo el abrasador sol australiano. Y algunas arruguitas rodearon sus ojos al repararla de arriba abajo y sonreír complacido con la visión.

Isthar se sintió un poco incómoda con el escrutinio, a pesar de haber hecho ella lo mismo con él. Y cruzó los brazos frente a su camisa de seda blanca, con gesto desafiante.

—Ha cogido mi maleta —le dijo en tono comedido. En un enfrentamiento entre los dos, estaba claro quién tendría todas las de perder.

—¿Su maleta? —repitió el hombre sin entender.

—Sí, mi maleta —dijo ella, impacientándose. Fue hasta el carrito y comenzó a tirar del asa de su gran maleta marrón de piel, pero no consiguió moverla ni un centímetro sobre la pila de equipaje.

—¿No pertenece usted al grupo de turistas? —le preguntó sorprendido el enorme individuo.

—No, no pertenezco al grupo. Y ahora, ¿sería tan amable de bajar mi maleta del montón?

—¡Claro! Sin problema. Pensaba que todo el vuelo era del grupo de turistas —le dijo el hombre, tirando del asa de la maleta y haciendo que esta descendiera del montón con suma facilidad.

—Pues ya ve que no. En fin... Gracias.

—Billy.

—¿Cómo? —pregunto ella sin entender.

—Billy. Me llamo Billy —se presentó él, ofreciéndole su enorme mano.

Isthar se lo pensó dos veces. Si ese hombre hacía la más mínima presión le ropería cada pequeño hueso de la mano, pero, finalmente, y no queriendo agenciarse los primeros enemigos en aquel inhóspito lugar, le estrechó la mano que le tendía. Billy apenas presionó la suya y le ofreció una sonrisa.

—Y entonces, señorita, ¿qué la trae por aquí?

Capítulo 6

Ella dudó si dar ese tipo de información a un completo desconocido, miró a un lado y a otro y vio que tampoco había muchas personas a las que preguntar. Fue entonces cuando se percató de la identificación que colgaba del cuello del gran Billy: una cinta roja, una chapa con su nombre y el anuncio de que pertenecía al personal del aeropuerto.

—He venido a solucionar unos asuntos...legales. Solo estaré unos días.

El gran Billy asintió como si comprendiera perfectamente.

—¿Usted podría decirme dónde estamos?

El hombre la miró sorprendido.

—Quiero decir, ¿sabe decirme a cuánto estamos de Alice Springs?

—¡Claro! A cuatrocientos sesenta y tres kilómetros —le dijo con una gran sonrisa. Parecía aliviado de que la pregunta fuese fácil.

—¿Cuatrocientos sesenta kilómetros? —gritó ella, negándose a creer que aún le quedase esa enorme distancia hasta la ciudad, más otros doscientos hasta la localización del rancho.

—Y tres —puntualizó Billy. Cuando ella lo miró alucinada, él aclaró—: Cuatrocientos sesenta y tres.

Isthar resopló profusamente, incapaz de aceptar tanta mala suerte. Finalmente se resignó a la última jugarreta del destino.

—Bien, Billy, ¿podría decirme quién puede llevarme hasta Alice Springs y después a Grover Rock?

—¿Por qué quiere ir a Alice Springs y después volver hasta Grover Rock? —le preguntó el hombre sorprendido.

—¿Cómo que volver?

—Claro, Grover Rock está a mitad de camino entre nuestra situación y Alice Springs.

Las palabras del gran Billy eran como música para sus oídos.

—Yo la puedo llevar hasta allí. Soy uno de los conductores, guías, mecánicos y abastecedores oficiales del aeropuerto.

Isthar se abalanzó sobre el hombre y lo abrazó con fuerza, aliviada. El gran Billy ni se inmutó.

—¡Gracias, gracias a Dios, y a usted, Billy!

—De nada, señorita —le dijo el hombre, cogiendo de nuevo su equipaje

—. ¿Sabe? Es usted una mujer extraña, encajará bien aquí —añadió él, dirigiéndose ya hacía su vehículo.

Isthar lo miró unos segundos. En medio de la pista, con sus tacones, su blusa sin mangas de seda, sus pequeños pantalones morados y el bolso colgando del brazo, se apresuró a salir tras él.

—¡Que solo estoy de paso! —le dijo, corriendo con sus tacones tras el gran hombre de enormes zancadas que poco después llegaba hasta su vehículo.

Billy conducía un microbús destinado, como bien le había informado él, al transporte de turistas desde el aeropuerto. Aquel viaje lo realizaba para transportar a una única ocupante: ella, que se sentó junto a la ventana en uno de los asientos más próximos al de Billy. Estaba claro que el vehículo llevaba años, muchos años recorriendo aquellas carreteras de asfalto y arena, y que hacía bastante que había perdido su brillo inicial. Los asientos de cuero ajado en gris indefinido contrastaban con un interior y exterior pintado en amarillo y verde vibrante. Un aparato de aire acondicionado, un tanque de agua en medio el vehículo y una pequeña nevera lo transformaban en el vehículo perfecto para aquellas carreteras.

A pesar de que pensó que aquellos últimos kilómetros de viaje iban a ser una tortura, Isthar acabó por disfrutar del final del viaje, tal vez por verse ya próxima a su destino, o por las impresionantes y sobrecogedoras vistas del desierto australiano. Billy no abrió la boca, salvo para hacerle notar alguna particularidad del camino y ofrecerle agua del tanque en dos ocasiones. El resto del tiempo se mantuvieron en un cómodo silencio que ella agradeció, agotada. Nunca había imaginado que viajaría a Australia. Y le encantaba viajar, pero aquel no estaba entre sus destinos deseados. Relacionaba el pequeño continente con el desierto, y ella era una chica de playa. Le gustaba el mar, la arena fina y blanca, tostarse al sol con un cóctel en la mano. Las olas, el submarinismo, el surf y las noches de playa estrelladas. Aquel ambiente, aunque no sin cierto encanto salvaje y sobrecogedora belleza, era desértico, estéril, seco, inhóspito... El último destino que hubiese elegido para pasar unos días, mucho menos unas vacaciones. Pero aun así estaba dispuesta a disfrutar del viaje, por lo menos de la parte que le restaba de él.

Poco más de dos horas después divisaron a lo lejos las primeras construcciones de Grover Rock, una pequeña población de una centena de viviendas salpicadas a ambos lados de la carretera. Tenían casi la

apariencia de un viejo pueblo del oeste. Al pasar ante las primeras edificaciones, Istar vio a algunos lugareños sentados en sillas de madera frente a los establecimientos con rótulos pintados, que ocupaban la primera fila junto a la carretera.

—¿Dónde la dejo, señorita? —le preguntó el gran Billy, sorprendiéndola.

—Pues no lo sé muy bien. Voy al rancho de mi tío, pero... No veo ninguna construcción que se parezca a la de la foto.

Billy detuvo el microbús a un lado de la carretera y le pidió la instantánea.

—Déjeme ver —el hombre tomó la fotografía entre sus grandes dedos y observó la imagen con minuciosidad—. Creo que reconozco estas rocas que hay detrás de la casa, ¿las ve? —le dijo señalándole la imagen.

Istar miró la fotografía y se preguntó cómo era posible que el hombre reconociese en la imagen unas rocas parecidas a otros miles que habían visto durante el camino y no reconociese la gran casa que había junto a ellas. Finalmente se encogió de hombros, no sabiendo qué responder.

—Voy a asegurarme. Espéreme aquí. Enseguida vuelvo —le dijo el hombre, saliendo del vehículo y dirigiéndose a un par de hombres sentados frente a una tienda de víveres.

Vio como Billy les preguntaba por la localización y los hombres se levantaban de sus sillas para indicarle cómo llegar. Mientras tanto, ella decidió echar un vistazo al pueblo. Se fijó en las personas que transitaban por la calle. Abundaban los sombreros, las camisas y vaqueros, pero también los pantalones estrechos como los de Billy, los vestidos floreados y las botas tejanas. Una figura llamó especialmente su atención. Un hombre al borde de la carretera, de cabello oscuro y gran tamaño, miró a un lado y a otro antes de cruzar en su dirección. Llevaba unos vaqueros desgastados y ajustados a sus estrechas caderas, una camisa celeste con las mangas dobladas hasta los codos y sombrero vaquero de piel clara. Los primeros botones de su camisa, abiertos, dejaban evidenciar un pecho fuerte y bronceado. Tenía la mandíbula definida y un irresistible hoyuelo en mitad de la barbilla. Mientras se acercaba a su posición Istar sintió de nuevo como se le secaba la boca. La forma de moverse del tipo, la seguridad de sus pasos, el derroche de testosterona... Era como verlo a cámara lenta, como un anuncio de Marlboro viviente. De repente le apeteció un cigarro y se sorprendió así misma mirándolo como si fuese

comida. Y entonces él, a escasos metros, llegó hasta una vieja *pick-up* descolorida y, antes de entrar, reparó en Ishtar. Sus miradas se cruzaron y por unos segundos le pareció apreciar en los ojos del desconocido el azul más increíble y fascinante del océano. Parpadeó un par de veces. Entonces él, con una devastadora sonrisa, se introdujo en el vehículo, arrancó el motor y se marchó, levantando una nube de polvo anaranjado tras su vehículo.

—Ya sé adónde vamos. Tranquila, estamos a escasos diez kilómetros del rancho. Está a las afueras del pueblo. La gente de aquí es muy amable, seguro que la harán sentir como en casa —le dijo Billy, entrando en el coche y arrancando el motor.

Ishtar tardó varios segundos en reaccionar. Aún tenía en la retina la imagen del hombre de la *pick-up*. Parpadeó confusa y respondió:

—Solo voy a estar aquí unos días, unos pocos días.

Capítulo 7

—¡Esta no es la casa! Se ha equivocado, Billy —dijo a su conductor, mirando a través de la ventana el desecho de maderas y roca al que la había llevado el hombre. Aquella no podía ser la casa. Estaba en ruinas. No se parecía lo más mínimo a la construcción de las fotografías. Las sacó de su bolso para demostrar a Billy su equivocación—. ¿Ve? Esto son unas ruinas. Lléveme a la casa de mi tío —dijo ella, reclinándose en el asiento.

Se cruzó de brazos y resopló, volviendo a mirar al frente. No quería ni volver a mirar aquel montón de escombros, eso significaría...

—Señorita, lo siento, pero este es el sitio. Lo he comprobado.

—¡Pues vuélvalo a comprobar!

Su voz resultó más chillona de lo que pretendía y Billy elevó una ceja, tal vez sopesando si la iba a tener que sacar del microbús en volandas. Volvió a mirar de lado la construcción y el alma se le cayó a los pies.

—No puede ser esta... no puede ser esta... —dijo en un susurro quedo.

Billy observó a la preciosa mujer que tenía en el asiento y se preguntó cuánto tardaría en romper a llorar. Estaba claro que había sufrido una gran decepción. La casa estaba en unas condiciones deplorables. De hecho, se alegraba de que ella no fuese a insistirle en dejarla allí, pues no creía que fuese seguro. Con certeza metería el pie en algún sitio que no debía.

—¿Está completamente seguro? —le preguntó ella, guardándose su congoja, más calmada.

Su tono resultó tan tranquilo que Billy la miró sorprendido. Esperaba el llanto de una señorita de ciudad fuera de lugar, pero la chica había tardado menos de dos minutos en recomponerse.

—Sí, estoy seguro. Señorita, ¿ve aquellas rocas de allí? —le preguntó a Ithar, mostrándole un montículo de piedras con formas curiosas. Parecían amontonadas unas sobre otras a punto de caer.

—Otra vez estamos con las rocas —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

—Las rocas no se mueven. Están allí desde el inicio de los tiempos. Desde el *dreamtime*, el tiempo de los sueños. Son sagradas. Están protegidas por los dioses.

Isthar miró a Billy parpadeando un par de veces. No se le habría ocurrido imaginarlo jamás como un gurú espiritual. Y ahí lo tenía: enorme, con esa pinta mezcla de boy scout y motero de una banda, con sus pantalones demasiados ajustados, chaleco, torso desnudo y tatuajes, mirando a las rocas y empapado de las creencias indígenas y sus dioses.

—Bueno, lo que quieres decirme es que es esta la casa y punto —le dijo ella resuelta.

—Más o menos, sí —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Bien, pues voy a verla —le dijo, definitivamente convencida de que no solucionaría nada sentada, mirándola desde el microbús. Seguro que además Billy estaba deseando perderla de vista.

—No creo que sea seguro adentrarse en la casa. Si por dentro está la mitad de mal que por fuera... Podría ser peligroso —apuntó el hombre.

—Tranquilo, Billy, iré con cuidado. Puede bajar mi equipaje. Me quedo aquí.

Y allí estaba ella de nuevo, sorprendiéndolo. Cuando le había dicho en el aeropuerto que encajaría bien allí, lo había dicho en serio. Aquella señorita tenía una mirada decidida y hasta temeraria que sin duda eran las cualidades que harían que alguien fuese a un lugar como aquel. Lo necesario para permanecer en ese desierto. Pero, aun así, ella no estaba acostumbrada a aquellas condiciones de vida. No le parecía buena idea. La observó dirigirse a la entrada de la casa con paso resuelto, aunque por el camino, en un par de ocasiones, la vio trastabillar sobre el terreno con los tacones. En cada ocasión se enderezaba, estiraba la postura y continuaba hasta llegar a la puerta. Al llegar junto a esta, sacó una llave de su bolso. La había guardado en una cajita muy mona en celeste brillante. Miró la llave, guardó la caja en su bolso y fue a abrir la puerta después de resoplar un par de veces. Pero al apoyar la palma de la mano en la madera, esta cedió a su contacto y la puerta se abrió sola. Isthar se quedó sorprendida y miró a Billy a sus espaldas.

—No solemos cerrar las puertas por aquí. Las serpientes, arañas y otros bichos entran igual sin llamar.

La piel de Isthar se erizó inmediatamente. Tragó saliva, miró al frente y se dispuso a inspeccionar con cautela la casa. No podía acongojarse en aquel momento. Aquella desastrosa casa suponía la única posibilidad de recuperar su vida. Tendría que bajar el precio a los compradores, pero aun así podría cubrir sobradamente su deuda. Miró a un lado y a otro. El

interior no daba tanto miedo como el exterior, pero estaba claro que la propiedad no estaba en condiciones de ser habitada. Había maderas partidas en techo, suelo, ventanas, escalones... El suelo crujía a su paso, aunque fuera de puntillas. El tamaño de la vivienda era impresionante: una casa grande y espaciosa, de techos inmensamente altos. La recorrió con la mirada y la imaginó con unos cuantos cientos de miles de dólares en reparaciones y no le costó vislumbrar la grandeza y esplendor de otros tiempos.

—Es bonita —dijo en un susurro, admirada.

Billy volvió a mirarla sin saber qué pensar de ella. La vio sonreír ligeramente y supo lo que ella diría a continuación.

—Deje aquí mi equipaje, Billy, me parece que he llegado al sitio que buscaba.

—Debo insistir en que no lo haga.

Isthar lo miró sorprendida.

—La casa es bonita, o lo fue, hace mucho tiempo. Pero no es un lugar seguro. Cuando le comenté lo de las serpientes y demás bichos, no estaba bromeando. El suelo está podrido. Las ventanas están rotas, el tejado también. No creo que haya agua ni electricidad. Dentro de unas horas se hará de noche y le aseguro que el último sitio en el que querrá estar será en esta casa destartada, y sola.

Tuvo que reconocer que todo lo que le había dicho era cierto. La casa estaba en unas condiciones deplorables. Y no se había parado a pensar aún en lo que supondría pasar una noche allí. Él tenía razón, pero no tenía muchas más salidas. No iba a marcharse, tenía que solucionar el tema de la casa, que estaba claro que no sería tarea fácil. Tampoco podía estar malgastando el dinero en hoteles...

—Lo siento, Billy, pero es lo que tengo que hacer. Me las apañaré. Me lo tomaré como una acampada.

—¿Ha acampado usted mucho en el desierto australiano, señorita?

Isthar chasqueó la lengua contra el paladar.

—No. No lo he hecho, pero sí lo hice de niña unas cuantas veces con mi padre... En fin. Estoy segura de que algunas cosas recordaré. No debe preocuparse —dijo, con un movimiento de su mano que pretendía quitar importancia a la desoladora perspectiva que se le presentaba, más para convencerse a ella misma que al gran Billy, que la seguía mirando con el ceño fruncido.

De repente, el rostro masculino sufrió una transformación: parecía que Billy se había visto iluminado por alguna grandiosa idea.

—¿Insiste en permanecer en esta casa, verdad? —le preguntó.

Isthar asintió vigorosamente, reafirmando su postura.

—Bien, espéreme aquí. Volveré en aproximadamente una hora. ¿Podrá no meterse en líos hasta entonces?

—Por supuesto, Billy, ¡me ofende! —le dijo ella, fingiéndose agraviada.

—Bien —dijo Billy, riendo—. Espéreme aquí —repitió, y salió a grandes zancadas de la propiedad. Segundos después lo oía arrancar el motor del microbús y volver en dirección al pueblo.

Capítulo 8

—Necesito que me consiga un contratista, ya mismo —le dijo Istar al abogado de su tío. Lo llamó en cuanto obtuvo cobertura en su móvil, subiéndose a una de las rocas más altas junto a la casa.

—¿Piensa arreglar la casa? —le dijo el hombre asombrado.

—¿Cree usted que aceptarían los compradores quedársela en este estado? —preguntó ella haciendo equilibristas sobre la roca.

—Según lo que me cuenta, no, sinceramente —le confirmó el abogado—. Pero, señorita, una obra como la que describe no solo supondrá mucho dinero, sino bastante tiempo...

Istar pensó que eran muchas pegas para una persona que se suponía estaba deseando llevarse una succulenta comisión por la venta.

—Los compradores me dejaron una buena cantidad como reserva, ¿cierto?

—Sí, así es.

—Bien, y aún quedan seis semanas para que vengan a ver la casa y firmar la venta definitiva, ¿verdad?

—Cierto, pero usted se va en pocos días. Una obra como esa supondría trabajar en la propiedad todos y cada uno de los días de esas seis semanas. ¿Cómo piensa controlar usted la obra desde Nueva York?

Istar se hizo la misma pregunta. No podía dejar allí trabajando a los operarios y viajar a Nueva York confiando en que las cosas saliesen bien. Ya había dejado demasiadas cosas en manos de otras personas y el resultado había sido nefasto. Se quedó mirando su pulsera de oro blanco con incrustaciones de piedras de colores. La había diseñado ella misma hacía un año. Llevaba cuatro piedras de diferentes colores, una por cada amiga. Giró la pulsera sobre su muñeca, viendo el juego de luces y destellos que la hacía resplandecer a la luz de aquel mágico sol, y se detuvo en la piedra verde menta que simbolizaba a Kat. Sabía lo que ella le diría: «Lucha. No hay más dirección que la que lleva tus pasos hacia delante».

—Señorita Holt, ¿sigue ahí?

—Sí, sigo aquí. Y aquí me quedo. Envíeme el dinero y a un contratista mañana mismo —le dijo con la convicción de estar haciendo lo correcto.

—Pero, señorita...

—Mañana mismo. No hay tiempo que perder. Solo tengo seis semanas. Imagino que usted está tan interesado como yo en que se lleve a cabo esta venta —se hizo un silencio al otro lado, pero ella continuó—, de manera que deje de pensarlo y haga lo que le pido —le dijo Ishar con contundencia. Colgó el teléfono y aspiró todo el aire que pudo, llenando sus pulmones por completo.

Se sentía pletórica y feliz. Imaginaba que era por el subidón de adrenalina que le confería el hecho de haber tomado una decisión. Desde luego, no la más sencilla, pero sí la que haría que recuperase su vida. Quizás se encontrase ante la situación más arriesgada que hubiese tomado jamás, pero se sentía increíblemente bien. Abrió los brazos en cruz, cerró los ojos e intentó empaparse de la energía de aquel sol que ya comenzaba a caer y otorgaba al paisaje un aspecto mágico, ancestral, hasta místico. Se sentía en la cima del mundo. Llena de paz, buenas energías y un objetivo en mente por el que luchar.

Volvió a aspirar con todas sus fuerzas y entonces sintió como algo se introducía en su boca, llegando hasta su garganta. Se ahogaba y comenzó a toser como si le fuera la vida en ello, se agarró el cuello sin dejar de expectorar e intentar respirar al mismo tiempo. En aquel angustioso momento, como si no hubiese nada peor que le pudiese pasar, uno de sus tacones resbaló haciendo que perdiese el equilibrio sobre la redondeada roca. En cuestión de segundos, y mientras seguía intentando respirar, se vio caer por las rocas, golpeándose el trasero con todas y cada una de ellas, hasta que llegó al suelo, de culo. Un grito salió de su garganta y con él la pequeña mosca que se había introducido en ella, cayendo en su mano.

—¡Puaj, qué asco! —dijo, mirando al bichejo, aplastado y mojado en su palma, que sacudió para deshacerse de él—. ¡Oh, Dios! ¡Qué dolor! —se quejó al sentir cada musculo de su espalda y trasero doloridos. Había sido una buena y estrepitosa caída que, además, la había hecho caer sobre la arena rojiza, que ahora tenía por todas partes.

—Le dije que no se metiera en líos —le dijo Billy, que llegaba en ese momento. Detuvo el vehículo junto a ella, bajó del microbús y fue ayudarla a levantarse.

—En realidad, lo de los líos es algo que va innato en mí —dijo ella, sacudiéndose el trasero dolorido con las palmas de las manos y una evidente mueca de dolor.

—Ya lo veo, ya. Por eso creí que era buena idea darle otra opción a la de permanecer en la casa. Mire lo que le traigo —le dijo Billy mientras ella cojeaba por haber perdido en la caída uno de sus tacones, y la acompañó a la parte trasera del microbús, donde había una pequeña caravana remolcada.

Isthar se quedó sin palabras.

—No se haga ilusiones, no es nada del otro mundo. Pero es segura y está acondicionada para el desierto. Si mantiene las mosquiteras cerradas no entrarán los bichos —le dijo mientras le mostraba los cierres de las dos ventanas de las que disponía. Abrió la puerta y le mostró el interior. Un habitáculo diáfano con todo lo necesario para establecerse allí. Una pequeña cocina, un diminuto baño, y una mesa entre dos bancos.

—Los bancos se convierten en una cama, pero además, tiene otra arriba —le explicó señalando sobre sus cabezas. Le mostró cómo abrir la trampilla que llevaba a un cofre en el techo. Al hacerlo, este se convertía en una tienda de campaña sobre la caravana.

—¡Vaya, es impresionante! —dijo admirada—. Muchas gracias, Gran Billy—le dijo, abrazándose de nuevo a él, como en el aeropuerto. Estaba sinceramente agradecida y emocionada. Aquel hombre apenas la conocía desde hacía unas horas y se había preocupado por ella, ofreciéndole un lugar seguro en el que quedarse para que pudiese cumplir con su misión.

Billy se sorprendió de nuevo por la efusiva reacción de la chica y se quedó petrificado, sintiendo enrojecer sus mejillas.

—No ha sido nada —le dijo, intentando disimular su rubor.

—Sí lo ha sido —contestó ella con una resplandeciente sonrisa—. ¿Y cree que podré usarla durante seis semanas?

—¿Seis semanas? ¿No iba a quedarse solo unos días?

—Ese era el plan inicial, pero me temo que en tan poco tiempo no puedo resucitar esta bonita casa —dijo Ishtar, observando la construcción con una mirada que él no supo descifrar.

La vio segura, con determinación y a punto de enfrentarse a un buen reto. Se alegraba de haberla ayudado. Era una mujer extraña, pero admirable.

—No hay problema, podrá utilizarla todo el tiempo que necesite, señorita.

—Isthar, por favor. Llámeme Isthar, Gran Billy.

—Gran Billy para mí estará bien —le dijo él, mostrando una gran

sonrisa satisfecha mientras henchía el pecho—. Y ahora, tengo que marcharme. Me he permitido comprarle algunas cosas en el pueblo. Unos pocos víveres y garrafas de agua —añadió el hombre, saliendo de la caravana y desenganchándola del microbús—. Lo tiene todo en el fregadero. Las llaves de la caravana están sobre la mesa.

—Muchas gracias, de verdad —repitió ella. Sacó unos cuantos billetes, lo suficiente para cubrir el viaje y las compras hechas por Gran Billy. Él cogió el dinero sin mirar el importe y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaleco.

—Bienvenida a Australia, Istar —le dijo él desde la ventanilla justo antes de perderse por el camino de vuelta al pueblo, dejando a su paso una buena polvareda anaranjada.

Capítulo 9

Isthar se despertó aquella mañana con la sensación de que una manada de rinocerontes la había atropellado. Tenía doloridos cada hueso, cada músculo y cada centímetro de su cuerpo. Al abrir los ojos, la desorientación tampoco la ayudó a acomodarse a su nueva situación. Durante unos segundos creyó que estaba en casa, después de haber pasado la noche de fiesta con sus amigas, habiendo bebido alguna copa de más. Después, las interminables horas de vuelo llegaron a su mente, llevándola a pensar que era muy probable que se encontrase aún haciendo escala en algún punto intermedio de su viaje. Pero, finalmente, la cordura y las imágenes de la caída del día anterior en las rocas se abrieron paso en su mente, recordándole definitivamente que estaba en la pequeña caravana que le había encontrado Gran Billy.

Había dormido profundamente. No sabía desde qué hora. Cuando Billy se marchó, viendo que el sol se ocultaba rápidamente, decidió que lo mejor era instalarse y acomodarse en la caravana. Estuvo revisando cada cajoncito y puerta que encontró, y eran muchos. Encontró productos de limpieza bajo el pequeño fregadero. Llenó este de agua de una de las garrafas y estuvo limpiando tenazmente cada rincón del pequeño espacio. Sus amigas decían que tenía una compulsión por la limpieza, pero estaba segura de que ninguna de ellas se hubiera acostado sin haber limpiado aquel sitio antes. Cuando hubo dejado cada milímetro del interior impoluto, colocó las provisiones en los muebles, sacó su neceser de aseo y lo dejó colgado de un gancho frente al váter. El baño era lo peor: tan pequeño que apenas entraba de costado. Se suponía que allí era donde debía ducharse. Sobre su cabeza, una pequeña alcachofa así lo anunciaba, pero no sabía como iba a levantar los brazos siquiera para poder hacerlo. Después, fue directamente a la zona de comedor. Se sentó en uno de los bancos y respiró con fuerza. Tenía que decidir si dormiría en la planta alta de su recién estrenado palacio, o convertiría en cama los bancos y la mesa. Lo sopesó unos minutos y finalmente decidió que aquella noche dormiría dentro. Al manipular los bancos, se dio cuenta de que estos tenían fondo hueco y dentro de ellos había unas sábanas, un par de mantas y un saco de dormir precintado. Anotó mentalmente lavar aquellas sabanas al día

siguiente, pero, mientras tanto, esa noche usaría el saco de dormir. Montó la cama y dejó el saco sobre él. Después anduvo paso y medio y, llegando a la cocina, se preparó un sándwich de queso y abrió un refresco de naranja y mango. Billy había pensado en todo. Para entonces, estaba tan cansada y dolorida que ni siquiera la necesidad de reevaluar su situación consiguió que se mantuviese despierta. Se tomó un par de aspirinas, aseguró el cierre de la caravana y se metió en el saco. Apenas tardó un par de segundos en caer dormida en un profundo y dulce sopor. Segundos antes de perder por completo la consciencia, unos intensos ojos azules la miraron.

Y ahora abría los ojos a aquel nuevo día y al desafío que tenía por delante. No quería detenerse a pensar en qué pasaría si no conseguía acondicionar la casa a tiempo. Además de lo que ya debía al banco, se encontraba con la deuda de una fianza cobrada y gastada en una casa que no se podría finalmente vender. No, no podía pensar en ello. «Tengo que conseguirlo, no hay otra posibilidad», se dijo, desechando la posibilidad inmediatamente de su cabeza. Se pasó las manos por la larga melena rubia y se la trenzó a un lado, sujetándola con una goma del pelo. Se bajó de la cama y, con los pies descalzos, fue hasta el diminuto baño. Se miró en el pequeño espejo de su bolsa y se sorprendió de no tener tan mal aspecto como esperaba. Haber dormido tan profundamente le había sentado bien. Se lavó los dientes y la cara y puso a calentar agua en una pequeña cazuela. Solo tenía café soluble, pero, desde luego, era mucho mejor que nada. Abrió las ventanas, tal y como le había explicado Billy que tenía que hacer, y dejó que el sol entrase a raudales, inundando el pequeño espacio. Decidió abrir la puerta y, mientras se calentaba el agua, buscar la manera de colgar las sábanas y ropa que quería tender. Se puso los tacones del día anterior, para acompañar a la enorme camiseta que había utilizado para dormir sobre la ropa interior, y bajó los escalones con cuidado de no volver a caer. Miró a un lado y a otro y la enorme inmensidad del desierto la hizo sentir pequeña, pero extrañamente reconfortada.

Dio unos cuantos pasos y vio que cerca de la caravana había un viejo poste de madera de unos dos metros y decidió inmediatamente que ataría una cuerda del poste a la caravana y así podría tender su ropa. Pero antes tenía que tomarse su café. Se lo preparó y dejó la ropa en remojo. Salió a atar la cuerda y volvió a por la ropa, que comenzó a colgar después de aclararla. No tenía mucho espacio y llenó casi por completo la caravana

de salpicaduras de agua, pero finalmente pudo hacerlo todo. Entró a por la última sábana y se dispuso a continuar con su tarea, cuando el sonido de un coche acercándose la sorprendió.

Jacob estaba furioso. Definitivamente furioso. Había hecho un viaje de mil cuatrocientos noventa y siete kilómetros desde Darwin para recuperar lo que hacía tanto tiempo había pertenecido a su familia. Por fin iba a recobrar aquella maldita casa que tantas desgracias les había traído. Él jamás habría querido volver a pisar aquellas tierras, y no lo habría hecho de no haber sido para cumplir la promesa que le hiciera a su viejo en sus últimos momentos de vida. Habían esperado mucho tiempo, muchos, muchos años. Para su padre, los últimos veinte de su agónica vida. Y ahora, cuando pensaba que todo acabaría, no iba a ser así. El día anterior había llegado a Grover Rock con la única intención de visitar la casa y colocar el cartel de propiedad privada a nombre de la familia Brody. Solo tenía que recoger la escritura de la casa. Y entonces le dieron la noticia: el viejo Harold Holt tenía una sobrina a la que había dejado en herencia el rancho. La gente de aquel pueblo aún guardaba un gran cariño y respeto por el apellido Brody, con lo que no tardaron en darle todo tipo de información. La mujer en cuestión, una neoyorkina a la que nadie había conseguido ver aún, había llegado el día anterior dispuesta a hacerse cargo de la propiedad.

No se lo podía creer, realmente no había contado con ese inconveniente. Llevaban veinte largos años esperando que el viejo Harold estirase la pata. Y cuando finalmente lo hacía, dejaba una desconocida heredera. Durante todos aquellos años, habían estado tranquilos, solo esperando a que el viejo muriese y pudieran ejercer su derecho, por fin, sobre la propiedad. Una cláusula que su padre había añadido al contrato de cesión de la propiedad era la única que les había permitido soñar con recuperar algún día la casa que tanto sudor, trabajo y lágrimas se había llevado de su padre.

Cuando murió el viejo Harold Holt, todas las esperanzas y sueños, durante tanto tiempo reprimidas, salieron a la luz, ofreciéndole la posibilidad de cumplir por fin con los deseos de su difunto padre. Recordó los últimos momentos de este, un tipo duro, sencillo, sin grandes pretensiones, más que la de dar a sus cuatro hijos varones todo lo que

podiese conseguir con el trabajo de sus manos. Y así lo había hecho durante toda su vida. Fue así también como comenzó a soñar con la casa que más tarde comenzó a construir para todos ellos: un rancho a las afueras del pueblo, que se había llevado cada gota de sudor y cada noche de desvelo de su padre.

Pero su viejo tenía un único y terrible defecto. Cuando bebía, no sabía parar, y solía terminar haciendo alguna estupidez de la que más tarde se arrepentía. Así perdió la casa, en una estúpida partida de póker, con el único hombre del pueblo que le habría aceptado el pago de la deuda con el rancho: Harold Holt.

Él, como el menor de los hermanos, en ese momento tenía doce años. Y tuvo que ver como su padre, abatido, abandonaba la casa de sus sueños y, a partir de ahí, se hundía con desesperación en la más absoluta de las vergüenzas. Consiguió convencer a su padre para que se marchasen de allí y comenzasen una vida en Darwin, lejos del desierto, de la casa, y los recuerdos.

Si una cosa tenía clara, era que no iba a permitir que ninguna descendiente del malnacido y caradura Holt se quedase con la casa de su padre. Él no tenía intención ninguna de vivir en ella, pero la quemaría hasta los cimientos antes de consentir que siguiese en las manos de un Holt.

Aquel pensamiento, el de arrasarlo todo, hasta la última piedra, era el que tenía en mente cuando vio a la rubia de infinitas piernas que, sobre unos altísimos tacones, tendía unas sábanas en un improvisado tendedero junto a una caravana.

Capítulo 10

Cuando Istar vio la polvareda de tierra acercarse por el camino que llevaba hasta la casa, se apoyó en la cadera el cubo en el que había estado cargando las sábanas y, con la mano libre sobre sus ojos, intentó vislumbrar el vehículo con mayor claridad, algo difícil teniendo el sol de frente, cegándola. Solo cuando tuvo al recién llegado a pocos metros llegó a advertir que se trataba de la vieja *pick-up* desconchada y el atractivo hombre que el día anterior la había dejado sin respiración. La sorpresa hizo que se le cayese el cubo al suelo y, sin entender muy bien por qué, las manos comenzaron a sudarle como cuando era niña y la profesora la llamaba a la pizarra para preguntarle la lección. Inmediatamente una idea se pasó por su mente: aquel debía ser el contratista que le mandaba el abogado, y ella iba en camiseta de los Yankees y tacones. Se pasó la mano por el cabello trenzado y con bastantes mechones sueltos e intentó estirar la escueta camiseta, pero aquello no tenía arreglo. De manera que optó por entrar apresuradamente en la caravana y ponerse algo decente con lo que recibir a su nuevo operario.

Jacob detuvo la camioneta frente a la caravana, junto a la vieja casa en la que había vivido la mayor parte de su infancia. Apenas se podía reconocer en aquel montón de escombros la obra que con tanto amor y esfuerzo había llevado a cabo allí su padre, décadas atrás. Estaba claro que el viejo Holt había dejado morir la casa. Apretó los dientes justo antes de salir del vehículo. Era evidente que tendría que sacar a la señorita Holt de la caravana. Al acercarse a la casa, había podido apreciar a la rubia de interminables piernas, que había salido huyendo como un conejillo al interior del vehículo. Durante un segundo, ante la visión de la espectacular mujer con tan solo una camiseta y unos tacones, nada apropiados para el desierto, tuvo la sensación de estar ante un bonito espejismo. Recordaba cada una de las facciones del viejo Holt y, desde luego, su sobrina no se parecía en nada a él. No había contado con enfrentarse a una mujer tan atractiva, pero el hecho de que aquella mujer fuese capaz de detener el tráfico con la visión de sus piernas desnudas no cambiaba el hecho de que había ido hasta allí para obligarla a abandonar su propiedad.

Salió de la camioneta y con paso resuelto llegó hasta la puerta de la

caravana, que golpeó con el puño cerrado y ganas de pelea.

—¡Un momento! ¡Enseguida salgo! Es que no esperaba que llegase usted tan pronto —le gritó una voz femenina desde dentro.

Inmediatamente oyó un golpe y una maldición salir de los mismos labios, dejándolo parado en el sitio. ¿Ella lo esperaba?

—Señorita Holt, he venido hasta aquí para...

—Sí, lo sé. Lo manda el abogado —volvió a gritar ella desde dentro y continuó—: Sabía que vendría, solo que no lo esperaba tan pronto, si me da un minuto, salgo y vemos la casa. Como puede ir viendo ya, tenemos mucho trabajo que hacer y poco tiempo.

Las palabras de la mujer lo volvieron a dejar parado tras la puerta. Con el puño apoyado sobre la superficie metálica, se preguntó a quién estaría ella realmente esperando aquella mañana. Decidió indagar un poco más.

—¿Qué quiere decir con poco tiempo? —preguntó cauto.

—Imaginé que el abogado de mi tío le habría explicado la situación. En fin—resopló—. No hay problema. La cosa es que yo no esperaba encontrar la casa en estas condiciones. Y tengo cobrada ya una señal por su venta.

Jacob apretó los puños hasta dolerle los nudillos. Aquella mujer acababa de pisar su propiedad y ya estaba tratando de venderla. Era igual que su tío.

—Los compradores esperan encontrarla en unas condiciones muy distintas a las que está ahora mismo. Por suerte, tenemos seis semanas para solucionar eso. Quiero arreglar la casa. Necesito arreglarla en ese tiempo, de lo contrario estaré en serios problemas.

Isthar esperó oír algún comentario al otro lado, pero solo obtuvo silencio. Apoyó la palma de la mano en la puerta metálica un segundo esperando que el hombre al otro lado le contestase. Pero no fue así. Imaginó que él debía pensar que estaba loca al pensar que una obra de esa envergadura pudiese realizarse en seis semanas. Una parte de ella también lo pensaba, pero se negaba a escuchar a esa parte. Y necesitaba convencer al único contratista de la zona de que era posible hacerlo. Se apresuró a ponerse un pantalón corto de vestir y una camisa con mejor aspecto que su atuendo anterior. Por desgracia casi todo su calzado se resumía a una colección de tacones o unas monísimas zapatillas de estar en casa de conejitos. Kat y ella se las habían comprado iguales, cuando se encapricharon de ellas un día de compras. De hecho, entre risas,

compraron un par también para Adele y Lein. Miró los peluches blancos nacarados y se dio cuenta de que estaba delirando. No era momento para pensar en sus amigas. Tenía que salir y no podía hacerlo ni en zapatillas ni descalza, así que optó por unos tacones. No había vuelto a oír nada al otro lado de la puerta y temía que el contratista hubiese decidido que estaba loca y estuviese pensando en marcharse.

—Sé que debe parecerle una locura... —dijo, abriendo la puerta de la caravana y topándose directamente con el rostro del hombre a pocos centímetros. Inmediatamente las palabras se agolparon tras sus labios, que entreabrió en busca de oxígeno. Hacía unas horas, cuando lo había visto por primera vez, su cuerpo había reaccionado como hacía años no lo hacía ante un hombre. Y en ese momento entendía por qué.

Se encontraba ante el hombre más guapo y más atractivo que hubiese visto en su vida. «Dios, dan ganas de recorrerlo con la lengua», pensó. Un anuncio con piernas de Marlboro, una marca de colonia y el cuerpo de bomberos al completo. Nunca antes un rostro le había parecido tan masculino y bello a la vez. El hombre tenía una mirada azul indefinido que atrapaba como un potente imán. Su rostro era de proporciones perfectas. Los pómulos marcados, al igual que la perfecta mandíbula, parecía dibujada con un cincel. Los labios carnosos, en su justa medida y un hoyuelo en la barbilla que incitaba a besar. Las manos comenzaron a sudarle de nuevo y la excitación se anidó en su vientre como la respuesta más primitiva y física que hubiese experimentado jamás. Se sujetó a la entrada de la caravana antes de caer de bruces y hacer el mayor ridículo de su vida.

—De repente me apetece un cigarro —dijo, dejando salir la idea más absurda de todas las que se paseaban por su mente en aquel momento.

Él la miró, enarcando una ceja, y ella intentó tragar una saliva inexistente.

—Yo no fumo —fue la respuesta de él, que la observaba con extremo interés.

—Yo tampoco.

Jacob sabía que había ido hasta allí a decir a aquella mujer unas cuantas cosas. La primera, algo que tenía que ver con que ella se marchase inmediatamente de su propiedad. Sin embargo, en aquel momento no conseguía recordar exactamente qué era lo que quería decirle. Observó a la preciosa mujer ante él. Una rubia escultural. Llevaba la larga melena

rubia trenzada a un costado del rostro, Enmarcándolo con aquellos mechones sueltos de apariencia salvaje. Su mirada azul pacífico también lo era. Emanaba la energía de una gata salvaje: una mujer decidida y aventurera. Algo que contrastaba con creces con el aspecto de niña pija de ciudad que le ofrecía con aquella camisa fina, los pantaloncitos cortos y los altísimos tacones. Y se preguntó qué mujer sería en realidad: ¿la gata salvaje o la señorita pija de ciudad? Deslizó la mirada por sus largas y torneadas piernas y la respuesta física e instantánea de su cuerpo ante la visión estuvo a punto de dejarlo en evidencia ante ella. Decidió centrarse en otras partes de la anatomía femenina, pero conforme deslizaba su mirada por el cuerpo menudo y exquisitamente formado de la mujer la cosa se iba poniendo peor para su entrepierna, así que decidió concentrarse en el rostro de la joven. Sus miradas azules se cruzaron y durante un segundo pareció que hasta las chicharras del desierto guardaban silencio para que él atendiese al latido frenético de su corazón.

El teléfono de la señorita Holt sonó con la melodía de una de sus canciones favoritas, *Every time you turn around* de Daughtry. Apresuradamente ella se giró, buscando el aparato en el interior de la caravana y dándole con aquel gesto la oportunidad de apreciar todo lo que su trasero tenía para ofrecer. Jacob soltó todo el aire que contenían sus pulmones en un gran suspiro y se pasó la mano por el cabello hasta la nuca.

—¿Sí? —preguntó ella, tomando finalmente la llamada—. Sí, tranquilo, ya está aquí —dijo a alguien al teléfono mientras se giraba a mirarlo a él—. Gracias por enviármelo tan pronto. Estaba a punto de enseñarle la casa para ver la lista de tareas a realizar en estas seis semanas. Le llamo más tarde —dijo ella y dio por finalizada la llamada, cortando a su interlocutor—. Perdona, era el abogado de mi tío, imagino que para avisarme que usted venía esta mañana, pero ya que está aquí, le pongo yo al corriente de todo.

La voz de la mujer sonó algo acelerada y nerviosa, y él sonrió sin poderlo evitar.

Isthar se quedó mirando la sonrisa de él como si fuese el único manantial de agua fresca en cien kilómetros a la redonda. Se agarró la cabeza intentando tomar algo de aire con el que recomponerse. Tendría que haber echado un polvo con su monitor de yoga, pensó. Ahora no estaría tan desesperada por desnudar al único contratista de la zona.

—Bueno... —comenzó a decir, utilizando su casi nula capacidad de concentración en intentar hilvanar las palabras necesarias para hacerse entender ante el hombre—. No sé cuánto le habrá contado el abogado...

—Nada, no me ha dicho nada —le dijo él con una voz grave y sexy.

—Ya. Bueno... No pasa nada. Yo le explico ahora la situación. Por cierto, me llamo... —comenzó a presentarse mientras bajaba los escasos dos peldaños de la caravana, intentando mantener el equilibrio, aunque sentía sus piernas como si fueran de gelatina. Pero no tuvo suerte, y terminó por tropezar. Los musculosos brazos del contratista la detuvieron antes de caer al suelo, ofreciéndole como pista de aterrizaje su ancho y fuerte pecho.

Capítulo 11

La sostuvo entre sus brazos unos segundos y ella volvió a intentar tragar saliva. Con el rostro masculino a tan solo unos centímetros, se preguntó cómo sería capaz de sobrevivir a aquella obra. Él parecía pensar algo similar mientras la miraba con intensidad y, sin soltarla, le preguntaba:

—¿Cómo?

—¿Cómo...? —repitió ella sin entender.

—¿Cómo se llama? —le hizo notar él que aún no le había dicho su nombre.

—Ishar. ¿Y usted?

Jacob sopesó un segundo su respuesta y finalmente respondió.

—J.B.

—¿J.B.? ¿Qué clase de nombre es ese?

Él se limitó a encogerse de hombros y sonrió. Ishar sintió que jamás podría volver a usar las piernas si él seguía sonriendo de esa manera.

—Gracias por ayudarme a no caer, J.B. —le dijo ella aún con las palmas de las manos apoyadas en su pecho.

—Ha sido un placer, Ishar —contestó él sin soltarla.

Ishar se dio cuenta de que si seguían manteniendo aquel contacto, no llegaría a explicar al contratista lo que necesitaba de él... con respecto a la casa. Con desgana se soltó del abrazo del hombre. Se paró a pensar un momento en su situación. En su delicada y terrible situación. Una situación a la que la había llevado un hombre. Tenía que recomponer su vida y la única salida consistía en arreglar aquella casa. Y acostarse con el contratista, que era lo que le pedía cada célula de su cuerpo, no creía que fuese a ayudarlo a conseguirlo. Muy al contrario: podía poner en peligro la obra.

—Lo siento, aún estoy un poco aturdida por el viaje. Han sido muchas horas y muchas sorpresas las de estos últimos días...

Jacob se preguntó cuáles habrían sido aquellas sorpresas. ¿La muerte de su tío? ¿Qué él le dejase la casa? Aquella mujer lo intrigaba. Y él sí tenía un claro objetivo en mente: recuperar la casa. Pero tal vez había otra forma de conseguirla. Tenía que hablar con ese abogado y descubrir cuál

era la situación real en la que se encontraba la señorita Holt.

—Sé que lo que estoy pidiendo es mucho, pero es mi única salida. Necesito acondicionar la casa antes de seis semanas. Las obras serán arduas, lo sé. Pero aún se aprecia la belleza de esta construcción. Los pilares de madera, la altura de sus techos, la chimenea de piedra... —le dijo ella sin apartar la mirada de la construcción, y en su tono se vislumbraba cierta admiración.

—Conozco la casa —la interrumpió en tono seco.

Isthar lo miró interrogativamente.

—Cuando era niño, pasaba por aquí a menudo para jugar con los hijos del dueño que tenía entonces —se apresuró él a aclarar.

—No sabía que había tenido otros dueños... En realidad no sabía de la existencia de esta casa hasta hace unos pocos días.

—¿No conocía a su tío? —le preguntó Jacob, al que se le había despertado el interés sobre las circunstancias que habían llevado a la señorita Holt hasta allí. Solo sabía que había llegado desde Nueva York, y aquella no era información suficiente para enfrentarse a ella. Si la casa le pertenecía legalmente, tendría que encontrar el resquicio legal para quitársela y, para eso, cuanta más información obtuviese, mejor.

—Solo lo vi un par de veces, cuando era niña —dijo ella, encogiéndose de hombros sin mirarlo, aparentemente concentrada en la construcción, pero su pose se volvió más defensiva. Se abrazó a sí misma y pasó las palmas de las manos por sus brazos como si de repente tuviese frío. Aquellos recuerdos no le gustaban.

Jacob se preguntó más sobre aquella mujer. En su profesión era muy importante analizar el lenguaje corporal de la gente, y el de ella era como leer un libro abierto. Un libro del que le intrigaba conocer el final.

—¿Es por eso que quiere vender la casa? ¿No guarda un buen recuerdo de su tío?

A Isthar se le erizó la piel. ¿Cómo había llegado él a aquella conclusión? Lo miró con algo parecido a la tristeza tiñendo de gris su mirada azul. Volvió a encogerse de hombros y suspiró con fuerza.

—Eso da igual. Es pasado. No hay más camino que el que dirige tus pasos hacia delante —le dijo, forzando una sonrisa.

Él la miró aún con mayor interés.

—Bien, Isthar, entonces dígame, ¿qué quiere de mí? —le preguntó él, volviendo a iluminar su rostro con una atractiva sonrisa que devolvió el

calor al cuerpo de ella.

«Desnudarte despacito y descubrir qué escondes bajo esa camiseta ajustada», pensó. El calor comenzó a hacerle arder las mejillas y se obligó a responder:

—Ummm... La casa. Necesito que arregle la casa. En seis semanas.

—No sé si podrá hacerse —le contestó él, sopesando de veras la posibilidad de una obra de esa envergadura. Él era muy niño cuando su padre aún estaba terminándola. Pero se apreciaba el trabajo de su viejo en cada pequeño detalle de la construcción. Una parte de él quería ver la casa reconstruida, aunque no supiese cómo hacerlo. Él no era contratista. Era instructor de buceo y rescate. Uno de los mejores. Jamás había cogido un martillo o usado un cinturón de herramientas. Pero hacerse pasar por contratista no era un problema, sobre todo porque el único de la zona era pariente suyo. La señorita Holt solo tendría que ver cómo avanzaba la obra. Y según le conviniese a él, esta iría rápida o lenta, muy lenta. Tal vez la única forma de devolver el patrimonio de aquella casa a su familia era jugar sucio, como lo había hecho el viejo Holt al arrebatársela. Y la mejor forma de hacerlo era ocuparse él personalmente de la obra.

—Lo haré —le dijo antes de pensar dos veces su decisión.

—¿Sin mirar la casa? —le preguntó ella sorprendida, pero en su mirada ya comenzaba a bailar una mezcla de ilusión y esperanza.

—Sí, ya le he dicho que conozco la casa. No le aseguro nada, va a ser una ardua tarea, pero haré todo lo que pueda. Necesitaré hacerme con un buen equipo de operarios, los materiales...

—Lo que necesite.

—Bien. Pues volveré en unos días.

—Mañana.

Él la miró enarcando una ceja.

—Necesito que vuelva mañana con los operarios, los materiales y cuanto necesite. No puedo esperar varios días y poner en riesgo que no se termine la casa dentro del plazo.

J.B. la recorrió con parsimonia. Era una mujer curiosa aquella señorita Holt. Sin duda, tenerla tras él con el látigo podía ser en partes iguales un placer y un grano en el trasero.

—Es usted una mujer dura. Encajaría bien aquí —le dijo él, sonriendo y comenzando ya a caminar hacia su camioneta.

Isthar rio con aquella risa sexy y ligeramente ronca, sorprendiéndolo y

maravillándolo a la vez. Nunca la risa de una mujer le había parecido tan fascinante. Su mente divagó, siguiendo una imagen: ella bajo su cuerpo, desnuda, con el rostro envuelto en mechones dorados y aquellos ojos de gata salvaje. Riendo bajo su piel, enredando sus interminables piernas en torno a sus caderas... Gruñó para sus adentros y se dio cuenta de que aquellas semanas iban a ser una deliciosa tortura. Una que pensaba disfrutar minuto a minuto.

Entró en la camioneta y puso el motor en marcha antes de acabar arrojándose sobre Ishtar e intentar arrancarle un par de risas más como aquella. Mientras salía de la propiedad, no pudo evitar observarla por el espejo retrovisor. Una suave brisa mecía los mechones rebeldes de su cabello. Ella se los apartó del rostro y volvió hacia la caravana con un movimiento de caderas difícil de ignorar. Jacob se removió en el asiento de la camioneta, consciente de la reacción instantánea que ella provocaba en su cuerpo. Iba a ser complicado concentrarse en la obra y su plan si cada vez que la tuviese cerca iba a reaccionar como si no hubiese estado en años con una mujer. La mejor manera de mantener sus hormonas a un lado era centrarse en recuperar la casa. Y para eso tenía que hacer algunas cosas. La primera, hablar con el contratista de la zona. No le iba a costar convencer a Charlie de que lo ayudase, eran primos segundos, pero familia al fin. Él contaría con personal, contactos con los almacenes de materiales y cualquier cosa que necesitasen. Otra cosa era hablar con el abogado de la señorita Holt. Tenía que contactar con él y sacarle información manteniendo su identidad oculta. Y, para terminar, llamaría a Sam. Eran socios en la empresa de buceo, y tenía que pedirle que se hiciera cargo de su parte del trabajo durante aquellas semanas, aunque sabía que no le haría ninguna gracia. Igual que a él permanecer allí, se dijo, pero una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar a la señorita Holt y sus pantaloncitos cortos. Sin duda iban a ser unas semanas interesantes, muy interesantes.

Capítulo 12

Los golpes y martilleos incesantes en la casa despertaron a Istar aquella mañana, la octava que amanecía en el desierto australiano. Se estiró en la cama con pereza. Excepto la primera noche que pasó allí, las siguientes habían sido una autentica nulidad en cuanto a descanso se refería. Tal vez porque, a pesar de que el personal iba y venía, y los materiales y el gasto en dinero bajaban considerablemente, no veía mejoría alguna en la obra. Ciertamente, ella no sabía nada de obras. Tal vez las cosas fuesen bien, tal y como le aseguraban J.B. y su jefe de obra, Charlie, pero ella solo sentía que corrían los días en su contra, y el hecho de estar de brazos cruzados sin poder hacer mucho más que observar cómo trabajaban los demás no ayudaba en absoluto. Había intentado en varias ocasiones que le asignasen una tarea que ella pudiese realizar, pero en todas las ocasiones le dijeron que lo único que podía hacer allí era molestar y entretener al personal. De manera que la mayor parte del día se veía recluida en su caravana, meditando, haciendo alguna pulsera o escribiendo en su ordenador artículos para su blog, que no podía subir al mismo por falta de conexión a internet. Afortunadamente, un pequeño generador daba electricidad a la caravana y aún podía utilizar su portátil y cargar su teléfono, aunque tenía poca suerte con la cobertura, que iba y venía como el viento.

Otra cosa que la tenía trastornada era el revuelo hormonal que le provocaba J.B. cada vez que lo veía. Solo le faltaba babear a su paso y eso la desquiciaba. Pensaba que su experiencia con Kevin la habría curado de espanto durante una buena temporada con respecto a los hombres, pero parecía que aquel en concreto se las había ingeniado para romper aquellos muros que tan convenientemente ella había levantado. Otra de las razones por las que se mantenía en la caravana era para huir de él. Sí, aquello la hacía parecer cobarde y patética, pero no era de piedra. Aquel tipo la revolucionaba hasta convertirla en una gata en celo. Era una mujer sexual, siempre lo había sido, y también había sabido contenerse con anterioridad sin problemas. Pero aquel hombre era testosterona con patas. No tenía un centímetro desaprovechable. Lo veía desde la ventana de la caravana pasearse con sus camisetas ajustadas y sus vaqueros desgastados, de un

lado a otro, con ese halo de seguridad, esa forma de andar... Su forma de mirar... Su cuello... ¿Cuándo la visión de un fuerte cuello masculino se había vuelto algo tan erótico? Resopló con frustración, la de saber que se iba a ir de allí sin catarlo. No podía hacerlo. Lo último que necesitaba en su desastre de vida era una aventura que complicara sus posibilidades de que todo saliese bien. Y eso sería lo que pasaría. ¿Acaso no había sido así siempre? Cada vez que decidía tener algo con un hombre, los resultados eran desastrosos. Los hombres complicaban la ecuación y ella no debía complicar esta. Tenía que salvar su casa, la de Nueva York, y su vida, su estabilidad.

En los últimos días había llegado a pensar en seguir los pasos de Adele y hacerse una fecundación. Su amiga había entendido mucho antes que ella que, si lo que quería era ser madre, no necesitaba un hombre. Y a ella los hombres no le habían dado más que problemas. Lo más lógico era cumplir su sueño de ser madre sin buscar un padre.

Miró de nuevo por la ventana y vio a J.B. beber agua de una botella. Se derramó parte del contenido sobre el rostro y el cuello e Istar tragó saliva hasta que le dolió la garganta. «¡Dios, me estoy volviendo loca!», pensó y decidió salir a dar un paseo por los alrededores y buscar cobertura para poder llamar a alguna de sus amigas. Salió de la caravana dando un portazo y, con paso resuelto, comenzó a caminar, alejándose de la casa con el móvil en la mano.

Jacob vio a la señorita Holt salir de la caravana como una exhalación. La imagen era pintoresca. Llevaba el cabello suelto, un top de tirantes, unos pantalones cortos deportivos y unas zapatillas de peluche. Se rio para sus adentros y se preguntó adónde iría con aquellas pintas. En las pocas ocasiones, en esos días, en las que le había regalado el placer de su presencia, lo había hecho siempre perfectamente arreglada. Demasiado para el lugar en el que estaban, pero en aquella ocasión lo sorprendía saliendo prácticamente en pijama. Tuvo curiosidad y decidió seguirla a cierta distancia, lo que no duró mucho, pues a escasos cien metros ella se detuvo junto a unas rocas y escaló hasta ellas elevando el brazo en busca de cobertura. En ese instante comenzó a sonar la melodía de su teléfono móvil. Miró la pantalla y con una gran sonrisa tomó la llamada.

—¡Buenos días, cariño! —la oyó decir a su interlocutor.

Se tensó instantáneamente al escuchar el saludo que le ofrecía al tipo del teléfono. Lo siguiente en escuchar fue su sexy risa inundando el ambiente

como si con ella exhalase feromonas al aire, y lo que se tensó en ese momento fue su entrepierna, instantánea y dolorosamente. «¡Mujer del demonio!», pensó. ¿Por qué tenía que ser tan sexy?

—¡No puede ser! ¡De verdad! No te creo, solo intentas darme envidia porque yo estoy aquí presa, en mitad del desierto —siguió ella, hablando mientras reía sin parar—. Torturarme de esta manera tendrá sus consecuencias, pienso vengarme con creces.

La voz de la señorita Holt sonaba cada vez más juguetona y sexy y estaba a punto de volverse loco, no solo por los efectos que ella tenía sobre él, sino por el hecho de que ella tuviese esa conversación con otro tipo. De repente se dio cuenta, agazapado en las rocas como estaba, de que su actitud hacia ella estaba totalmente fuera de lugar y de lo ruin que era escuchar una conversación privada de esa manera. Estaba a punto de marcharse a hurtadillas cuando ella volvió a hablar.

—No intento darte envidia —le dijo Kat a una Istar celosa y excitada que se alegraba y sentía envidia en partes iguales por la noticia que acababa de darle.

—Sí lo haces, Kat, cariño, sabes que la que se merece una luna de miel en Hawái soy yo, no tú. ¿Desde cuando te gusta a ti el agua, la playa...? ¡Ese es mi territorio! Tú eres más de Ruta 66 o viaje a tierras irlandesas.

—Lo sé, pero mi futuro marido tiene algunas cosas que hacer allí y hemos decidido aprovechar el viaje para relajarnos unos días tras la boda.

—Es una gran idea, de verdad. Irme en la maleta de la parejita de recién casados no estaría bien, ¿verdad?

Las risas al otro lado del teléfono animaron el corazón de Istar.

—Me temo que no. Pero, mira, aún no hemos decidido cómo celebrar la despedida de soltera. Podríamos hacer un viajecito a la costa y que te quites el capricho de playa. Tú decides, ¿playa o los cuerpos esculturales de los *boys*?

Las risas de Istar fueron entonces las que inundaron la línea telefónica.

—No me hables de cuerpos esculturales. No sabes el hambre que estoy pasando frente al escaparate de dulces más impresionante que he visto en mi vida.

—¿Qué me dices? ¿Has visto algún tipo cañón entre los canguros?

—¿Cañón? Kat, es impresionante. J.B. es el hombre más sexy que he

visto jamás. No sé cómo podría describírtelo. Es... Bueno, me dan ganas de lamerlo enterito cada vez que me lo cruzo, y me está matando verlo a todas horas por aquí. Ya no sé cuánto tiempo más aguantaré escondida en la caravana.

Ante esta última declaración J.B. casi se cayó de las rocas, atragantándose. ¿Ella pensaba que era sexy? La reacción de su entrepierna ya era feroz. ¿Se imaginaba recorriéndolo con la lengua? Si supiese lo que ella le hacía a él, que llevaba cinco días con sus noches imaginando cosas que hacerle a la señorita Holt...

—¡Estás loca! ¿Cómo voy a acostarme con él? Kat, ya sabes lo que pasa cuando incluyes a un hombre en la ecuación. Sobre todo en mi caso. No quiero volver a caer en eso. ¡No pienso acostarme con él! Estaría totalmente a su merced.

—No tiene por qué ser así con J.B. ¿Vas a rechazar a todos los hombres que se crucen en tu vida? ¿Piensas vivir el resto de tus días como una monja? —le preguntó Kat, riendo.

—¡Claro que no! Está claro que tarde o temprano tendré sexo con alguien, pero no será con él. No estoy tan loca. J.B. es peligroso. Es de esos tíos que vuelven tu mundo del revés.

—Sí recuerdo que una vez me preguntaste si es que nosotras nos reservábamos para los patanes de los sábados por la noche.

—¡Vaya! Ya salió la señorita Mariconsejos. No es lo mismo, y el tiempo me ha dado la razón. ¿Te lo recuerdo, futura señora Buxton? Pero, bueno, sabes que estoy en un momento complicado de mi vida. Un momento en el que no necesito un hombre que vuelva todo patas arriba. ¡No voy a acostarme con J.B. y es mi última palabra! —declaró con contundencia.

—Tú misma —le respondió Kat entre risas, cosa que empeoró aún más su estado, porque era la forma en la que su amiga le hacía saber que no le creía en absoluto.

—Bueno, guapa, me voy. Voy a esconderme de nuevo en la caravana —dijo a una Kat que no dejaba de reír.

—Está bien. Te dejo, pero tenemos que seguir hablando de la despedida de soltera.

—Tú tranquila, que ya me ocuparé yo de darte la despedida de soltera que mereces —le contestó, dando a entender que se vengaría por sus risas.

—¡No serás capaz! —le dijo Kat, que dejó de reír inmediatamente.

—Como si no me conocieras... Un beso, niña. Te quiero —se despidió

de ella.

—Y yo a ti, rubia. Un beso —oyó que le decía Kat justo antes de colgar.

Se apartó el aparato del oído y bajó ambas manos. Respiró con profundidad y sonrió. Kat siempre le cambiaba el estado de ánimo. Pero estaba loca...

—Acostarme con J.B. ¡Menuda estupidez! —dijo, suspirando, antes de bajarse de las rocas y tomar el camino de vuelta a la caravana.

Jacob se quedó unos segundos allí oculto mientras veía como se marchaba ella en dirección a la caravana, cumpliendo con su palabra de volver a esconderse. Escuchar aquella conversación había sido muy revelador. Había notado cierta tensión entre ellos, pero había estado tan concentrado en el tema de la recuperación de la casa y de las reacciones de su propio cuerpo en presencia de la señorita Holt, que no se había percatado de que aquellas mismas reacciones las sufría ella también. Una enorme sonrisa se paseó por sus labios. Ella lo deseaba, lo deseaba tanto como él a ella. Pero había declarado que no pensaba tener nada con él. ¿No sonaba aquello a desafío? Volvió a sonreír. Sí eso era lo que parecía exactamente, un excitante desafío.

Capítulo 13

Isthar estaba a punto de llegar hasta la caravana cuando vio que por el camino de entrada a la propiedad aparecía un microbús pintado en amarillo y verde que reconocía perfectamente. Al instante se alegró de ver de nuevo a Gran Billy y sin pensarlo fue a su encuentro cuando este detuvo el vehículo a pocos metros de la caravana.

—¡Vaya! Ya veo que has puesto todo en marcha —dijo el hombre, admirado del gran movimiento que había en la obra.

—Sí —le dijo ella con una gran sonrisa—. Según parece va todo viento en popa —afirmó, mirando la construcción.

En ese momento J.B. apareció por el lateral de la casa. Él la miró fijamente y ella tragó saliva antes de volverse hacia Billy. No quería pensar en aquel hombre después de la conversación que acababa de tener con su amiga.

—¿Y qué te ha traído por aquí, Gran Billy? ¡No te esperaba!

—He venido a traerte un regalo—dijo el hombre con una gran sonrisa.

—¿Un regalo? ¿Para mí, por qué? —preguntó ella con la impaciencia de una niña pequeña.

—No es nada, la vi ayer, un tipo quería deshacerse de ella y pensé que te sería de gran utilidad para moverte por aquí, ir al pueblo...

—¡Me estás matando! ¡Dime qué es! —le dijo entre risas ella, dándole un golpecito en el brazo.

J.B. la veía hablar, riendo relajadamente con aquel tipo enorme, desde la entrada de la casa. Y no le gustó lo que vio. Parecía que había bastante confianza entre ellos. Al menos ella parecía encantada de que él estuviera allí. ¿Quién era el tipo? ¿Y qué habría ido a hacer allí? En ese momento lo vio dirigirse a la parte trasera del microbús y soltar de unas barras una bicicleta color mostaza atada con unas cuerdas. En cuanto la puso en el suelo, la señorita Holt se acercó a él, observó maravillada la bicicleta y abrazó al hombre, que la rodeó con su enorme brazo. Jacob tensó las mandíbulas hasta creer que se las partiría. Ahora sí que necesitaba saber quién era el tipo en cuestión. No sabía que la señorita Holt hubiese

dispuesto de tiempo, en su corta estancia en Australia, como para hacer amigos con los que tener semejante confianza. El tipo parecía un poco mayor para ella, debía rondar los cuarenta y tantos, pero estaba en evidente buena forma física. Y con las mujeres nunca se sabía, igual a ella le gustaban mayores.

—¿Quién es ese? —le preguntó una voz a su lado.

Jacob se giró para ver a su primo Charlie que miraba al recién llegado con interés.

—Eso me gustaría saber a mí, ¿quién es? Y sobre todo, ¿qué ha venido a hacer aquí? Parecen muy... amigos.

—¿Puede ser el comprador interesado en la casa que me comentaste? —le preguntó Charlie, susurrando a su oído.

—No, llamé al abogado con el pretexto de estar interesado también en la compra y me dijo que ya había un comprador, como me dijo la señorita Holt, pero él añadió que era un hombre americano que no vendría hasta dentro de unas semanas.

—A lo mejor es su novio —dejó caer Charlie.

—No. No tiene novio —fue su escueta respuesta.

Charlie lo miró sorprendido por el tono, después miró a la chica. La señorita Holt debía tener unos treinta años. Como bien habían advertido todos los de la obra, era una mujer hermosa y muy atractiva, hasta el punto de tener en alerta a las mujeres y novias de los que trabajaban en la obra, no muy contentas por el hecho de que la jefa fuese una mujer tan llamativa, según comentaban los chicos. Él, con sus cincuenta y seis años, ya era perro viejo como para ir tras las faldas de una jovencita como aquella, pero no había imaginado que Jacob, con los intereses que tenía en la propiedad y que solo él conocía, se hubiese fijado en ella hasta el punto de sentirse celoso por el recién llegado.

—¿Estás celoso? —le preguntó abiertamente. Quería saber a qué tenía que atenerse con su primo.

—¡No! —lo miró con ojos desorbitados—. ¡Vaya cosas dices, Charlie! ¿Cómo voy a estar celoso? Mi único interés en cuanto a la señorita Holt, reside en la casa. Necesito volver a colgar en la puerta el cartel de *Propiedad de la familia Brody*, y lo haré, sea como sea. Pero no quiero moscones que me puedan impedir llevar a cabo mis planes, ¿está claro? —le dijo con gesto serio.

—Como el agua. Ya eres mayorcito. Tú sabrás lo que haces —le

contestó, apoyando la palma de la mano en el hombro tenso de su primo. Lo observó una vez más, concentrado en mirar a la rubia, y se marchó en dirección al interior de la casa a proseguir con su tarea.

Jacob se quedó allí, observando a la pareja charlar animadamente. Ella se subió a la bicicleta y dio un par de vueltas a la caravana entre risas. Esa maldita risa que lo alteraba de forma inexplicable. Al cabo de un rato, bajó de la bici, la apoyó contra la caravana e invitó a pasar al grandullón a su interior. Media hora más tarde, el tipo seguía dentro del pequeño habitáculo, con ella. Jacob no se había movido del sitio. Solo contaba los minutos para que saliesen de allí. Había tenido tiempo también para imaginar todo tipo de cosas, incluso para preguntarse qué hacía él allí parado como un perro guardián. Al cabo de unos minutos decidió que, tal y como le había explicado a su primo, estaba furioso ante la posibilidad de perder la ventaja que le confería ante ella, saber que la señorita Holt se sentía atraída por él. Ni más ni menos. No estaba celoso. Aunque tuviese ganas de tirar abajo la maldita puerta de la caravana. Se sentó en unas vigas de madera robusta que habían llevado aquella mañana para sustituir las podridas y, con los antebrazos apoyados en los muslos, resopló con fuerza. No podía dejar que ella se liara con un tipo de allí. ¿Y si se enamoraba? ¿Y si decidía quedarse en la casa a vivir? Ya no podría recuperarla. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para impedir lo que fuera que estaba sucediendo en el interior de la caravana. Se levantó como un resorte, decidido a ir a la caravana, cuando vio que la puerta se abría y el grandullón salía, solo. Ella no apareció. Detuvo sus pasos y vio como el tipo se subía al microbús y se marchaba de la propiedad sin mirar atrás.

Isthar se levantó de la pequeña mesa para recoger los vasos de zumo de mango y naranja que acaban de tomar Gran Billy y ella durante su charla. Había sido una agradable visita. Billy era un hombre muy amable y se había esmerado en que ella se sintiese cómoda allí. La cuidaba como un hermano mayor. Sonrió acordándose de las anécdotas que este acababa de contarle sobre el último grupo de turistas que había recogido hacía un par de días del aeropuerto. Y entonces vio sobre el banco la gorra de Billy, que se había quitado al entrar en la caravana.

Se dirigió a la puerta corriendo para ver si aún estaba a tiempo de dársela antes de que se marchase, pero entonces vio a J.B, a pocos pasos, dirigirse hacia ella con aire decidido.

—Hola, ¿has visto...?

La pregunta de Istar quedó suspendida en el aire, sin finalizar, cuando J.B., terminando de acortar la distancia que había entre los dos, rodeó su rostro con ambas manos sin previo aviso. Su gesto la dejó perpleja. No podía moverse, tan solo sentía el calor de las manos de él atravesarle la piel de las mejillas. Su rostro a escasos centímetros, compartiendo su aliento entrecortado y excitado. Él se tomó un segundo eterno en el que Istar perdió la noción de dónde estaba. Solo fue consciente de lo cerca que se encontraba del hombre al que deseaba. Él miró sus labios con ganas, con hambre, casi los rozó con los suyos, pero se detuvo ante ellos, provocándole la mayor de las torturas. Avanzó subiendo los escalones y obligándola a entrar de espaldas en la caravana.

—¿Qué...? —quiso preguntar ella.

—Shhh —dijo él frente a sus labios, y los apoyó lentamente sobre los suyos. Ejerció la presión justa para que ella sintiese cada centímetro de sus labios perfectos y llenos sobre los suyos, palpitantes de deseo. Pero no lo dejó ahí.

Sin darle tiempo a encontrar la lucidez, introdujo la lengua entre sus labios y los abrió para él. Ella no mostró resistencia, al contrario, lo saboreó recibéndolo con su lengua, jugando con ella, enlazándola con la suya, convirtiendo el néctar de su saliva en el único sabor al que quería abandonarse. Istar gimió y él se apartó para ver su rostro encendido de deseo. Sus preciosos ojos azules brillaban borrachos de las miles de sensaciones que lo atormentaban también a él, y entonces se detuvo. Apartó las manos de su rostro, dejando una impronta de fuego en su piel. Ella lo miró sin comprender.

—Lo siento, no aguantaba un minuto más sin besarte —le dijo con voz ronca, justo antes de girar sobre sus talones y abandonar la caravana.

Durante el corto trayecto de regreso a la casa una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios hinchados.

Istar se dejó caer en el banco a su espalda, con la mirada perdida en la puerta y los sentidos a punto de estallar bajo su piel.

Capítulo 14

¿Qué había sido eso?, se preguntó Ishtar durante las dos horas siguientes, recluida en la caravana. Él había ido a besarla. Le había dicho que no aguantaba un minuto más sin hacerlo. Las miles de sensaciones que la poseyeron al sentirlo aún la tenían absorta y en un mar de dudas. Había sido el beso más intenso, inesperado y alucinante que le habían dado en su vida. Solo había durado unos segundos, pero habían sido más que suficientes para dejarla completamente excitada y aturdida. El corazón se le había desbocado sin control, la excitación se convirtió en un zumbido espeso que no le había dejado escuchar más que el sonido frenético de su corazón bombeando a cada recóndito lugar de su cuerpo la más desconcertante de las sensaciones que hubiese sentido jamás.

Aquello exactamente era lo que había intentado evitar desde la primera vez que lo vio. A eso era a lo que se refería cuando había hablado con Kat. Ella lo sabía, lo supo desde que sus ojos se posaron en J.B. Él era el tipo de tío que podía volverla loca. Solo necesitaba mirarlo en la distancia, agazapada en su caravana, espiándolo como una quinceañera, para que todas sus hormonas se revolucionaran ante la presencia del macho alfa. J.B. era mucho más de lo que ella podía soportar. Un hombre que te tocaba y te hacía hervir entera. Y llevaba muchos años sin sentir aquello. Kevin había sido tibio, tranquilo, confiable, algo perfectamente controlable... Nada parecido. J.B. podía hacer que ella perdiese la cabeza, que dejase de pensar, que anhelase cosas que no debía ni podía anhelar en él. Lo sabía. El beso apenas había durado un suspiro y, sin embargo, llevaba ya horas rememorándolo en su mente, deleitándose con cada detalle, reviviendo su contacto en la piel, la invasión de su boca por la lengua experta de J.B., que la había acariciado de manera íntima y exquisita. Aquel recuerdo la llevaba a un anhelo, el de sentir el cuerpo masculino sobre ella, poseyéndola lentamente. Acariciar su pecho fuerte, recorrer con las yemas de sus dedos su espalda, aferrarse a sus nalgas masculinas y apretarlo contra ella... Un gemido salió de sus labios mientras su sexo reaccionaba a las imágenes. ¡Dios! ¡Estaba perdida! Aquello era exactamente lo que había estado intentando evitar.

Pensó que si se mantenía en la caravana, si evitaba verlo, estaría a salvo

de cometer una estupidez. Pero él había ido a por ella. ¿Y qué iba a hacer entonces? La vocecilla de su diablesa interior le gritaba que fuese a por él, lo tirase sobre su cama y lo devorara como estaba deseando hacer. Ella había sido siempre la leona, no la presa. Tal vez sus reacciones ante el escultural cuerpo de J.B. se debían a la sequía que había sufrido durante tantos años. Tal vez si dejaba que él la pusiese al día, no se volvería loca, solo... satisfecha. Una sonrisa endiablada y sexy se paseó por sus labios al sopesar aquella opción. Pero inmediatamente su otra voz, la que pertenecía a la cordura sabía que no sería así. Ella no tenía rollos. A sus casi treinta y dos años solo había tenido relaciones. Con toda su fachada de mujer liberal y hasta frívola en ocasiones, no era así. Siempre había buscado la relación perfecta para conseguir la foto perfecta, la de la casa, el marido y los hijos. Y con esa intención había caído una y otra vez en relaciones que la habían llevado de un fracaso a otro. Pero con J.B. no podía tener ninguno tipo de relación. Nada que la llevase a conseguir su sueño. J.B. era una puñetera locura, una deliciosa y excitante locura.

Se tocó los labios, que horas antes él había besado, y recreó en su mente el encuentro una vez más. Suspiró con el anhelo de una quinceañera tonta y se sobresaltó al escuchar unos golpes en la puerta de la caravana. ¿Sería él de nuevo?, pensó, levantándose como si la hubiesen pinchado en el trasero. Se quedó muy quieta al otro lado de la puerta sin saber qué debía hacer, hasta que los golpes se repitieron con mayor fuerza. Sin pensarlo abrió la puerta, esperando encontrarlo al otro lado.

—Ah... Hola, Charlie, es usted.

—Lo siento, señorita Holt, no quería molestarla, pero tenemos un problema.

—¿Un problema?

—Sí. Necesitamos una pieza para solucionar la avería en la fontanería del baño de la planta baja. La que íbamos a poner está defectuosa.

—Bien, pues vayan a por una nueva.

—No podemos. J.B. se fue hace rato con la camioneta y no contesta al teléfono.

—¿J.B. se ha ido? —preguntó, saliendo de la caravana y asomándose a un lado y a otro.

—Sí, hace casi dos horas. No contesta al móvil y necesito esa pieza para continuar con el baño. Podemos terminar otras cosas mientras, pero eso quería dejarlo zanjado hoy o corremos el riesgo de fugas.

Isthar sopesó la situación un momento. No sabía si estaba más preocupada porque faltase una pieza o porque J.B. hubiese desaparecido tras el beso.

—Está bien. ¿Qué número calza, Charlie?

Minutos más tarde, equipada con las botas de Charlie, un par de números mayores que sus zapatos, una cantimplora, una gorra, y una riñonera que habría sido el orgullo de toda la década de los 80, se dirigía en su nueva bicicleta al pueblo para ir a buscar el reemplazo de la pieza. A pesar de no estar acostumbrada a montar ya, pues hacía años que no subía a una que no fuese la del gimnasio, el camino no se le hizo en absoluto pesado, gracias a unos agradables veinte grados y a que su mente no se detuvo a pensar ni un minuto en lo que estaba haciendo. Solo podía pensar en el beso, lo que le había provocado, y en la marcha de J.B. de la obra. Si él la abandonaba por haberla besado, estaba perdida. Habría tirado por el retrete cualquier posibilidad de recuperar su casa y su vida. Definitivamente, los hombres no eran más que un cubo enorme lleno de problemas. Resopló y pedaleó aún con mayor fuerza y en veinte minutos estaba ya vislumbrando la entrada del pueblo. Recordaba las casas de cuando había llegado allí, pocos días antes. A su mente llegó también, sin invitación, la imagen de J.B. cruzando la calle. Fue la primera vez que lo vio, cuando su cuerpo reaccionó ante él con necesidad desesperada.

Decidió concentrarse en la tarea de localizar un local de suministros que le había indicado Charlie que encontraría al final de la calle y se dirigió allí directamente, consciente de las miradas y expectación que estaba levantando entre los escasos transeúntes de la calle. Por fin divisó la pequeña nave pintada en azul grisáceo que buscaba. Al detener la bicicleta ante su puerta, un grupo de mujeres salieron del local contiguo, una tienda de comestibles bastante mona, pintada en color verde lima. Las mujeres la miraron con descaro y cuchichearon entre ellas. No sabiendo muy bien cómo reaccionar, decidió desaparecer entrando en el almacén de suministros. Apenas diez minutos más tarde salía de allí con la pieza y una cesta de plástico negra que ató con unas bridas a la parte trasera de su bici. Cuando estaba a punto de marcharse, y viendo que las mujeres que la observaron a su llegada no estaban, decidió entrar en la tienda de comestibles para comprar un par de cosas y aprovechar el viaje. Pero

cuando entró en el local y se dirigió al mostrador las vio a todas allí en una esquina, concentradas en hablar de ella.

—Esas eran las botas de mi marido. En cuanto llegue a casa tendrá que explicarme qué hacía esa mujer con ellas —decía una de las mujeres, molesta.

—A mí Roger no me había dicho que fuera tan guapa.

—Bueno, guapa, no sé. Es llamativa, eso sí, pero es que va medio desnuda, ¿no lo has visto? No deja mucho a la imaginación, querida. Seguro que Roger prefiere una mujer que no vaya exhibiéndose por ahí como una...

—¡Ejem! —tosió Istar para hacer evidente su presencia en la tienda.

Una chica joven, de unos dieciocho o diecinueve años, cara pecosa y ojos dulces, la miró avergonzada tras el mostrador, al percatarse de que había oído a las mujeres hablar sobre ella en esos términos.

—Hola —la saludó ella con una sonrisa, obviando deliberadamente a las otras, que se callaron de inmediato. No era la primera vez que provocaba ese tipo de reacciones. Siempre había llamado la atención y eso la mayor parte de las veces no era algo positivo.

—Hola —le contestó la chica apenas sin voz, con gesto tímido.

Istar le devolvió una cálida sonrisa.

—Me preguntaba si lleváis provisiones a domicilio. Me vendría bien que me llevaran algunas cosas a...

—Sé dónde vive. No solemos hacerlo, pero yo podría llevárselo cuando salga de trabajar esta tarde —se ofreció la chica, y las mujeres la miraron molestas.

—¡Estupendo! ¡Eso sería fabuloso! ¿Te puedo dejar la lista?

—Claro —le dijo la chica con una sonrisa.

No dejaba de mirarla como si fuese una estrella de cine y a Istar le hizo gracia la diferencia de trato de las mujeres. Apuntó en una hoja de papel los artículos que necesitaba y pagó la cuenta sin prestar atención a los cuchicheos de la otra punta del mostrador. Pero al finalizar, antes de marcharse, algo hizo que se detuviera y se girase hacia ellas.

—Sí, son las botas de su marido, si su marido es Charlie, claro. Fue tan amable de prestármelas para que pudiese venir en bicicleta a por un repuesto que hacía falta en la obra. Y no, ni soy tan guapa, ni voy enseñando nada que ninguno de sus maridos o novios no hayan visto antes. Tampoco me voy exhibiendo, ni tengo intención alguna de ligar con

ninguno de ellos. Así que pueden estar tranquilas. De hecho, si alguna quiere pasarse por mi casa y ver cómo va la obra, están invitadas a un café, en cuanto me lleguen las provisiones —dijo, cogiendo su cartera y guardándola en la riñonera. Sacó sus gafas de sol—. Gracias, Emma —dijo a la chica, leyendo su nombre bordado en el bolsillo de su camisa—. Que tengan todas un buen día —añadió, despidiéndose mientras se colocaba sus enormes gafas de sol y salía del establecimiento con el ánimo por las nubes. Pero, nada más salir, un cuerpo grande le bloqueó el paso, haciéndola tropezar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó J.B. enfadado.

Capítulo 15

—¿A ti qué te importa? —fue la contestación de Istar, más molesta por el tono de reproche que usaba con ella, que por la pregunta. Pasó por su lado, rodeándolo y fue directamente a su bicicleta con la intención de ignorarlo. Pero él la siguió.

—Te he hecho una pregunta —volvió a insistir. Viendo que subía a la bicicleta, colocó una mano en el manillar, deteniéndola. Istar se quitó las gafas y lo miró enfadada.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Déjame marchar! No tengo que darte ningún tipo de explicación —le espetó de mala gana.

Le parecía inconcebible que le pidiese explicaciones sobre lo que había ido a hacer al pueblo, más cuando había tenido que ir allí porque él había desaparecido de la obra.

—No voy a dejarte ir. Quiero saber qué hacías aquí... —le dijo, bajando el tono y susurrándole junto a la mejilla.

Su sola proximidad le alteró el pulso. Se puso nerviosa y, al mirar tras él, vio movimiento en el escaparate de la tienda de comestibles. Las mujeres del pueblo observaban la escena tras el cristal.

—Me estás poniendo en una situación comprometida —le dijo entre dientes—. Están todas mirando.

Jacob miró por encima del hombro y observó que así era. No tenía intención de dar un espectáculo, pero, al ver la bicicleta en la calle, supo que ella se había acercado al pueblo y eso no era bueno. Muchas personas lo conocían, no le interesaba que hiciese amistades que pudiesen revelar su verdadera identidad.

—¿Y qué les importa a ellas con quién hables? No te conocen.

—Por eso. Según parece, temen que quiera robarles a alguno de sus maridos.

El gesto de Jacob se suavizó hasta convertirse en una sonrisa burlona.

—No me diga, señorita Holt, que ya se está agenciando unas cuantas enemigas. Es que no puedes ir paseándote por ahí en ropa para dormir.

—¡Esto no es un pijama! ¡Es ropa deportiva! —se defendió, cruzándose de brazos ante él.

Su gesto ofuscado le pareció de lo más gracioso y ensanchó la sonrisa.

—¿Se puede saber ahora de que te ríes? —le preguntó cada vez más molesta.

—De nada, estás adorable cuando te enfadas.

Isthar puso los ojos en blanco sin creer lo que estaba oyendo.

—Y ahora baja de la bici —le ordenó él.

—No voy a bajar, tengo que volver al rancho y llevar a Charlie la pieza que me ha pedido —dijo ella, señalándola en la cesta—. Y por cierto, no tendría que haber venido si tú no te hubieses marchado después de...

Al darse cuenta de que estaba a punto de nombrar lo que había pasado entre los dos, se detuvo y bajó la mirada para no cruzarse con la suya.

Jacob dejó de sonreír.

—Necesitaba pensar —se limitó a decir. Y así era.

Después de besarla, millones de sensaciones se apoderaron de él y necesitó poner orden en el caos de pensamientos incoherentes que desfilaban por su cabeza. Por un lado tenía el hecho de haberla besado. Quería pensar que había sido algo completamente premeditado, que ella no ejercía sobre él ningún tipo de poder que lo obligase a querer besarla de aquella manera. Pero, de alguna forma, así había sido. Solo pensar en que ella podía desviar su atención a otro hombre lo había perturbado y llevado a un estado de desesperación tal que, en cuanto la vio, solo deseó dejar una impronta de fuego en sus labios. Marcarla de alguna manera como suya. Era una locura. Una auténtica locura. Como lo era pensar en la otra opción: que había sido tan frío y calculador como para besarla como una simple estrategia, una jugada en su particular partida de ajedrez, en la que el premio era recuperar la casa familiar. Tampoco quería asumir que fuese capaz de rebajarse moralmente a utilizar a una mujer de aquella manera para conseguir sus fines.

La señorita Holt lo volvía loco. La miró fijamente a los ojos y se deleitó en su gesto ofuscado, enfadado y confuso. Ella esperaba una explicación que él no podía darle, por lo que la tomó por la cintura sin previo aviso y la sacó de la bicicleta.

—¿Qué haces?

—Ya te he dicho que bajaras de la bici. Sube a la camioneta, yo te llevo —le dijo mientras colocaba la bicicleta en la parte de atrás ante los ojos atónitos de Isthar.

Ella miró al escaparate y vio como las mujeres, pegadas al cristal, observaban absortas la escena. Ya había dado demasiado que hablar en

aquel pueblo. Estaba segura de que era la comidilla de todo Grover Rock. Resopló con resignación y subió a la camioneta con desgana. J.B. ya le estaba abriendo la puerta. La cerró tras acomodarse ella en el asiento, lo más alejada de él que pudo.

—¡No vuelvas a hacerlo! —le dijo ella en cuanto se pusieron en marcha.

—¿Que no vuelva a hacer qué? ¿Llevarte a casa o... besarte?

El rostro de Istar se encendió inmediatamente.

—¡No vuelvas a decirme lo que tengo que hacer! ¡No vuelvas a interrogarme ni ponerme en una situación comprometida! —le aclaró enfadada, volviendo a cruzarse de brazos e intentando alejarse aún más de él en el interior de la camioneta.

—¿Te he dicho ya que te pones adorable cuando te enfadas, verdad?

Istar resopló molesta ante sus burlas.

—¿Entonces sí puedo volver a besarte? —le preguntó J.B. ya saliendo del pueblo.

Istar no pudo adivinar si estaba hablando en serio o seguía burlándose de ella, pero una cosa estaba clara: la volvía loca. No podía lidiar con algo como aquello en ese momento.

—¡Detén la camioneta! —le ordenó.

—¿Qué? No pienso...

—¡Detén la camioneta, ya! —le gritó totalmente fuera de sí.

Él se detuvo al instante, sorprendido, y ella aprovechó para bajarse del vehículo en una fracción de segundo y comenzar a caminar por la carretera de asfalto y arena con paso decidido, más parecido a una marcha militar.

Jacob se sorprendió de su reacción y comenzó a conducir a su lado.

—Sube —le dijo, asomándose por la ventanilla.

Ella lo ignoró por completo y siguió con paso marcial.

—Vamos, no seas niña, sube. No vas a ir andando hasta la casa.

Istar se sintió hervir por dentro. ¿La acababa de llamar niña? Aquel tipo se estaba jugando la vida. Apretó el paso y los dientes. Estaba furiosa hasta límites insospechados.

Jacob vio que ella no iba a claudicar y, acelerando un poco, se colocó delante de ella. Paró la camioneta y bajó de un salto. Cuando Istar tuvo que rodear el vehículo con la intención de proseguir, la interceptó por el lateral, la tomó por la cintura y la apoyó contra el metal de la puerta.

Ella no esperó a que él le dijese lo que pretendía. Sin previo aviso, le

propinó un guantazo con todas sus fuerzas, presa de toda la furia y frustración que le provocaba aquel endemoniado hombre que, de repente, se creía su dueño solo porque la había besado.

Capítulo 16

Jacob, sorprendido se tocó la mejilla y la miró con una mezcla peligrosa de deseo y excitación. La tomó de las muñecas y se las inmovilizó sobre la cabeza.

—Por tu seguridad, será mejor que me cerciore de que te estás quietecita —le dijo frente a sus labios.

Isthar forcejeó, pero nada tenía que hacer con el enorme hombre que la tenía aprisionada contra la camioneta. Con una sola de sus grandes manos la mantenía inmovilizada, y con la otra comenzó a acariciarle el rostro.

—¡Suéltame; malnacido! No tienes derecho a...

—¿A qué? Solo quiero hablar contigo, pero no me dejas, señorita Holt.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Quiero que me sueltes inmediatamente.

—No hasta que me escuches —le dijo él, bajando el tono y se quedó mirando sus labios, como había hecho en la caravana.

Isthar, muy a su pesar, sintió como su cuerpo reaccionaba inmediatamente a su proximidad. El pulso se volvió un zumbido en sus oídos, dejándola sorda y rendida al deseo. Estar cerca de él era entrar en combustión espontánea. Solo saber que podría besarla humedecía cada recóndito e íntimo pliegue de su sexo. Su respiración se aceleró y el pecho comenzó a subir y bajar, llenándose de aire espeso y anhelante. Él la miró, bajó su vista hasta sus pechos que se elevaban bajo el top, tragó saliva y volvió a mirarle los labios, pegándose a ella. Isthar sintió el peso del cuerpo masculino sobre el suyo, que la cubría por completo, haciendo que fuese consciente de cada parte de su masculina y dura anatomía sobre la piel.

—Sé que no debí besarte en la caravana —dijo él en un susurro ronco frente a sus labios, que acarició con su aliento.

Y ella deseó respirar de esa cálida tortura.

—No... no debiste... —respondió casi sin voz.

—No debí tocarte... —continuó él, y pasó el pulgar por su labio inferior, abriendo ligeramente los labios femeninos.

Isthar percibió el sabor levemente salado de su piel y cerró los ojos. Él iba a besarla. Iba a hacerlo y ella lo estaba deseando. Desde que lo volvió a

ver, lo estaba deseando. Sabía que no debía dejarse manipular de aquella manera. No podía dar el control de su cuerpo a un hombre. Pero no se sentía capaz de negarse.

—Pero, aunque no deba, quiero volver a besarte —continuó susurrando él frente a sus labios—. Y quiero volver a tocarte... —añadió.

Isthar pensó que ya no le hacía falta que él la tocara, pues en breve llegaría ella solita al orgasmo, con solo imaginárselo. No quería mirarlo, se moría de vergüenza de que J.B. pudiese leer en su mirada el poder que tenía sobre ella.

—Pero tú no quieres que lo haga, ¿verdad? —le preguntó Jacob, alejando unos centímetros su rostro del de ella para así poder leer en él las reacciones de la chica.

Isthar percibió que ya no era acariciada por su aliento y, sorprendida, abrió los ojos.

—¿Qué?

—Que tú no quieres que vuelva a hacerlo, ¿cierto? No quieres que vuelva a besarte, ni tocarte, ni acariciar tu lengua con la mía... —le dijo en tono seductor. La miró directamente a los ojos, haciendo que ella se perdiese en la inmensidad de su mirada azul.

—Sí... —se le escapó de los labios.

—¿Sí? —preguntó falsamente sorprendido, con una sonrisa socarrona en los labios.

Isthar volvió a tener ganas de estrangularlo. Estaba jugando con ella. Y ya habían jugado con ella sobradamente, como para que ahora se dejara engatusar por el primer playboy australiano de tres al cuarto que se cruzase en su camino.

—No —rectificó con rapidez.

—¿No? —preguntó divertido ante sus dudas.

—Sí, ¡he dicho que no! ¡Que no quiero que vuelvas a... hacer todas esas cosas! —le confirmó ella, intentando parecer convincente.

—¿Seguro? —volvió a insistir él. La liberó de su agarre y posó sus grandes manos en su cintura, en la piel que había quedado expuesta al elevarle minutos antes las manos. Era una piel fina, extremadamente suave, tersa y firme. Acarició con los pulgares su vientre y llegó a la cinturilla elástica de su pantaloncito. Isthar contuvo el aliento, atrapando entre los dientes un gemido inapropiado. Él sonrió deleitándose con sus reacciones.

—¡He dicho que no! Y ya no sé si eres sordo o duro de mollera... —le contestó, elevando la voz al tiempo que le propinaba un empujón que pretendía poner distancia entre los dos, pero él apenas se movió del sitio.

J.B. la miró enarcando una ceja.

Isthar no imaginaba lo que estaría pasando por su cabeza. No conocía a J.B. lo suficiente como para saber leer sus reacciones. A veces la miraba con deseo, otras con burla, y otras como si estuviese enfadado con ella. Y estar pendiente de sus reacciones era lo último que necesitaba en ese momento. Tenía que dar un paso atrás y aclarar la situación con él, pero intentando evitar que se marchase de nuevo. Lo necesitaba. «En la obra», se aclaró a sí misma con rapidez.

—Mira, yo necesito un contratista. Necesito terminar esa obra, mi vida entera depende de ello. Y tú... Bueno, no puedes besarme de repente y luego desaparecer durante horas. Y yo no puedo estar pensando en... Bueno, en otras cosas que no sean mi objetivo. Quiero que sigas llevando la obra de mi casa, y para eso creo que lo mejor es que dejemos atrás lo que sea que haya pasado entre nosotros —dijo ella, cruzándose de brazos.

Jacob buscó su mirada. Ella parecía haber hecho acopio de todo su autocontrol, intentando demostrarle que podía dar la vuelta a la tortilla y convertirlo en una relación solo de trabajo, que podía obviar el deseo que compartían con suma facilidad. Eso le molestó, y quiso asegurarse de que no era así. Independientemente de lo conveniente que le resultase que la señorita Holt lo deseara, estaba descubriendo lo mucho que podría disfrutar con ella, con aquella mezcla de gata elegante y salvaje al mismo tiempo. Isthar era un volcán.

—Lo que sea que está pasando —puntualizó Jacob, dejando claro que él no pensaba que el tema fuese cosa del pasado. Estaba presente, muy presente para él. Y no iba a permitir que fuera agua pasada para ella.

Isthar lo miró, esperando su siguiente paso. Tal vez él se convenciese de que mantener exclusivamente una relación profesional entre los dos era lo más conveniente y provechoso para ambos. No quería pensar en la tortura que sería verlo cada día y saber, después de haberlo probado, que él estaba prohibido para ella. Pero, pensándolo fríamente, así debían ser las cosas. Y seguro que él llegaba a la misma conclusión.

—Si lo que te preocupa, como dices, es que vuelva a abandonar la obra, puedes estar tranquila, no lo haré. Nunca he dejado un trabajo a medias. Soy responsable de lo que hago, siempre. Necesitaba pensar, en esto... —

hizo una pausa señalándolos a ambos—. Pero no pensaba marcharme. Tu obra está a salvo.

Isthar suspiró aliviada, hasta que lo oyó continuar.

—Pero tú no.

Lo miró perpleja.

—No pienso obviar lo que ha pasado entre nosotros, porque a mí me sigue pasando. ¿Crees que puedo besarte como hace unas horas y olvidar tan fácilmente el sabor de tus labios? ¿Que no voy a querer conocer también el resto de sabores de tu piel?

Isthar contuvo el aire en los pulmones y estuvo a punto de desmayarse.

—No voy a olvidarme de lo que me haces sentir. Y tampoco voy a dejar que tú lo hagas —sentenció, antes de apartarse un poco de ella. Abrió la puerta del *pick-up* y la invitó a pasar.

Isthar subió a sin rechistar, sumergida en una vorágine de sentimientos provocados por las palabras de J.B. No dijo nada prácticamente en todo el camino de vuelta, hasta que llegaron al rancho y se detuvieron en su puerta. Jacob bajó del vehículo y en dos zancadas llegó a su lado y le abrió la puerta. Muy a pesar de Isthar, el detalle le gustó y sonrió. Él le devolvió una sonrisa triunfal.

—No te pongas tan contento. No puedo dejar que esto pase.

—¿Esto? —le preguntó él, enarcando una ceja.

—Nosotros... —aclaró ella.

—¿Entonces admites que hay un «nosotros»? —volvió a preguntar, ampliando la sonrisa.

Isthar negó con la cabeza y sonrió ante su rapidez de respuesta. Necesitó poner distancia entre los dos para no besarlo. Y comenzó a caminar en dirección a la caravana.

—¡Te convenceré, no lo dudes! —le gritó él cuando estaba a punto de entrar en su pequeña casa móvil.

Sin girarse, ella comenzó a reír, con esa risa genuina que lo volvía loco.

Jacob se la quedó mirando hasta que ella desapareció en el interior.

—¿De qué tienes que convencerla? —le preguntó Charlie a su lado.

Jacob lo miró perplejo.

—De poner azulejos nuevos en el baño —le respondió con ligereza y comenzó a encaminarse a la casa.

—El baño no tiene azulejos —le dijo Charlie sin entender.

—Por eso, Charlie, por eso. Tú no te preocupes por la señorita Holt, que ya me ocupo yo de ella —le contestó su primo, que no dejaba de sonreír y apenas le prestaba atención.

Charlie se rascó la cabeza y estuvo seguro de la clase de atención que quería darle su primo a la patrona.

—Pues encárgate de que me devuelva las botas, Casanova. O tendré que cogerme una baja por accidente laboral.

Jacob miró los pies descalzos de su primo, tan solo cubiertos por los gruesos calcetines y comenzó a reír. Ocuparse de la señorita Holt no solo iba a ser un placer, también una divertida distracción.

Capítulo 17

Una semana después, Istar se levantó de nuevo con la sensación de haber pasado la noche entera corriendo una maratón. Estaba agotada y confusa. Después de la última conversación con J.B. había esperado que cumpliera con su palabra, en todos los sentidos. Una parte de ella quería pensar que lo único que le interesaba era que se hiciera cargo de la obra, ya sin contratiempos. El tiempo pasaba y ella necesitaba que todo, en ese aspecto, fuese como la seda. Pero a la mañana siguiente, tras su discusión, J.B. había vuelo a desaparecer. De eso hacía casi una semana. Y aunque la obra seguía en marcha y parecía que su primo Charlie lo tenía todo controlado, el hecho de que él se hubiese esfumado de nuevo la tenía alterada. Él le había asegurado que no abandonaría la obra y se había ido. Le dejó una nota pegada a la puerta de la caravana diciendo que en unos días regresaría, mientras, Charlie se haría cargo de la obra. Nada más. No se había molestado en despedirse, ni siquiera en firmar el escueto papel.

Se dijo a sí misma que le daba igual, que el hecho de que se hubiese marchado era hasta un alivio. Ya no tendría que estar observándolo por la ventana, ni temiendo que cumpliera su palabra de hacerla recordar una y otra vez la química que había entre ambos. Se centraría en la obra, en cumplir sus objetivos, en visualizar el camino que tenía por delante: arreglar la casa, vender la propiedad, pagar sus deudas, recuperar su vida. No debía pensar en nada que no fuese su plan, y no tener por allí al montón de testosterona de J.B. era un alivio. O lo habría sido: aunque él no estuviese allí, su recuerdo no dejaba de invadir su mente una y otra vez.

Era la primera vez en su vida que se obsesionaba con un hombre hasta ese punto. Estaba tremendo, sí. Y besaba de maravilla, también. Cada vez que lo sentía cerca, o lo observaba a través de la ventana, había sentido su cuerpo reaccionar como si jamás hubiese estado con un hombre. Y eso era bastante molesto, desconcertante y humillante, dada su situación. La había besado una vez, una única vez, y parecía que la había marcado como a una maldita vaca. Delante del espejo se revisó el rostro esperando ver las iniciales *J.B.* impresas en su piel. «¿Hasta qué punto se puede ser patética?», pensó.

Resopló con desgana y fue a preparar café para ella y los chicos. Era

una costumbre que había adquirido cada mañana desde que Emma, la chica del supermercado, le hubiese llevado una cafetera hacía cuatro días. Llenó el depósito de agua y puso café en el filtro. Presionó el botón de encendido y mientras dejaba al aparato hacer su trabajo se preparó para darse una rápida ducha en el diminuto espacio destinado para ello. Tomó una camiseta larga, un pantalón corto, el sujetador y unas braguitas y abrió el agua que cayó templada sobre su piel. Se detuvo unos segundos con el chorro golpeando ligeramente su rostro. Esperaba que el agua se llevase por el desagüe cualquier pensamiento relacionado con el tortuoso hombre que invadía su mente. Sabía que se estaba volviendo loca. Tal vez la sequía física que había sufrido durante su relación con Kevin la había trastornado más de lo que imaginaba, pues de otra manera no entendía sus reacciones físicas. No con un hombre por el que no sentía nada. Apenas lo conocía, no era posible sentir algo profundo. Sin embargo, cada vez que su mente volaba sin control y se detenía en las últimas horas que habían pasado juntos —en el beso de J.B. marcándola a fuego; en la forma en la que la había inmovilizado contra la camioneta, cuando acarició su vientre haciendo que anidasen en él, como una maraña de deseo primitivo y salvaje, todas las sensaciones desconcertantes y calientes que hubiese sentido en su vida, a punto de explotar—, cada una de esas veces sintió que se volvería loca si él no volvía pronto y la poseía de una vez.

«Sí, definitivamente no se puede ser más patética», resolvió.

No había terminado de aclararse el jabón del cuerpo cuando su teléfono móvil comenzó a sonar, rescatándola de sus pensamientos. Cerró el agua y, frotándose las manos y el rostro con una toalla, se dirigió a coger la llamada apresuradamente.

—Señorita Holt... —oyó la que le pareció la voz del abogado de su tío—. Se... orita... Ho... —el sonido llegó cortado a sus oídos. Miró el aparato e intentó conseguir algo más de cobertura levantando el brazo y recorriendo el corto espacio de la caravana de un lado a otro—. Tenemos un... pro... ma —oyó que le decía el hombre, y esta vez, angustiada por la posibilidad de recibir malas noticias, salió de la caravana buscando obtener más señal. Aún no habían llegado los chicos, no tardarían en hacerlo, pero estaba sola, por lo que no se preocupó por la posibilidad de estar dando un espectáculo. Desnuda, apenas cubierta por una toalla que sujetaba con un brazo a su parte delantera, dio vueltas en torno a la caravana intentando recuperar la señal.

—¿Me oye? ¿Me oye? —preguntó apurada.

—Sí, señorita Holt, la oigo, ¿me oye usted a mí?

—Sí, sí —afirmó, finalmente, con alivio—. Aquí estoy, dígame. ¿Decía que tenemos un problema?

—Sí, lo siento, señorita Holt, pero he recibido una demanda de impugnación del testamento de su tío —oyó que le decía la voz lejana y distorsionada del abogado—. Según parece, hay una cláusula que dice que... su tío... herede... Y reclaman la devolución de la propiedad...

Isthar estaba a punto de volverse loca. ¿Qué le quería decir aquel hombre? ¿Le quitaban la casa? ¿Quién? ¿Aquella propiedad era su única posibilidad de recuperar su vida! Sintió un nudo atenazarle la garganta, el corazón se le desbocó en una dolorosa carrera. Necesitaba oír el resto...

—¡No cuelgue! —le gritó al aparato mientras andaba por la parcela buscando cobertura y revisaba la pantalla en busca de una rayita más—. ¡Por favor, no cuelgue, necesito que me explique qué está pasando!

—Señorita Holt, ¿sigue ahí?—oyó la voz del abogado casi llegando a la casa.

—Sí, sí, menos mal, dígame. Explíqueme eso de que me reclaman la casa. ¿Quién me reclama la casa?

—Los herederos del anterior propietario —dijo el abogado, e Isthar comenzó a sacudir la cabeza sin entender qué le quería decir aquel hombre.

—¿Qué propietario? ¿Qué herederos?

—Digamos que su tío no adquirió la casa... de la manera habitual, señorita Holt. La ganó en una partida de póker.

—¿Una partida de póker? ¿Está de broma? ¿No pasa eso solo en las películas?

—Me temo que no, señorita.

Isthar se quedó de piedra. No había imaginado algo así. ¿Qué era su tío Harold, un jugador, un estafador?

—Y, entonces, ¿quién reclama la propiedad? —preguntó sin entender nada. Necesitaba dar algo de sentido a las palabras del abogado.

—Los hijos del antiguo dueño. El hombre al que le ganó su tío la propiedad. Según parece, en el contrato de cesión hay una cláusula por la cual ellos pueden recuperar la propiedad si, una vez fallecido el señor Holt, este no tuviese descendencia directa.

—Pero... estoy yo... Él era mi tío.

—Sí, lo sé. El caso no está claro. Solo puedo decirle que un abogado se ha puesto en contacto conmigo en representación de los hijos del anterior propietario, con una serie de alegaciones que tendré que estudiar. No creo que tengan ninguna posibilidad, ya que, como dice, es usted heredera directa, pero tengo que revisar el contrato de cesión que en su día firmó su tío, para asegurarme de que no hay ningún resquicio legal.

—Sí, claro. Hágalo, y, por favor, manténgame informada —le dijo Isthara al hombre, sintiendo ya que le temblaba el pulso. Podía perder la casa. Su única oportunidad de recuperar su vida residía en aquella maltrecha propiedad que tanto se estaba esmerando en restaurar. No podía perderla.

—Así lo haré, señorita. Me pondré de nuevo en cont... o... usted... ticias... —comenzó de nuevo a fallar la señal.

Isthara miró el aparato con el ceño fruncido y vio como se cortaba la llamada. Soltó el aire contenido en los pulmones, y se mordió el labio inferior, que comenzaba a temblarle, a punto de romper a llorar. No acostumbraba a dejarse caer derrotada, pero últimamente parecía que el destino no hacía otra cosa que jugar con ella. Estaba furiosa, cansada y...

—¡Bonito trasero! —le dijo una profunda voz masculina a la espalda. Isthara pegó un respingo, olvidándose inmediatamente de la frustración que la poseía, para toparse a su espalda con J.B. que la observaba desde los escalones de la casa, con una taza en las manos. Apoyado en una de las columnas del porche, se dedicaba a observarla medio desnuda. El grito que soltó Isthara habría ahuyentado en estampida a una manada de búfalos. Intentando cubrirse con la toalla, lo miró furiosa, deseando pagar con él la frustración que sentía en aquel momento.

Capítulo 18

—¿Qué diablos haces aquí espiándome? —le dijo ella, intentando cubrirse sin mucho éxito.

—No te expiaba, disfrutaba de las vistas—le contestó él entre risas, evidentemente disfrutando con la escena.

Isthar resopló furiosa.

—Date la vuelta —le ordenó.

J.B. enarcó una ceja.

—¿Cómo? —preguntó sin entender.

—¡Que te des la vuelta! Necesito colocarme la toalla, ¡así que no seas majadero y date la vuelta!

J.B. se giró con parsimonia entre risas. Y se volvió a apoyar en la madera. Pudo observar el reflejo de ella en una de las recién estrenadas ventanas, junto a la puerta, y se le secó la boca al verla. La visión velada del cuerpo desnudo de Isthar en el cristal era más de lo que cualquier hombre podría soportar sin sentir estallar su miembro contra los pantalones.

—No te enfades, no es culpa mía que tú tengas este afán por exhibirte —le dijo con voz ronca—. No me lo podía creer cuando te he visto acercarte a la casa, desnuda.

Isthar se enroscó en la toalla anudando la parte superior. Aun así, tenía que sujetársela con las manos para que no se le cayese de nuevo. Apenas le cubría por debajo del trasero, pero ya no se le veía nada.

—¿Y no se te ha ocurrido avisar que estabas aquí? De haber sabido que habías vuelto...

—Me habrías privado de las vistas, y eso hubiese sido una pena —apuntó él, volviéndose.

Isthar se encendió como una hoguera. No estaba de humor para los juegos de J.B. Acababan de decirle que era posible que le quitaran la casa, y allí estaba él, intentando sacarla de quicio. Decidió que quería estar sola, en la intimidad de su caravana y analizar su nueva situación.

—Eres insoportable —le escupió las palabras y se giró, caminando ya en dirección a su escondite.

—Y tú te pones adorable cuando te enfadas —le gritó él a su espalda.

Isthar apretó los puños, pero ni se volvió ni aminoró el paso.

J.B. salió corriendo tras ella, dispuesto a sacar algo más de partido a la situación. La alcanzó a punto de llegar a la caravana. Se le adelantó y le abrió la puerta. Isthar lo miró sorprendida.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, entornando la mirada con suspicacia.

—Solo intento ayudarte. Si con una mano te aferras a la toalla y con la otra al móvil, te quedan pocas opciones para entrar sin darme otro espectáculo.

—Tranquilo, me las puedo apañar sola. No he tenido problema toda esta semana —le espetó ella haciendo brillar su mirada de tigresa.

Era evidente que estaba molesta por su marcha. Lo había esperado, pero no que se lo hiciera evidente tan pronto.

—Así que me has echado de menos... ¡Qué tierno por tu parte! —volvió al ataque, aproximándose a ella.

Isthar se puso nerviosa inmediatamente.

—He echado de menos tus horas de trabajo en la casa, nada más —contestó con desdén.

—He estado trabajando, consiguiendo los materiales necesarios para la obra. Eres una jefa desalmada, reprendiéndome por recorrer miles de kilómetros en el desierto para conseguirte los materiales —dijo él, falsamente ofendido, señalando un camión en el lateral de la casa.

Isthar lo miró sorprendida. Había estado tan centrada en la conversación telefónica que no se había percatado ni del camión ni de la vieja *pick-up* de J.B. aparcada junto a este.

Isthar se mordió el labio inferior algo mortificada. Sí, J.B. la sacaba de quicio, y estaba enfadada y sobre todo preocupada por la conversación recientemente tenida con el abogado, pero él no tenía la culpa de nada de eso. Era evidente que se había equivocado con él. Había ido a por los materiales y eso les permitiría terminar a tiempo.

J.B. vio el cambio en el gesto de la chica que mostraba dudas.

—Has sido mala conmigo, pero puedes arreglarlo...

—¡Oh, vaya! Imagino que tienes algo en mente —dijo ella, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—Por supuesto que sí. Tú tienes algo... que yo quiero —J. B. se acercó tanto a ella que Isthar tuvo que apoyarse en la puerta de la caravana para no caerse.

—No me imagino qué puede ser —comentó ella, bajando la voz e

intentando disimular ante él el nerviosismo que le provocaba sentirlo tan cerca.

—Claro que lo sabes... —le susurró al oído.

El aliento cálido le acarició la mejilla y el lóbulo de la oreja en una caricia tan íntima que sintió reaccionar toda su piel, erizándose excitada.

—Bueno...yo... —Isthar se humedeció los labios anticipando la caricia de J.B. con los suyos. Saber que iba a ser besada por él la excitaba hasta el punto tener que contener un gemido.

J.B. inhaló el aroma de su cabello mojado, el de su piel limpia. Algunas gotas caídas de su cabello salpicaban la piel de sus hombros y escote, y lo trastornó el deseo de absorberlas con los labios, dejando una hilera de besos por su piel hasta perderse bajo la molesta toalla blanca, que le impedía seguir recreándose con su visión. Colocó su boca frente a la de ella y sintió como Isthar contenía la respiración. Una sonrisa juguetona se paseó por sus labios.

—Café. Quiero tu café. Huele de maravilla y no me vendría mal otra taza. Pero, tranquila, yo me la sirvo, así tú puedes vestirme —le dijo él, entrando sin permiso en la caravana y comenzando a servirse el negro brebaje. Isthar se quedó unos segundos allí petrificada, parpadeando perpleja ante la situación.

Vio que por el camino de entrada a la propiedad ya se acercaban los vehículos de los obreros para comenzar la jornada y se apresuró a entrar antes de ser vista por ellos también. Encerrada en el pequeño espacio que hacía las veces de baño y ducha, todo mojado, intentó vestirse sin empapar la ropa que quería ponerse mientras imaginaba mil formas de acabar con ese hombre. Estaba claro que estaba jugando con ella. Él sabía que lo deseaba y jugaba con ella como si fuera su mascota. Estaba tan furiosa con él que hubiera podido estrangularlo, pero más aún lo estaba consigo misma por ser incapaz de controlar sus estúpidas hormonas. Pero algo tenía que hacer.

J.B. se sirvió el café contando mentalmente hasta mil. Isthar se había metido en el diminuto espacio del baño de la caravana para vestirse, pero la puerta había quedado ligeramente abierta a su espalda. Ella no lo sabía, pero lo estaba obsequiando con unas estupendas vistas. Aquella mujer era una diosa. Una maldita diosa que se había colado en sus sueños cada noche y en sus pensamientos más locos cada día. Hasta tal punto temió perder la cabeza con ella, que decidió dar un paso más y hablar con su abogada para

que agilizase el tema del testamento del sinvergüenza de Holt. Necesitaba centrarse en recuperar la casa, y ella no lo dejaba. Estar allí se había convertido en un excitante juego con la señorita Holt, que lo desviaba incesantemente de su misión principal: recuperar la propiedad familiar. La abogada le había dicho que se mantuviese lejos de ella, que su presencia en la propiedad era totalmente innecesaria, estando ya el tema en manos de los abogados, pero, después de meditarlo durante varios días, había decidido que no quería hacerlo. Estando allí podría conseguir información de la sobrina de Holt útil para su causa, y ¿a quién quería engañar? Sabía que hasta que no la hiciera suya no se la conseguiría quitar de la cabeza. Cuando la vio salir desnuda de la caravana aquella mañana lo tuvo claro. Con esas largas piernas, la sexy curva de su trasero respingón, la exuberancia de sus pechos y aquella mirada de tigresa, la señorita Holt era, sin duda, el miembro más peligroso de su familia de timadores. Había un refrán que decía que el enemigo, cuanto más cerca, mejor. Y a este en concreto pensaba llevarlo hasta su cama.

Capítulo 19

—¿Café? —le preguntó J.B. nada más salir ella del baño, ofreciéndole una taza llena.

Isthar lo miró entornando los ojos, pero finalmente aceptó la taza. Fue hasta uno de los bancos que rodeaban la pequeña mesa y se sentó al tiempo que observaba por la ventana. Los obreros ya habían comenzado a descargar los materiales del camión. La obra iba avanzando, y ahora que veía una posibilidad de salir airosa de toda aquella locura, la llamada del abogado...

—¿Quieres trabajar en la obra? —se vio sorprendida por la pregunta de J.B.

Desde que habían comenzado a trabajar se lo había propuesto varias veces, pero él siempre se había negado. Ahora se preguntaba a qué venía ese cambio de opinión.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora sí quieres que participe? —le dijo, entrecerrando los ojos.

Estaba claro que ella no se fiaba un pelo de él, y hacía bien, pensó J.B. con una sonrisa.

—Me vendría bien una ayudante.

—Una ayudante... ¿Quieres que trabaje en la casa contigo?

—Sí, a no ser que eso te dé miedo, ya sabes, por lo nuestro —añadió el, señalándolos a ambos.

—No hay ningún «lo nuestro» —puntualizó ella.

J.B. rompió en carcajadas ante su gesto y ella frunció el ceño molesta.

—Si de verdad estás tan segura de eso, no tendrás problema en trabajar conmigo —la retó él.

Isthar desvió la mirada de nuevo a la ventana y ocultó el rostro en la taza dando otro sorbo. Cuando le había propuesto lo de colaborar en la obra, su intención era la de estar ocupada y así dejar de espiarlo por la ventana, pero él le ofrecía todo lo contrario: terapia de choque, horas y horas trabajando en la casa junto a él.

Una loca idea se paseó por su mente. Se sentía atraída de manera casi enfermiza por aquel hombre al que apenas conocía, pero quizás era precisamente por eso, porque no lo conocía. Si lo veía haciendo esas

cosas de obreros, escupir al suelo, rascarse el trasero o cualquier cosa que hiciese que le bajase la libido, podría librarse de la maldición incendiaria que él provocaba en ella. Sonrió ante esa posibilidad.

—Puede que funcione —contestó finalmente.

Ishtar se levantó de su asiento y dejó la taza sobre el fregadero, regalándole la primera sonrisa que lo pilló desprevenido. Cuando ella sonreía de aquella manera su rostro parecía el de un ángel travieso. Bello y juguetón. Sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba de manera sensual y quiso besarla inmediatamente. La vio tomar una goma para el pelo y comenzar a recogerse en una coleta alta. Sin darle tiempo a reaccionar, se acercó a ella, la tomó por la cintura y depositó un pequeño beso sobre sus labios.

La reacción física de su cuerpo fue inmediata. Su miembro le apretó con furia el pantalón y solo tuvo una cosa en mente: estar dentro de ella. La sintió gemir bajo sus labios, poseída por el mismo deseo que lo atormentaba a él y, sin pensarlo dos veces, la tomó del trasero con ambas manos y la elevó, haciendo que Ishtar enroscase las largas piernas en torno a su cintura. Los besos comenzaron a hacerse frenéticos. Ishtar le rodeó el rostro con sus suaves manos y se entregó a la tarea de besarla como si quisiese beber de él. Su lengua era de una suavidad asombrosa, juguetona y excitante, exploradora e insaciable, justo como la había imaginado, y quiso saborearla él también de esa manera. Se apartó de sus labios y ella protestó, pero quería besarla en el cuello, en la clavícula... Le sacó la camiseta por la cabeza. La visión de sus pechos hinchidos contra la fina tela del sujetador casi hizo que se corriese. Era tan sexy y se mostraba tan desinhibida que lo estaba volviendo loco. Entonces fue ella la que introdujo las manos bajo su camiseta y tiró de la tela hacia arriba, instándolo a que se liberase de la prenda. J.B. obedeció, deseando que sus pieles estuviesen en contacto, quería sentirla al completo. Quiso inclinarse sobre ella y comenzar a lamer cada centímetro de su cuerpo, pero ella se adelantó e inició una tortuosa y deliciosa marcha por su torso con las yemas de sus dedos y su lengua juguetona. Lo besó en el abdomen, pequeños y dulces besos por su vientre que se dirigían a la cinturilla de sus pantalones y supo cuáles eran sus intenciones. Estaba deseando que ella llegase hasta allí. Pero no podía consentirlo. Si se apoderaba de su erección estaría perdido. Necesitaba más tiempo, disfrutar más de ella, no quería terminar ya lo que apenas había empezado, y la tomó de las

muñecas, inmovilizándola. Ella protestó y se revolvió un poco, pero él la sentó sobre la mesa con cuidado y se inclinó sobre ella. Deslizó los tirantes de su sujetador por sus hombros y vio emerger sus tentadores pezones liberándose de su prisión. Llevó los labios hasta uno de ellos y, sin esperar un segundo, lo lamió con posesión. Istar gimio inmediatamente, retorciéndose sobre la mesa. Apretó su erección contra su sexo para que lo notase a través de sus pantalones y volvió a lamer el pecho femenino con devoción, con ansia, con desesperación. Atrapó la areola entre los dientes y jugó con ella. Sus senos eran tan excitantes y perfectos que pensó que podría pasar horas solo deleitándose con ellos, masajeándolos con sus manos, extrayendo gemidos del cuerpo femenino que reaccionaba a cada una de sus tortuosas caricias con entrega infinita. Lo estaba volviendo loco.

Istar sentía que por primera vez en su vida era capaz de morir de placer. No lo había pensado, había surgido sin más. Él la había besado, despertando abruptamente cada una de las células de su cuerpo que habían estado esperando, aletargadas, aguardando al mayor de los placeres que él le ofrecía con su lengua. Y no lo pensó. No tenía nada que pensar. Lo deseaba. La había estado volviendo loca todos aquellos días en los que no había hecho otra cosa más que fantasear con la idea de ser suya, de ser poseída por aquel enorme y sexy hombre que la trastornaba con una sola mirada. Necesitaba que estuviese dentro de ella, sin más. Era sexo, puro y duro. Nada más, porque nada más se podía permitir, pero el más fabuloso sexo que hubiese tenido en su vida. Se sentía totalmente desinhibida. Sin presiones, sin promesas, sin nada, solo disfrutar de aquel cuerpo perfecto ante ella. Jamás había visto un hombre tan bien esculpido. Tenía un pecho enorme, un abdomen firme y perfectamente cincelado, la piel morena. Era tan masculino y viril que resultaba imposible quitarle las manos de encima. Había querido recorrerlo entero con la lengua, en toda su extensión, pero él no la había dejado. En su lugar, tomó el control y comenzó a torturarla deliciosamente con su lengua, sus labios, sus dientes... Cada vez que él introducía uno de sus pezones en su boca y lo succionaba con ansia, una oleada de calor y deseo se anidaba en su vientre, humedeciendo su sexo palpitante y necesitado de atención. Iba a volverla loca, la estaba volviendo loca.

—Penétrame —le ordenó entre jadeos.

—Aún no. Quiero un poco más... —le dijo él con voz ronca.

—Necesito tenerte dentro ya, por favor... —fue la súplica de ella.

J.B. se sintió borracho de deseo. Se apartó de ella, liberando el torturado pezón de entre sus dientes, y le abrió el pantalón corto vaquero. Lo deslizó junto con sus braguitas por las largas piernas y la liberó de las prendas. La visión de su perfecto sexo, sonrosado, abierto y expuesto para él fue más de lo que pudo soportar.

—Penétrame —volvió a pedirle ella.

Pero él tenía otros planes. Introdujo dos dedos en su interior y la sintió convulsionar sobre la mesa. Comenzó a mover los dedos lentamente en su interior, explorando la cavidad mientras se agachaba ante ella y se deleitaba con el sabor de su clítoris bajo la lengua. La exclamación enardecida de placer de Istar fue el regalo más excitante para sus oídos. La vio retorcerse sobre la mesa, agarrándose al filo de madera con los nudillos blancos. Volvió a recorrerla con la lengua mientras sus dedos continuaban su exhaustiva exploración. Estaba tan húmeda y caliente, tan preparada y lista para él que supo que entrar en ella iba a ser la mejor experiencia que hubiese tenido con una mujer. Se dedicó por entero a su sexo durante unos minutos más, en los que ella contuvo los gemidos cubriendo su rostro con una de sus manos, mientras con la otra lo agarraba por el pelo, instándolo a seguir. Que ella le demostrase de manera tan abierta lo mucho que la estaba haciendo disfrutar fue el mayor de los afrodisiacos para él.

—Por favor... —volvió a rogarle ella casi sin resuello.

Y J.B. no pudo más. Se incorporó y, ante la vista de ella, se abrió los pantalones y los dejó caer, liberando su miembro en tensión. Istar se mordió el labio de manera provocadora y satisfecha ante la visión de su polla dura y erecta. Se deslizó unos centímetros por la mesa ofreciéndole su sexo expuesto. Él la tomó de las caderas mientras aproximaba el glande a las puertas del sexo femenino, a punto de invadirlo, cuando llamaron a la puerta de la caravana.

Capítulo 20

—¡No puede ser! —exclamó J.B. apretando los dientes.

—Olvidalo, penétrame —le dijo ella con el rostro arrebolado e impaciente.

Los golpes se repitieron con mayor intensidad.

—J.B., ¿estás ahí? ¡Tenemos un problema! —oyeron a Charlie que lo llamaba con apremio.

—Lo necesito ahora —le dijo ella—. Sea lo que sea, seguro que puede esperar.

J.B. sonrió satisfecho ante la urgencia que demostraba.

—¡Ahora no, Charlie! ¡Luego hablamos! —gritó a su primo con voz ronca. La tenía allí, para él, expuesta y rogándole que la penetrara. Su glande acariciaba el clítoris de Istar tortuosamente. No quería pensar en la obra, solo en poseerla.

Charlie pareció entender que no era el mejor momento para interrumpir, pues estuvo en silencio un segundo, pero en seguida volvió a la carga.

—¡Lo siento, pero necesito que salgas! ¡Aquí hay un hombre, un inspector, que quiere parar la obra! —dijo, sorprendiéndolos a ambos, y aguardó silencio esperando una respuesta.

—¡Joder! —exclamó J.B. molesto.

—¿La obra? —preguntó Istar asustada y se incorporó como un resorte.

Comenzó a vestirse ante la mirada frustrada de J.B. que, tras observarla, se miró la terrible erección y maldijo entre dientes.

—¡Ya voy! Dame un minuto —contestó a su primo y oyó como este se alejaba de la puerta.

Se puso el pantalón, preguntándose si podía tener peor suerte que aquella. Miró a Istar y vio como le temblaba el pulso intentando abrocharse los pantalones. Se aproximó a ella y le acarició el rostro con ternura.

—¡Ey! No pasa nada. Seguro que es una inspección rutinaria —intentó tranquilizarla. Apartó las manos de Istar del botón y se lo cerró él. Ella dio un paso atrás, poniendo distancia entre los dos, agarrándose la frente,

y él la miró sorprendido.

—Necesito que funcione. No pueden parar la obra... No puedo perder la casa, mi vida depende de ello —dijo con voz temblorosa. Se alejó de él y salió de la caravana en busca del inspector.

J.B. tardó un segundo en reaccionar. Ella había expresado en varias ocasiones su necesidad de concluir la obra y venderla. Pero en aquella ocasión había estado a punto de romper a llorar. Le afectó ver el cambio que sufrió su rostro. Había pasado de ser la viva estampa del deseo a quebrarse por la preocupación. Se preguntó qué situación estaría viviendo que hacía tan importante para ella la venta de la casa. ¿Por qué de repente parecía aterrorizada ante la posibilidad de que se viesen frustrados sus planes?

Se vistió a toda prisa y la siguió al exterior de la caravana. Cuando la alcanzó ella ya estaba con Charlie y un hombre con traje oscuro que revisaba algunos papeles de su carpeta.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó nada más llegar. Se colocó junto a Istar y posó una mano sobre su cintura de manera posesiva. El gesto no pasó desapercibido para Charlie, que lo miró interrogativamente.

—¿Es usted el responsable de esta obra? —le preguntó el hombre sin apartar la vista de los documentos.

—Sí, soy yo, ¿hay algún problema? —quiso saber. Hasta donde él tenía conocimiento, tenían la obra en regla, con todos los permisos en orden.

—Sí, lo hay. Ustedes solicitaron los permisos para realizar esta obra, y uno de ellos quedó pendiente de que presentasen un proyecto de obra mayor. El plazo para presentar dicho proyecto finalizó ayer y eso hace imposible que podamos mantenerles el permiso vigente. Lo siento, pero tendrán que dejar de trabajar en la obra.

—¡No pueden hacer eso! Necesito que la obra siga en marcha. ¡No tengo tiempo que perder! ¿Cómo es posible que haya pasado? —interrogó Istar pálida y con el rostro desencajado a J.B.

Él resopló y se pasó la mano por el pelo, cayendo en la cuenta de que era verdad. Él tendría que haber entregado ese proyecto, pero se había ido a por materiales y su visita a la abogada había hecho que se retrasase en su regreso, no cumpliendo con el plazo estipulado. Miró a Istar que parecía a punto de quebrarse por la desesperación. Iba a llorar y se sintió culpable por ello.

—Yo lo solucionaré, no te preocupes —le dijo, poniendo una mano

sobre su hombro para tranquilizarla, pero ella se apartó con brusquedad abrazándose a si misma.

—Eso espero —le dijo, mirándolo con una mezcla de dolor y decepción que J.B. no supo cómo recibir. Istar desvió la mirada y se marchó alejándose del grupo en dirección a la casa. Un minuto más tarde entraba en ella y se perdía en el interior.

—Bien, solucionemos esto cuanto antes. ¿Qué opciones tenemos? —preguntó al inspector.

Istar entró en la casa con un nudo atenazándole la garganta. Le costaba respirar y la mezcla de sentimientos y emociones era tan sobrecogedora que estaba segura de que no tardaría en romperse. ¿Cuántas cosas más podían pasarle?, se preguntó. Desde que había decidido romper con Kevin su vida daba tumbos de un lado a otro. Y con cada nuevo bache que se encontraba en el camino, ella hacía acopio de toda su capacidad de recuperación y lucha y se enfrentaba al problema, pero empezaba a estar harta. La llamada del abogado diciéndole que tal vez perdiese la casa, el inspector... Y luego estaba J.B. Él había conseguido que se sintiese viva después de mucho tiempo de letargo. Había temido durante tanto tiempo que le hiciesen daño de nuevo, exponiéndose a una relación en la que ella no tuviese el control, que se había visto envuelta durante siete largos años en un vínculo que la había mantenido dormida. Ni en su mejor momento Kevin le había proporcionado las miles de sensaciones que le provocaba J.B. con un solo beso. Y no había sido solo un beso. Habría llegado al final con él. Habría hecho lo que él le hubiese pedido, sin pensarlo. Ese poder tenía sobre ella. Era algo físico, primitivo, pero muy peligroso. Porque era adictivo. Sentirse así de viva era adictivo. Y la desviaba de su objetivo. Tener un rollo durante su aventura australiana no tenía nada malo siempre y cuando no interfiriese en sus planes, y eso era lo que estaba haciendo. Él no había entregado los malditos papeles y ahora le cerraban la obra.

Sin percatarse de cómo había llegado hasta allí, se vio en una de las habitaciones de la planta baja. El suelo estaba recién reparado y el mobiliario se amontonaba en una esquina, cubierto por una gran lona color granate para protegerlos del polvo. Levantó la lona y descubrió que los muebles pertenecían a un dormitorio principal, todos de madera labrada de estilo rústico. La cama, sin embargo, era de hierro forjado,

bonita y antigua. Seguramente había sido el dormitorio de su tío.

Se apoyó en la pared e intentó recuperar el control. Tenía ganas de llorar pero no podía, la rabia superaba a la frustración. Se dejó caer deslizando la espalda por la pared hasta que llegó al suelo. Resopló con un gemido roto y un pequeño crujido en la madera la sorprendió a su lado. Miró junto a ella y vio que una pieza del zócalo había caído, desprendiéndose de la pared. Sorprendida, se asomó por la abertura y vio que en el hueco había una cajita de metal labrado. ¿Qué era aquello? Por un segundo, su dolor menguó ante la curiosidad de descubrir qué escondía aquel precioso hallazgo. Con dedos temblorosos abrió la cajita y su corazón se detuvo en seco.

Después de aquello su dolor se derramó como un torrente sin control. No podía más. El destino estaba jugando con ella, y ella estaba perdiendo la partida.

Capítulo 21

Isthar llevaba cerca de media hora llorando desconsoladamente cuando sintió vibrar su móvil en el bolsillo. Lo sacó, miró la pantalla y vio que tenía una llamada perdida de Kat. En cualquier otro momento habría estado encantada de hablar con ella, pero en aquel instante solo quería abandonarse al dolor. Dejó el aparato junto a la cajita y volvió a mirar la fotografía que había encontrado en su interior.

En ella se podía ver a dos hombres posando para la foto, abrazados y sonrientes. Uno de ellos podía ser su tío Harold. Lo poco que recordaba de él coincidía con el hombre de la foto. El otro, a su lado, sonriente, con aquella expresión genuina y embaucadora que ella conocía tan bien, no era otro que su padre. El dolor de su pecho se intensificó de tal manera que pensó que iba a estallarle. Hacía muchos años que no se permitía recordarlo. Había adorado a su padre más que a cualquier persona en el mundo, por encima de cualquier cosa. Él lo había significado todo para ella. Le enseñó a conducir, a montar a caballo, hacían acampadas y compartían cada pequeño momento que él tuviese libre. Nunca vio un gran amor entre sus padres, pero a ella no le preocupó, pues era uña y carne con su padre y disfrutó de la complicidad que los unía. Para ella había sido suficiente, pero para él no.

Tenía doce años cuando las discusiones entre sus padres comenzaron. Habían pasado de ignorarse a no aguantarse. Su madre terminaba llorando, y él, ausentándose cuando esto ocurría. Hasta que un día se marchó definitivamente. No miró atrás. No se preguntó qué pasaría con ella, ni cómo llenaría el vacío que él había dejado en su vida. Lloró cada noche rezando por su regreso, hasta que un día su madre le dijo que lo superara, que su padre no iba a volver. Él se había ido con otra mujer, con otra con quien iba a formar una familia. Ya no las necesitaba a ninguna de las dos, y su mundo se rompió para siempre.

Tomó la fotografía y la rompió en dos, tirándola al suelo.

—¿Podemos hablar? —le preguntó J.B. desde la puerta, sorprendiéndola.

Isthar se levantó inmediatamente. Se limpió el rostro con las manos y se dispuso a salir del dormitorio. No podía estar junto a él cuando se sentía

tan expuesta. Jacob la detuvo, tomándola por el brazo. Pero ella no se volvió y evitó mirarlo girando el rostro.

—Lo siento de veras —le dijo, y su tono pareció sincero. Pero a ella le daba igual. Se soltó del agarre y corrió a refugiarse en la caravana.

Jacob observó que ella se había dejado algo en el suelo y fue a recogerlo. Junto a la pared encontró una cajita de metal y una foto rota por la mitad en la que se veía a dos hombres. Uno de ellos era Harold Holt, lo habría reconocido hasta por las botas. Y junto a la foto, el teléfono móvil de Istar. Este vibró en su mano y vio que recibía un mensaje que iluminó la pantalla.

Había caído ya la noche cuando Istar se despertó sobre la cama en la caravana. Sentía el cuerpo entumecido y dolorido como si le hubiesen dado una paliza. Y en cierto sentido así era, una paliza emocional. Una de la que tenía que recomponerse, y pronto. Se estiró, incorporándose en la cama y sintió frío. Había caído la noche y la temperatura en el desierto bajaba considerablemente. Abrió su maleta y se puso una chaqueta gruesa de lana color caramelo sobre la camiseta y los pantalones cortos. Se puso las zapatillas y fue a prepararse algo para comer. Pero, al pasar junto a la ventana de la caravana, algo del exterior llamó su atención. Se acercó al cristal y, con desconcierto, vio que había luz en el interior de la casa. Un resplandor dorado que salía por los ventanales acristalados del salón. Una figura grande llamó su atención. Caminaba por la estancia con unos movimientos que reconoció al instante. Sin pensárselo dos veces, cogió las llaves de la caravana, se cerró la chaqueta apretándola contra su cuerpo y salió. El frío intenso de la noche la sorprendió con una bocanada de aire helado. Miró hacia el cielo. Un cielo increíble y único que se había estado perdiendo hasta entonces. Un manto plagado de estrellas que refulgían sobre su cabeza como una deliciosa sábana pintada de destellos de plata. Un sonido en los matorrales la puso en alerta, asustándola, y salió corriendo en dirección a la casa.

Al entrar le faltaba el aliento. Y aún más al ver a J.B. allí tumbado sobre una manta en el suelo, frente a la chimenea encendida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó nada más entrar.

—¡Hola! —la saludó él sin dejar de mirar el fuego—. ¿Te gustan los malvaviscos? —preguntó, señalando uno, que quemaba al fuego insertado

en una vara.

Isthar parpadeó un par de veces sorprendida.

J.B. le señaló un sitio a su lado en la manta, invitándola a sentarse junto a él.

Isthar se acercó, atraída por la idea de entrar en calor, y tomó asiento cerca de él, pero no a su lado. J.B. la obsequió con media sonrisa.

—No me has contestado, ¿qué haces aquí? —le preguntó ella, quitándole de la mano la vara y comenzando a comer el malvavisco que él acababa de quemar.

—Me acabo de instalar. Voy a quedarme aquí.

—¿En mi casa? ¡De eso ni hablar! —le dijo ella enfadada. ¿Quién se creía él que era? ¡No podía quedarse en su casa!

—No voy a moverme de aquí. Quiero estar cerca de...

Isthar contuvo el aliento.

—...de la obra —concluyó él.

Ella estuvo a punto de contestar pero él la detuvo.

—No vamos a poder trabajar en un par de días, pero, después, algunos de los hombres y yo haremos turnos dobles, trabajando de día y de noche, para compensar el tiempo perdido. Instalarme aquí hará que sea más fácil hacerlo.

Isthar cerró la boca de repente. No esperaba aquello. Él le había dicho que solucionaría el problema, pero no había contado con ello. Sorprendentemente, no supo qué decir.

—¿Y si no se podrá volver al trabajo en un par de días, por qué te has instalado hoy? —preguntó, bajando el tono, y se chupó los dedos pringosos de azúcar.

Jacob se quedó mirando el gesto de ella unos segundos y tragó saliva.

—Quería hablar contigo... Te dejaste algo aquí —le dijo, y sacó de bolsillo el móvil y la fotografía rota.

Isthar tomó ambas cosas de su mano. Dejó el móvil en el suelo junto a ella y volvió a mirar los pedazos de la foto en sus manos. El aire se volvió doloroso de respirar y apoyó la cabeza en las manos.

—¿Qué problema tenías con tu tío? —le preguntó él de improviso.

Isthar tembló un segundo.

—No es por mi tío. El otro hombre de la foto... es mi padre. Nos abandonó a mi madre y a mí cuando tenía doce años. Hacía años que no veía una fotografía suya —confesó finalmente, y su voz se quebró

momentáneamente. No sabía por qué se lo contaba. No le gustaba hablar del tema. Ni siquiera lo sacaba con sus amigas. Era un tema tabú, desde que Kat le dio su opinión sobre como lo sucedido con su padre había afectado en la elección de los hombres con los que había decidido relacionarse en su vida. Le dolió escuchar de labios de su amiga una verdad tan difícil de asumir, y estuvieron casi un mes sin hablarse, hasta que se dio cuenta de que no podía perder a su amiga también. Pero una cosa era hablar con Kat, su amiga, su casi hermana, y otra, hacerlo con aquel hombre que, aunque tuviese la capacidad de volverla loca como ningún otro, no dejaba de ser un desconocido.

—Lo siento, debió ser duro. No imagino cómo pudo afectarte algo así —le dijo él con sinceridad.

En aquellos días había visto tantas caras de aquella mujer: su parte sofisticada y elegante, la salvaje y entregada, la divertida y espontánea. La había visto furiosa y decidida y, finalmente, rota y frágil. Sintió ganas de rodearla con sus brazos y hacerla sentir segura, pero ¿con qué derecho podía él hacer eso, cuando él mismo planeaba infligirle el dolor de arrebatarse lo que parecía ser tan importante para ella?

—Ya no importa —le dijo ella, encogiéndose de hombros—. El pasado, pasado está. No hay más camino que el que...

—...dirige tus pasos hacia adelante —terminó él la frase por ella, que lo miró sorprendida—. Sí, lo dijiste el primer día, cuando nos vimos.

Ishar lo miró con una pequeña sonrisa y él clavó su mirada intensamente azul en la suya, perdiéndose en ella durante unos minutos eternos. El escrutinio de Jacob hizo que el corazón de Ishar se desbocase en una carrera desenfrenada y apartó la vista antes de consumirse ante él.

—Tengo algo para ti —dijo él de improviso. Se levantó y cogió una caja de cartón que había apoyada en un petate con ropa. Volvió a la manta y colocó la caja frente a ella, en el suelo.

Desconcertada, Ishtar lo miró a él y después a la caja un par de veces, alternadamente. Después aproximó la mano y fue a abrir la tapa con cautela.

—¡Buu! —la asustó él y ella pegó un respingo nerviosa. Jacob se rio abiertamente—. No tienes nada que temer, mujer. No escondo una serpiente.

—De ti podría esperarme cualquier cosa —se defendió ella, torciendo el gesto.

—Bueno, si tan mal piensas de mí, mejor me lo quedo —hizo ademán de quitarle la caja.

—¡Ni lo sueñes! —contestó ella, tomando la caja del suelo y apartándola de su alcance entre risas. La colocó sobre sus piernas cruzadas y abrió la tapa esta vez sin esperar. Se quedó boquiabierta ante las botas de trabajo, de color rosa, más bonitas que había visto en su vida.

—Feliz cumpleaños —le dijo él.

Ella sonrió maravillada, preguntándose cómo lo había descubierto él.

—No te enfades, tu amiga Kat te mandó un mensaje y lo vi sin querer —aclaró en respuesta a su gesto de perplejidad.

—Sin querer... —repitió ella sonriendo. Estaba demasiado encantada y sorprendida con su regalo como para enfadarse.

Se aproximó a él y depositó un pequeño beso sobre sus labios, que lo pilló completamente desprevenido e hizo que ya solo volviese a tener otra cosa en mente: estar dentro de ella.

Capítulo 22

Al mediodía siguiente, para sorpresa de Istar, los obreros llegaron a la casa para reanudar el trabajo. Charlie y J.B. habían conseguido que se acelerase el proceso del papeleo y el inspector había dado el visto bueno a la continuidad de la obra. Istar, con energías renovadas y un excelente humor, se calzó encantada sus botas nuevas y se dispuso a trabajar con ellos, tal como la había invitado a hacer J.B. el día anterior. Recordó lo que había sucedido entre ambos, en ese momento, en la caravana, y se sonrojó hasta la punta del cabello.

La noche anterior también había sido movidita. Sin embargo, no habían pasado de los besos y caricias. J.B. le había hecho algunas preguntas más sobre su vida en Nueva York, sus amigas y su infancia. Y, por alguna extraña razón, después de haberle contado lo que le pasó con su padre, no tuvo reparo en seguir abriéndole su corazón y dejar que él la conociese un poco más. Unas cuantas horas más tarde, él se ofreció a acompañarla a la caravana, sin hacer intento alguno por entrar con ella y continuar la sesión de sexo que habían dejado a medias horas antes. Se despidió con un beso que la dejó sin aliento y se marchó. Aquella había sido la primera noche que había descansado después de muchas, como si hablar con él la hubiese liberado de un peso enorme que guardaba en el corazón.

Los dos siguientes días fueron una auténtica y desconcertante montaña rusa emocional. Jacob se había propuesto tenerla distraída pensando en él. Decidió asignarle algunas tareas, que siempre tenían que ver con ayudarlo con alguna cosa tonta, como pasarle los clavos, llevarla a elegir los nuevos azulejos para el baño o recoger los escombros que iban quedando en las habitaciones en las que él trabajaba.

La mayor parte del tiempo, mientras realizaba su tarea, él la tenía entretenida con conversaciones triviales y divertidas, llenas de dobles sentidos y equívocos. Había intentado averiguar un poco más sobre él en aquellas conversaciones, pero era difícil que le revelase alguna información, pues solía derivar las charlas para que fuese ella la que contase cosas sobre su vida. Aun así, había descubierto que J.B. era un hombre aventurero, al que le gustaba el mar, como a ella, y que había viajado bastante. Eso le resultaba interesante y sorprendente. No se había

forjado una idea de él más allá de imaginarlo sobre ella cumpliendo con cada una de sus fantasías sexuales. Así que cualquier cosa que averiguaba de él le suponía un gran descubrimiento.

Todo parecía ir sobre ruedas. La obra iba con buen ritmo. Los chicos habían trabajado horas extras y parecía que podrían cumplir con el plazo estipulado inicialmente. El abogado no le había dado buenas noticias, pero tampoco eran malas. Le había dicho que tenía que estudiar más el testamento y el contrato de cesión, pero que, en principio, no veía causa legal para una revocación del testamento. Aún tenía esperanzas y eso era a lo que se aferraba en esos momentos.

Hasta que, aquella tarde, todo volvió a cambiar. Se sentía como si algún ente superior jugase cada día a cara o cruz con su vida. Los días que caía cara tenía la suerte de vivirlos con cierta tranquilidad y esperanza, pero cuando caía cruz todo empezaba a torcerse, y aquel ser se dedicaba a ponerle todo tipo de zancadillas que le complicaban la vida hasta hacerle creer que se había metido en una situación de la que jamás saldría.

Esa tarde estaba sentada en unas rocas, junto a la casa. Había decidido darse unos minutos para meditar y relajarse, y así poder aplacar la calentura que le daba pasar tanto tiempo con J.B., quien, desde el día de su cumpleaños, no había vuelto a acercarse a ella más que para regalarle algunos besos furtivos que la dejaban siempre alterada y necesitada de una atención mucho más profunda que él no terminaba de saciar. La estaba volviendo loca de deseo y ya se estaba cansando. Necesitaba culminar. No quería quedarse con las ganas de saber cómo sería estar con él finalmente. Sabía que no podía haber nada entre ellos más allá de aquella aventura, pero iban pasando las semanas y empezaba a pensar que ni eso iba a llevarse de él. Así que decidió subirse a aquellas rocas y poner un poco de distancia entre los dos, la suficiente para poder ingeniar un plan de seducción que lo hiciese caer en sus brazos.

Una traviesa sonrisa se paseó por sus labios justo antes de que el ruido de un movimiento en las rocas la alertase de que no estaba sola. Abrió un ojo y se encontró de frente con la criatura más fea que hubiese visto jamás. Un lagarto de unos veinte centímetros, con manchas marrones en distintos tonos y el cuerpo lleno de pinchos. El grito que soltó, agudo y escalofriante, inundó el desértico paraje rompiendo el preciado silencio. Pero el bicho, lejos de asustarse, se encaminó hacia ella. Ni corta ni perezosa, buscó a su alrededor algo que poder lanzar al animal y

haciéndose con algunas piedras del tamaño de pelotas de tenis de mesa, comenzó a tirárselas con la intención de asustarlo y hacer que retrocediese.

En ese momento, otros gritos, provenientes de más abajo, interrumpieron su lucha con el animal. Se asomó y vio que un grupo de cuatro mujeres, que reconoció como las que había visto días antes en la tienda de comestibles, le gritaban todo tipo de improperios.

—¡Déjelo tranquilo! ¡No le haga daño! ¿Se ha vuelto loca?

Isthar se quedó perpleja ante las exclamaciones de las mujeres y, aprovechando que el asqueroso lagarto había decidido abandonar la batalla, bajó al encuentro de las enfurecidas damas. Al tiempo, algunos de los chicos salieron de la casa para ver qué estaba sucediendo.

—¿Qué ocurre? —fue J.B. el primero en preguntar, colocándose entre las mujeres y ella.

—¡Esta mujer es una asesina! —exclamó la que reconoció como la mujer de Charlie.

—¿Pero de qué está hablando? —preguntó Isthar alucinada.

—¡Lo hemos visto todas! —el resto de mujeres comenzaron a mover la cabeza afirmativamente apoyando a la anterior—. Veníamos a aceptar finalmente aquel café que nos ofreció y darle la bienvenida al pueblo, pero es evidente que no estábamos equivocadas en cuanto a usted.

Isthar puso los ojos como platos. ¿Pero es que habían perdido todos la cabeza?

—Es cierto —dijo otra. A esas alturas, absolutamente todos los obreros estaban fuera, rodeándolas—, la hemos visto tirándole piedras a un *moloch*. ¡Quería matarlo!

J.B. la miró, enarcando una ceja de manera interrogativa.

—¿Ese bicho asqueroso? —dijo, y todos la miraron con ojos desencajados—. ¡Oh! ¡Por Dios! Solo quería asustarlo un poquito. ¡Él me asustó a mí primero! —dijo para defenderse. Miró a un lado y a otro y todos los presentes la miraron con recriminación durante unos segundos interminables.

—¡Charlie, nos vamos! ¡No vais a trabajar para esta asesina! —dijo la mujer del jefe de obra.

Este miró a Isthar un segundo, bajó la mirada y cabeceó con recriminación. Inmediatamente comenzó a caminar siguiendo a su mujer. El resto de mujeres los imitaron y, tras ellas, los obreros, dejando sus

herramientas en el suelo. En poco más de cinco minutos, la obra quedó desierta salvo por J.B. y ella.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero qué ha pasado?

Jacob se pasó la mano por el pelo resoplando.

—Esto no se va a solucionar tan fácilmente como lo del inspector. Has estado a punto de matar a un *moloch*. Ese lagarto es el símbolo de este pueblo. Ellos lo protegen, incluso han hecho una asociación protectora de la especie. En los últimos años ha aumentado el tráfico de este reptil. Vienen forasteros y se los llevan para comerciar con él y venderlos como mascotas en otros países. Es llamativo y codiciado por su aspecto peligroso, aunque es completamente inofensivo y, por supuesto, sumamente querido en estas tierras.

Isthar se dejó caer, sentando sus lindas posaderas sobre la arena roja, y pensó en las cincuenta formas más rápidas y menos dolorosas de suicidarse.

Capítulo 23

¡Una semana! ¡Una semana entera sin obreros! La reforma de la casa parada y ella prácticamente todo el tiempo encerrada en su caravana. Las primeras horas se las pasó llorando de impotencia y rabia, pero aquel estado solo le duró eso, un par de horas. Había llorado tanto en las últimas semanas que pensaba que ya no le quedaba una lágrima más por echar. Después pensó que tenía dos opciones. Una era rendirse, y aquel camino la llevaba a una posición mucho peor, la de ver como se iba toda su vida por el retrete. La segunda opción era conseguir que los obreros volviesen al trabajo. Los primeros intentos realizados por J.B. habían sido completamente infructuosos. Las mujeres del pueblo seguían considerándola una asesina de lagartos y era eso mismo lo que tenía que solucionar: la imagen que tenía ante ellos. Si nos las convencía a ellas, sus maridos, novios, hermanos y demás parientes que habían trabajado para ella no volverían a la obra. La cosa estaba clara.

Tardó doce horas más y un par de conversaciones con sus amigas en trazar un plan que le permitiese hacer su lavado de imagen. Ella no había querido matar a aquel bicho. Solo quería asustarlo. Ni siquiera había apuntado a dar cuando le había lanzado las piedras. Tenía buena puntería. Ya lanzaba piedras a la edad de ocho años, con su padre, dándole a las latas. Aquel recuerdo, al contrario que en años anteriores, no le produjo dolor. Pero decidió centrarse en su plan. Un plan para el que necesitaría ayuda de algunos de sus amigos, y que suponía poner en marcha todos sus talentos naturales.

El día siguiente lo pasó entero en la caravana. Sacó de su maleta la caja con todos los abalorios, materiales, piel, cuentas y demás utensilios que usaba en sus diseños de bisutería. Mientras, J.B. se había dedicado a la caza de uno de aquellos extraños ejemplares. Ella le había asegurado que no era necesario, pero él insistió en que tenía que inspirarse y reflejar al cien por cien el espíritu del bicho. Ella pensaba que en realidad lo que él quería era disfrutar de verla tensa como una cuerda en presencia del horrendo animal. Pero no estaba en disposición de agenciarse más enemigos, de manera que accedió a realizar dos de las creaciones de las que más orgullosa se había sentido en años mientras aquel bicho espinoso no le

quitaba los ojos de encima.

La segunda parte del plan fue mucho más difícil para ella. Llamó a Gran Bill, que fue a verla aquella misma tarde, bajo la atenta mirada y ceño fruncido de J.B., y le entregó un paquete que contenía dos maravillosas pulseras en cuero marrón e incrustaciones de cobre y ámbar, que tenía que enviar por correo urgente a Estados Unidos.

Y a esperar.

En un principio pensó que podía dedicar la espera de los siguientes tres días a hacer realidad su plan de seducir al cachas de su contratista, pero una vez más él había tenido gestiones importantes que hacer y se marchó a Alice Springs, por lo que dedicó su tortuosa espera a limpiar y desescombrar su casa. Cuatro días más tarde, con el cuerpo entumecido, dolorido y agotado de tanto esfuerzo físico, se hacía realidad su plan. Desde luego, no había nada mejor que tener amigos famosos e ídolos de masas, se dijo.

Aquella noche de jueves, las mujeres del pueblo de Grover Rock, se congregaban en su local de reunión para decidir los siguientes pasos a dar por la asociación para la conservación de los *moloch*, o diablos espinosos. Pero, cuando estaban en plena reunión, la puerta del pequeño local se abrió de improviso y una azorada Emma de mejillas encarnadas hizo acto de presencia, sin aliento.

—¡Encended la televisión! —les dijo sin resuello.

—Emma, estamos a punto de comenzar con la reunión semanal. No es momento para ver programas —le dijo Hilary, la esposa de Charlie y presidenta de la asociación.

—No es cualquier programa, tenéis que ver esto —dijo la chica, dirigiéndose al aparato colgado en la pared y encendiéndolo sin aguardar el consentimiento de la presidenta.

—Esto está fuera de todo lugar, Emma —protesto Hilary.

Emma siguió ignorándola y sintonizó el canal que le había dicho J.B. Tras solucionar los primeros problemas de sintonización, logró que la imagen se mostrase ante ellas clara y nítida. Ante una treintena de asistentes, apareció una de las galas anuales más importantes de música country organizada en Estados Unidos. Los famosos asistentes paseaban por la alfombra roja y posaban para las cámaras, que disparaban multitud de flashes ante la expectación de ver a las estrellas más importantes del panorama musical.

—¿Se puede saber qué hacemos viendo una gala de música, Emma? — le preguntó otra de las mujeres a la chica, que aguardaba impaciente que llegase el momento que tanto esperaba. Temía que las mujeres se cansasen y apagasen la televisión antes de que pudiesen ver lo que les esperaba.

—¡Solo un momento! ¡Ahí, ahí, estad atentas! —dijo Emma, señalando la pantalla.

Las mujeres se congregaron frente al aparato con expectación. Ante ellas hicieron acto de presencia Randy Buxton y su conocida novia Katherine Reeds, que comenzaron a posar para la prensa.

—¡Qué pareja más guapa! —dijo con admiración una de las asistentes.

—Sí que lo son, yo leo la columna dominical de ella a través de la web de la revista —apuntó otra—. Es muy divertida.

—Sí, muy monos los dos, pero sigo sin entender... —quiso protestar Hilary.

—¡Shhh! ¡Que van a hablar! —dijo Emma.

En ese momento vieron a los periodistas rodeando a la pareja con la intención de acribillarlos a preguntas. Pero estos, en lugar de sonreír y evitar a las cámaras, se acercaron a ellas deseosos de hablar con la prensa.

—¡Aquí tenemos a la pareja del año! —los abordó la primera—. Qué gusto veros en esta gala, en uno de los pocos eventos públicos a los que asistiréis antes de vuestra anunciada boda.

—El gusto es nuestro. Nos encanta poder compartir con vosotros estos momentos —dijo Randy con una de sus encantadoras sonrisas.

—Este chico es mucho más simpático desde que empezó a salir con la periodista —apuntó una de las mujeres.

—¡Shhh...! —chistaron las demás, mandándola callar.

—¿Y cómo abordáis estas semanas previas a la boda, nerviosos? —quiso saber la periodista.

—La verdad es que no. De momento nuestras apretadas agendas y colaboraciones solidarias nos tienen lo suficientemente ocupados como para no pensar mucho en la boda.

—¿Colaboraciones solidarias?

—Sí, desde luego, nos gusta involucrarnos con causas que creemos importantes y merecedoras de toda nuestra atención. Como la protección de especies en peligro. Actualmente colaboramos con nuestra amiga, la bloguera de moda y diseñadora de joyas Ithar Holt, que ha creado unos impresionantes diseños para apoyar, con la recaudación de su venta, a la

asociación que protege al *moloch* australiano en Grover Rock, Australia.

La pareja mostró las creaciones que portaban ambos en sus muñecas y que atestiguaban lo que decían. La periodista quedó prendada con las pulseras y ordenó al cámara hacer un primer plano de las joyas. El resto de cámaras y periodistas que acudían al evento se congregaron alrededor de la pareja y sacaron primeros planos y tomaron nota de la asociación protectora.

—¡Oh, Dios mío! ¡Hemos salido en la televisión! —el revuelo en el centro de mujeres fue instantáneo.

—Sí, eso parece —dijo una asombrada Hilary—. Creo que tendremos que hacer una nueva visita a la señorita Holt —terminó por conceder la presidenta, cruzándose de brazos.

Capítulo 24

Isthar acababa de salir de su diminuta ducha cuando hasta ella llegó la melodía de una de sus canciones favoritas, *Thinking out loud*, de Ed Sheeran. Miró por la ventana de la caravana y sonrió al comprobar que J.B. había regresado de su viaje. Sin pensarlo dos veces, como llevada por una fuerza invisible que tiraba de ella, se puso uno de sus pantalones cortos y una camiseta amplia rosa, a juego con sus botas nuevas, y se dirigió a la casa. Allí estaba él, viendo algunos papeles sobre la mesa, de espaldas a ella. Llevaba puesto un vaquero desgastado, que se ajustaba de forma sexy sobre sus caderas, y el torso descubierto. Era como una visión. Su piel morena resplandecía iluminada por la luz dorada que atravesaba la ventana. Tenía una piel tan apetecible, un cuerpo tan increíblemente succulento que sintió inmediatamente como se le secaba la boca.

—Hola —lo saludó desde la entrada de salón.

—Hola —le devolvió el saludo él, girándose, y le brindó una sonrisa que hizo que ella se saltase un latido.

—Has vuelto...

—Claro, te dije que lo haría —contestó él, acercándose a ella, y la miró con intensidad.

Isthar se sintió tímida de repente y desvió su atención a la repisa de madera sobre la chimenea. Colocó las manos en los bolsillos traseros de su pantalón, pues estaba tan nerviosa que no sabía que hacer con ellas.

—¿Te he despertado con la música? —le preguntó, ya a pocos pasos de distancia de ella.

Isthar negó con la cabeza.

—Me has atraído hasta aquí gracias a ella —le dijo, sonriendo—. Ed Sheeran me vuelve loca —confesó, encogiéndose de hombros.

—Qué suerte tengo, he puesto un CD completo de canciones tuyas —le dijo en tono bajo, con una arrebatadora sonrisa. Le pasó una mano por la cintura, bajo la camiseta y la giró hacia él.

Isthar contuvo el aliento en el momento en el que su mano grande y cálida acarició su piel. Ya tenía el corazón desbocado y la anticipación y el deseo se apoderaban de ella. Lo había echado de menos. Muy a su pesar, los últimos tres días había pensado constantemente en él, y llegó a

plantearse qué pasaría con ella cuando se marchase de allí. Su plan había sido hacerlo con el dinero en la mano y sin mirar atrás. Pero sabía que el recuerdo de J.B. la perseguiría donde fuera. Dudaba que alguna vez volviese a sentir las cosas que él le provocaba con su sola presencia, y se mordió el labio para detener un temblor.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó él frente a sus labios, como si le hubiese leído el pensamiento.

Isthar cerró los ojos y sintió que el aire escapaba de sus pulmones.

—No —mintió en un susurro apenas audible.

—Bien... Yo tampoco a ti —mintió también él, acariciando con su aliento los labios de ella—. No queremos que ninguno se termine enamorando del otro...

Enamorarse. Aquella palabra taladró la mente de Isthar de manera repentina.

La canción cesó y comenzó una nueva. Otro tema del cantante, esta vez las notas lentas, pausadas y sensuales de *Kiss me* envolvieron la escena de manera mágica.

—Por favor, hazlo ya —le rogó.

Y él, sonriendo, la tomó por la barbilla, le rodeó las mejillas con ambas manos y recorrió su bello rostro grabándolo en su mente. La besó en la frente, en las mejillas... Colocó una de sus manos en la nuca y, tirando de ella, la obligó a inclinarse para atrás, comenzando un tortuoso camino de pequeños besos por su barbilla y cuello. La recorría despacio, posando sus labios llenos y expertos en cada centímetro de su piel deseosa de recibir atención. Isthar lo abrazó, aferrándose a su cabello y lo instó a continuar con un jadeo.

—Te deseo —le confesó él, con voz ronca, al oído.

Isthar sintió que se iba a desmayar.

—Y yo a ti —le dijo ella, apartándose y buscando sus labios.

J.B. la esquivó, posando ambas manos en sus nalgas, y la elevó, haciendo que ella enredase sus largas piernas en torno a él entre risas. Al oírla él gruñó con ansia.

—Sabes que voy a hacerte mía, ¿verdad? —le preguntó, apoyando la frente en la suya.

Isthar se sentía tan excitada y sobrecogida que no fue capaz de responder y se limitó a asentir. Y Jacob la besó. Presionó los labios sobre los de ella y los abrió con su lengua, buscando la intimidad anhelada

durante tantos de días de sequía, en los que pensó que moriría si no volvía a beber de sus labios. Istar se abrazó aún con más fuerza a él. Encajaba de manera tan perfecta entre sus brazos que, de manera instintiva y posesiva, la apretó contra su cuerpo. La apoyó contra la pared y se perdió en la profundidad de sus besos, de su sabor. Estaban tan concentrados el uno en el otro que no oyeron como se abría la puerta de la casa, ni los pasos que se dirigían hasta la estancia hasta que estos no llegaron hasta ellos. Una tos inoportuna los hizo salir súbitamente del estado en el que se encontraban.

—¡Mierda! —exclamó ella, escondiendo el rostro en su pecho.

J.B. indicó con una mano a los recién llegados que esperasen fuera.

—Dadnos un momento —les ordenó—. Lo siento —le dijo a ella—, debería ser más discreto en la obra.

—No es culpa tuya. Yo me he dejado llevar.

—¿Crees que yo estoy muy comedido? —le preguntó él, llevando la mano de Istar hasta su erección. Ella sonrió de manera traviesa y él estuvo a punto de mandar a paseo a todos lo que habían ido hasta la casa para hacerla suya en ese momento—. Esto no va a quedar así —añadió con voz ronca.

—Espero que eso sea una promesa —le dijo ella, apartándose de él. Se colocó la camiseta, se atusó el cabello y salió de la habitación, dejándolo a solas con su feroz erección.

Unos minutos más tarde, Jacob la veía hablar amigablemente con las mujeres del pueblo, que habían ido hasta allí para agradecerle lo que había hecho por la asociación. Y entonces ella les contó su plan de hacer una cadena de montaje, para que ellas pudiesen hacer las mismas pulseras que había diseñado y venderlas a través de internet. Sin duda, la publicidad hecha por sus amigos no tardaría en crear expectación por las piezas y generar la demanda de las mismas. Las mujeres, encantadas con la idea, la rodearon y acompañaron hasta la caravana, donde ella les mostró los materiales que utilizaba. Mientras, los obreros volvían a la obra a recuperar el tiempo perdido.

La vio alejarse y se sintió extrañamente orgulloso de ella. No podía negar que era una mujer sorprendente. Cualquiera otra se habría dado por vencida ante uno de los muchos problemas que a ella le habían surgido. Pero no había sido el caso de la señorita Holt. Ella seguía allí, luchando,

peleando por reconstruir aquella vieja casa, sin ceder ante nada. Jamás había conocido a una persona como ella. De hecho, aquella virtud suya le hizo plantearse si su padre, en su día, había hecho todo cuanto estuvo en su mano para aferrarse a la propiedad como ella lo hacía.

Isthar estaba generando muchas dudas en su plan. Le obligaba a hacerse preguntas que no había querido plantearse hasta el momento, y a instalar en su corazón anhelos que no sabía que hubiese tenido antes. De momento, lo único que tenía claro era que quería aprovechar cada momento de las próximas semanas estando con ella. Necesitaba descubrir realmente quién era esa mujer, y decidir así cómo iba a actuar con ella.

El sonido de su móvil, avisándole de una llamada entrante, lo sacó de sus pensamientos. Miró la pantalla y vio que se trataba de Sam. Ese era otro problema con el que lidiar. Llevaba faltando al trabajo cuatro semanas. Sabía que no estaría de muy buen humor y tendría que aplacar sus caldeados ánimos. Tomó la llamada y salió al exterior de la casa para poder hablar con tranquilidad.

Isthar vio salir a J.B. de la casa y se encaminó hacia él para preguntarle dónde podría conseguir el cobre que necesitaban para las pulseras, pero cuando estaba a pocos pasos de él, se dio cuenta de que este mantenía una conversación por teléfono y se detuvo a esperar que terminara.

—¡Sé que he estado ausente cuatro semanas del trabajo, pero esto es importante! —le oyó decir.

Se preguntó a qué se refería él. ¿Tenía otra obra a la que acudir? ¿Sería por eso que él se ausentaba de cuando en cuando?

—¡No, Sam, me tomo muy en serio nuestra empresa, por eso no he cogido vacaciones en los últimos siete años! Y si por tomarme unas cuantas semanas para solucionar los problemas de mi fa...

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Mientras hablaba J.B. caminaba en círculos por la parcela, dibujando elipses en la arena rojiza con sus botas. En ese momento vio a Isthar esperarlo a pocos pasos. Lo miraba interrogativamente. Estaba claro que algo de lo que había oído no le cuadraba. Temió haber estropeado su tapadera con ella. Y la posibilidad de perderla antes de tiempo lo aterrorizó. Sin pensarlo dos veces, olvidó la llamada y acortó la distancia entre ambos de dos zancadas, forzando una sonrisa. La tomó por el rostro y la besó antes de que ella pudiese formular las dudas que se reflejaban en su rostro.

—¡Menos mal que has venido, necesitaba ya volver a besarte! —le dijo,

dejándola perpleja y sin aliento.

—¿No decías que debías ser más discreto? —le preguntó ella, muy cerca de su boca.

—¡Al diablo la discreción! —le respondió él, y volvió a besarla apasionadamente.

Capítulo 25

—¿Y en qué se diferencia una barbacoa australiana de las barbacoas a las que yo estoy acostumbrada? —preguntó Istar, viendo las grandes parrillas que estaban preparando los obreros frente a la casa.

—Nuestras hamburguesas son de búfalo. También tenemos carne de buey y canguro, y enormes salchichas XXL —le dijo Charlie a su lado.

—¿Carne de canguro? ¡Yo no puedo comer carne de canguro! Son demasiado monos —dijo Istar con un puchero.

—¿Tú solo comes bichos feos? —le preguntó J.B. al oído, burlándose de ella.

—No todos lo son... —contestó con una sonrisa traviesa. El aliento de J.B. le había erizado la piel de la nuca y ya se sentía excitada y juguetona. Había pasado el día entretenida con las mujeres del pueblo, enseñándoles a hacer las pulseras. Eran muy habilidosas y no tardaron en hacerse con la técnica y organizar una cadena de montaje que les permitiese optimizar el tiempo de producción. Si a eso sumábamos que los primeros interesados en hacer pedidos ya se habían puesto en contacto con ellas a través del correo electrónico de la asociación, el proyecto de protección del *moloch* australiano estaba siendo un éxito. Para celebrarlo, las mujeres y los hombres de la obra habían decidido hacer barbacoa nocturna. Aunque las temperaturas bajaban considerablemente, el resguardo del gran porche y el calor de las hogueras hacía que cenar fuera se convirtiese en un espectáculo. El cielo estrellado, las luces anaranjadas del fuego, las risas y cervezas amenizaron la noche hasta bien entrada la madrugada. Jacob y ella, de cuando en cuando, se regalaban algunas sonrisas, dejaban sus miradas apasionadas y llenas de promesas prendidas durante largos segundos y se daban algunos besos furtivos y excitantes cuando conseguían escabullirse de los presentes.

—Necesito más, mucho más... —le dijo J.B. empujándola contra la pared de la cocina. Habían ido supuestamente a por un par más de sillas, pero ambos sabían que no era así.

—Yo también, mucho más... —añadió ella frente a sus labios, y comenzó a besar y lamer la piel del cuello masculino que tan atormentada lo tenía.

—Umm... para. No sigas por ahí o tendré que hacértelo aquí mismo — confesó gimiendo. Le encantaba sentir los labios de Istar sobre su piel.

—Ahora no podemos —apuntó ella e intensificó los besos y caricias con la lengua, torturándolo.

—Eres perversa —la acusó él.

Y las risas de ella resonaron en respuesta, volviéndolo loco. Como castigo, la tomó de las manos y la inmovilizó, colocándolas sobre su cabeza como había hecho el día en que la besó por primera vez, junto a su camioneta.

—Se me ocurre algo...

Istar contuvo el aliento, era muy excitante estar expuesta y a su merced por completo. Él podía hacer cuando quisiese con ella y jamás sentirse así de vulnerable con un hombre la había excitado tanto.

—¿Qué se te ha ocurrido? —consiguió preguntar entre jadeos.

—Creo que no te lo he dicho aún, pero necesitamos localizar un pozo secundario para abastecer de agua a la casa...

Istar se separó de él al escuchar que J.B. derivaba la conversación hacia un nuevo problema con la obra. Su gesto alarmado fue inmediato.

—No te preocupes, no es un problema. Todo va como la seda —le dijo, apartándole un mechón de cabello del rostro con ternura—. Pero el pozo principal puede no ser suficiente. Y he pensado que podríamos hacer una excursión, tú y yo —enfaticó, pegándose aún más a su cuerpo—, en busca del único hombre que puede localizar pozos en esta zona.

—¿Una excursión? —preguntó ella sorprendida.

—Sí... Tú y yo, solos, unos días en el desierto. Sin obreros ni mujeres que se interpongan entre nosotros.

Istar sonrió encantada con la idea y de pronto su gesto cambió.

—¿Y la obra? —preguntó, preocupada por si dejarse llevar interfería en la realización de sus planes.

—La obra está bien. Los chicos van a hacer turnos dobles. Y Charlie lo tiene todo controlado. Solo serán tres o cuatro días. Te aseguro que cuando vuelvas estarás muy satisfecha por el trabajo realizado... en todos los sentidos —le dijo él, y le lamió el labio inferior, atrapándolo después entre sus dientes, en velada promesa de todas las cosas con las que se esmeraría él para que ella estuviese satisfecha.

Ante aquella exposición ella solo tenía una respuesta que darle:

—¿Cuándo nos vamos?

Capítulo 26

Jacob vio salir a Istar aquella mañana de la caravana con una de sus genuinas y traviesas sonrisas dibujada en los labios. Parecía feliz y entusiasmada con la idea de la excursión. Si él hubiera sido un romántico, hubiera podido asegurar que ella brillaba de una forma tan especial y estaba tan radiante que hacía desmerecer la belleza de aquellos primeros rayos de sol que iluminaban de incandescentes colores del sobrecogedor desierto. Bajó de la furgoneta antes de ponerse a babear en su presencia y le abrió la puerta para que ella pudiese sentarse en el asiento del copiloto. Pero, en lugar de pegarse a su puerta, dejando el mayor espacio posible entre los dos, como había hecho en las ocasiones anteriores, ella se colocó cerca de él. Como si sus cuerpos ya se buscasen sin remedio.

—¡Buenos días! —le dijo, nada más tomar él su asiento, y se aproximó a ella para posar sobre sus labios un ligero beso que lo dejó con hambre de mucho más.

Istar se lamió los labios tras el beso y J.B. pensó que iba a ser todo un logro llegar a su destino sin detener el vehículo a un lado de la carretera para hacerla suya sin miramientos. Sin embargo tenía pensado un par de cosas que estropearía en caso de dejarse llevar. Y no quería que eso pasara.

—¿Y adónde vamos? —preguntó ella expectante.

—El hombre al que buscamos es uno de los guías *anagu* del Parque Nacional de Uluru-Kata Tjuta. Vamos allí a buscarlo. Son solo dos horas y media de viaje. Te he hecho madrugar mucho después de habernos acostado tan tarde, puedes dormir un poco durante el viaje —le propuso él.

Y aunque estuviese muerta de cansancio, pues se consideraba una marmota que necesitaba no ocho, sino diez horas de sueño diarias, tuvo que rehusar su propuesta, pues estaba segura de que jamás conseguiría dormir junto a él. Parecía que en su presencia cada célula de su cuerpo estaba en alerta.

—Prefiero concentrarme en las vistas —le dijo ella con una sonrisa.

—Mejor mira el paisaje si no quieres que pare el coche y te dé otro tipo de viaje —la amenazó él.

Las risas de Istar llenaron el habitáculo haciendo mucho más difícil para él no cumplir con su amenaza. El resto del camino lo pasaron charlando, bromeando y provocándose mutuamente un calentón que sería difícil de satisfacer. Quince minutos más tarde de lo previsto llegaron hasta la entrada del Parque Nacional. Una valla enorme que rodeaba el recinto separaba la enorme construcción rocosa denominada Uluru del resto del desierto. Una fila de al menos una veintena de vehículos esperaban para poder entrar en el parque ante ellos.

—¡Es impresionante! ¡Tan inmenso! Qué pequeña se siente una aquí abajo... —exclamó Istar admirada.

—Sí, lo es. La primera vez que estuve aquí tenía seis años. Me trajo mi padre, y recuerdo que pensé que sería aplastado por la montaña. Mi viejo se burló un buen rato de mí —dijo riendo y su mirada viajó a aquella época, recordando un momento de su vida que parecía olvidado.

Istar se fijó en él. Era la primera vez que le contaba algo de su vida, de su niñez y parecía un momento especial para él.

—¿Dónde está tu padre? —se aventuró a preguntar.

J.B. desvió la mirada y tosió, intentando ganar unos segundos. No sabía por qué había hablado de su viejo. Lo había pillado con la guardia baja y su mente viajó sin permiso a un recuerdo que en un tiempo le había hecho inmensamente feliz.

—Murió —contestó finalmente—. Hace un año, de cáncer —pronunció las últimas palabras sin expresión en la voz, pero la tensión en sus hombros demostraba el dolor que sentía al recordarlo.

—Lo siento —le dijo ella, posando su mano sobre la de él.

Aquel gesto inocente que en otro momento le habría molestado, pues no había dejado que nadie jamás se compadeciese de él, viniendo de ella fue como un bálsamo para sus heridas.

—Gracias. Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha. No tenemos mucho tiempo para perder en esta cola —dijo, soltándose el cinturón.

—¿Y cómo piensas hacer que pasemos?

—Tirando de sonrisa encantadora —le dijo él, mostrándole una.

Istar sintió como se le aceleraba el pulso instantáneamente, pero dudaba que los arrebatadores encantos de J.B. consiguiesen que se saltasen la cola de coches. Sin embargo, tras unos minutos en los que lo vio hablar con la chica de una de las taquillas, esta avisó a otro compañero de las

vallas para que lo dejaran pasar al recinto sin esperar. Con una enorme sonrisa satisfecha y hasta socarrona, entró de nuevo en el vehículo y lo condujo casi hasta la base del mismísimo Uluru, un enorme monolito ocre que emergía majestuoso sobre una planicie oscura. Tal y como le había dicho, estar bajo aquellos inmensos trescientos cuarenta y ocho metros de altura de hermosa piedra rojiza hacía pensar que podían estar a punto de ser aplastados. Era tan inmensa como sobrecogedora, increíblemente mística y ancestral. Istar bajó del vehículo y fue directa a la gran roca, como llevada por un inmenso imán que ejerciese algún tipo de atracción sobre ella. Posó las palmas de las manos en la superficie de la roca y cerró los ojos cargándose de su energía.

—¿Mágico, verdad? —le susurró J.B. al oído.

La piel de Istar se erizó instantáneamente.

—Sin duda... —contestó ella en un susurro.

—¿Jacob? ¿Eres tú?

J.B. se apartó inmediatamente de Istar al escuchar que lo llamaban por su nombre de pila. Vio que el hombre al que buscaban se dirigía a él con los brazos abiertos y una inmensa sonrisa de dientes blancos que contrastaba con su tez extremadamente oscura.

—¡Snowy! —lo saludó, fundiéndose con él en un gran abrazo.

—¿Cuánto tiempo, amigo! ¡No sabía que estuvieses por aquí, te hacía bajo el mar rescatando bellas sirenas! —le dijo y J.B. se arrepintió de no haber avisado a su amigo de su llegada y de lo que podía o no contar sobre él. Le dio un pequeño golpe en las costillas y le guiñó un ojo cómplice.

—Hace un tiempo que no buceo, pero, en fin... Te presento a una... amiga.

—Istar, Istar Holt —se presentó ella misma, acercándose a los hombres.

—Snowy —se presentó el hombre, de facciones claramente aborígenes. Y le dio la mano.

—¿Snowy? —preguntó Istar sorprendida—. ¿Por la nieve?

—Sí —dijo él, riendo—, mi madre es una mujer con un sentido del humor peculiar.

Istar le devolvió una sonrisa.

—¿Y qué os ha traído hasta aquí? —les preguntó, mirándolos con curiosidad, primero a uno y después a otro, evaluándolos como pareja.

Isthar se sonrojó.

—Necesitamos tus conocimientos en aguas subterráneas para localizar un pozo secundario —le explicó J.B.

—Bien, eso es lo mío. Puedo ayudaros sin problemas. Pero necesito un par días para hacerlo.

—Contaba con ello —contestó J.B. con una sonrisa.

—¿Y dónde os vais a alojar?

—Lo siento, amigo, pero eso es una sorpresa para la señorita Holt —le contestó mientras brindaba a Isthar una de sus enigmáticas y arrebatadoras sonrisas.

Capítulo 27

Aquel comentario de J.B. hizo que Istar estuviese todo el día en una nube. Mientras recorrían los alrededores del Uluru en camello, hacían una ruta en 4x4 por el Parque Nacional visitando el manantial de Mutitjulu, y las cuevas del Uluru con pinturas rupestres del dios Wandjina, además de sentirse sobrecogida por la belleza ancestral de aquel lugar, su mente, de tanto en tanto, viajaba ante la urgencia de saber qué tendría él pensado para aquella noche. Pero no había querido soltar una sola pista en todo el día. Solo cuando la tarde comenzó a consumir sus últimas horas, él le informó que se marchaban a su hospedaje. Sabía que, aunque preguntase, de ninguna manera iba a revelarle información, así que durante los veinte minutos que duró el trayecto hasta su destino se dedicó a observar por la ventanilla el atardecer y, con él, la llegada de la imagen más esperada: el Uluru teñido de un rojo brillante.

Cuando finalmente el vehículo se detuvo frente a las construcciones que formaban el complejo Longitude 131°, Istar se quedó sin palabras. Formado por lujosas cabañas elevadas cuyos techos de velas blancas emergían elegantes sobre ellas como preciosas carpas bañadas por el sol, aquel era el lugar más espectacular que hubiese visto en su vida.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —preguntó atónita. No esperaba algo como eso.

—¿No te gusta? —le preguntó, observándola con atención.

—Sí, claro que sí —se apresuró ella a aclararle—. Es que es... demasiado —de veras lo pensaba así. Estaba segura de que de todos los lugares en los que uno podía hospedarse por allí, aquel era el más lujoso y fascinante. Y estaba abrumada.

—No es demasiado, eso seguro —dijo él y la condujo hasta su cabaña.

Detuvieron la camioneta frente a la misma. Istar no esperó a que él le abriese la puerta y bajó, impaciente por conocer el lugar. Se quedó paralizada frente a la construcción mientras J.B. tomaba el equipaje de ambos y cerraba la *pick-up*. Después se dirigió a la escalera que subía hasta la cabaña. Istar lo siguió por las escaleras acariciando con los dedos la barandilla de metal. Si desde abajo le había parecido impresionante, entrar en la cabaña fue sobrecogedor. No se parecía a nada

que hubiese visto o imaginado encontrar en medio del desierto. La pared frontal de la cabaña era completamente de cristal, lo que hacía que se pudiese disfrutar de unas mágicas vistas del Uluru desde la mismísima cama, que presidía el centro de la espaciosa habitación. Esta estaba franqueada a ambos lados por sendas mesitas incrustada en un cabecero de madera oscura que hacía las funciones de tabique, separando el espacio destinado al dormitorio de un amplio baño con bañera redonda de hidromasaje que habría sido la envidia de los hoteles más lujosos de Manhattan. En el lateral de la cama, un amplio sofá, y junto a este, una mesa redonda con dos sillas. Sobre la mesa, un par de bandejas con una selección de frutas y aperitivos fríos. Pero, sin duda, lo más imponente de la estancia era el techo. Estaban bajo una enorme carpa blanca cuyo vértice más alto quedaba suspendido sobre la cama y se desplegaba por la habitación como las enormes velas de un barco.

—¿Te gusta? —le preguntó J.B., abrazándola por la espalda.

Isthar, emocionada por las molestias que se había tomado él en hacer que aquella fuera una noche especial, se giró sin decir una palabra y lo besó con devoción.

J.B. no lo pensó, solo se dejó llevar por la necesidad que ella le generaba, la que lo había estado consumiendo, volviéndolo loco. Isthar era mucho más de lo que había imaginado que descubriría en una mujer. Su fuerza, su necesidad de comerse el mundo. Era intensa, pura energía y pasión. Y se entregaba de una forma única. La tenía frente a él, besándolo como si no hubiese nada más en el mundo. Como si necesitase su lengua para poder respirar. Le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo, queriendo perderse durante unos momentos en su mirada azul y traviesa. Ella exhaló el aliento como si le faltase al apartarse de él, y J.B. sonrió.

—Mi pequeña gata, elegante y salvaje —le susurró junto a su boca.

Isthar no dijo nada, estaba tan encendida, tan viva, tan fuera de sí, que no habría podido hablar aunque hubiese tenido algo que decir. Jacob posó la frente en la suya, buscando retener un momento que a ella se le antojaba eterno. Se aferró a su cabello, apretándolo con fuerza y lo besó. Jacob gruñó contra su boca. Fue ella la que sonrió, se apartó de él y comenzó a desabrocharse los pequeños botones de la blusa que se había puesto aquella mañana, dando algunos pasos hacia atrás para que la pudiese ver bien. J.B. hizo ademán de ir en su busca, pero ella negó con un dedo y lo

miró de forma sugerente. Jacob se dejó caer sentándose a los pies de la cama, observando maravillado como la mujer más sexy del mundo se desnudaba para él muy despacio. Tan despacio que pensó que lo mataría de deseo y desesperación.

Isthar terminó de abrir su camisa y, sin quitársela, se abrió el pantaloncito vaquero y lo dejó caer resbalando por sus largas y perfectas piernas. Se sacó las botas sin agacharse y entonces dejó caer la camisa, quedando ante él tan solo con su pequeño conjunto de ropa interior negro. Él hizo ademán de volver a ir a por ella y ella sonrió, negando con la cabeza.

—Me estás matando —le confesó con voz ronca.

—Tú llevas semanas haciendo lo mismo conmigo. Un poquito de tortura no te vendrá mal —le dijo en tono sensual.

Se desabrochó el sujetador y lo deslizó por sus brazos, dejando al descubierto sus pechos perfectos y llenos. Isthar tenía el tamaño justo, ni muy grandes, ni muy pequeños. Lo suficiente para entrar en su mano y abarcar sus cumbres rosadas con la boca, entre los dientes. J.B. pensó que no aguantaba un minuto más. La vio como una diosa dorada frente a él, con aquel cuerpo escultural recortado por los colores del atardecer mágico y ancestral que caía sobre el Uluru con sus colores imposibles e inigualables. La belleza de Isthar eclipsaba cualquiera de las maravillas que tenía a su espalda, y era solo suya. Estaba allí para él, por fin. Sin obra, sin pasado, sin futuro, sin nada que la pudiese apartar de él. Y sin pensarlo más fue a por ella. Isthar intentó que se detuviese, pero, al ver que no lo hacía y que la cargaba a su hombro para llevarla a la cama, depositándola sobre las sábanas suaves y mullidas, solo pudo regalarle aquella risa grave y sexy. La vio con el rostro envuelto en los mechones dorados de su cabello, tal y como imaginó el primer día que la vio, y supo que la había esperado mucho tiempo, mucho más que aquellas tortuosas semanas de tenerla sin poder alcanzarla. Frente a ella se despojó de la ropa sin parsimonia, solo quería sentir sus cuerpos juntos, sus pieles acariciarse, y en un pestañeo se colocó sobre ella. Entre sus piernas, con el rostro a la altura de sus pechos, de los que se apoderó con las manos, apoyando los codos a sus costados. No esperó un segundo e introdujo el primero en su boca, entre los dientes. La primera exclamación de Isthar salió de sus labios, enardecida, retorciéndose de placer bajo su cuerpo, y él se dispuso a conseguir muchas más como aquella. Deslizó la lengua por

su pecho, lentamente, saboreando su disco rosado, sensible. Lo lamió como un helado, un succulento y delicioso helado. Ella se retorció bajo su cuerpo y él continuó con el otro pecho mientras los masajeaba, poseyéndolos con sus manos. No pareciéndole suficiente, se elevó ligeramente sobre ella y comenzó a deslizar la lengua por su cuerpo: las costillas, el comienzo de su vientre... Ella se arqueó para él, urgiéndolo a continuar, y él siguió lentamente su recorrido hasta llegar a su sexo, cubierto con la tela fina de sus braguitas, y mordió sobre ellas, enterrando el rostro entre sus muslos. La tenía cogida por las caderas, apretándola a su rostro, y comenzó a frotar su barbilla, sus dientes, su lengua a través de la tela. Istar gimió desesperada. La caricia era sumamente erótica, solo la promesa de lo que podría hacer con esa boca suya de no estar la tela de por medio. Como si le leyese la mente, J.B. agarró las finas tiras de tela que suspendían de sus caderas y tiró de ellas hacia abajo, se las sacó por las piernas y la miró desde arriba, abierta y expuesta para él. Istar elevó las manos sobre su cabeza y se contoneó para él, en queda invitación.

—No sabes lo que estás haciendo —le dijo ronco.

Istar rio y se dio la vuelta en la cama, colocándose boca abajo. Lo miró, mordiénose el labio, y él supo que jamás podría cansarse de aquella gata salvaje y sexy. Subió por su cuerpo hasta que su erección llegó a la altura de su precioso trasero puntiagudo y se rozó contra él. Istar gimió impaciente y ocultó el rostro entre los almohadones. Y J.B. comenzó el ascenso, primero mordió la succulenta redondez de su trasero, sexy y exquisito, la tomó por las nalgas y le dio un pequeño azote, lo justo para ver como se contoneaban ante él aquellas montañas del pecado. Volvió a morderla ligeramente con posesión y ascendió besándola por la espalda, cada pequeña porción de piel era acariciada por sus labios, por su lengua. Istar se arqueaba una y otra vez bajo él, disfrutando de su calor. Lamió la piel sensible de sus costados y ella contuvo el aliento. Lentamente llegó hasta su nuca, la besó con codicia y la piel femenina se erizó en instantánea respuesta. Todo en ella era entrega. Le apartó el cabello a un lado y dejó su cuello libre para él. Enterró en rostro en la cavidad y le susurró al oído.

—Eres mía —le dijo, tomando sus manos e inmovilizándolas a ambos lados de su rostro.

—Sí —dijo ella, jadeando—. Solo tuya.

Y así era. Jamás había sido poseída por un hombre de esa manera. Solo

quería ser suya. Una y otra vez, sin descanso.

Él se frotó contra ella, sentía la piel del pecho pegada a su espalda. Sus piernas enredadas a las suyas. Con una de ellas acariciaba su entrepierna mientras apretaba su poderosa erección contra su trasero y quería más. Ishtar se arqueó contra él, frotándose con mayor intensidad y él reaccionó. Pasó una mano por debajo, la posó sobre su vientre y la elevó, colocándola a cuatro patas sobre la cama. Desde esa posición exploró entre sus piernas y llegó con dedos ágiles y expertos hasta el centro de su sexo. Lo invadió con sus dedos e Ishtar experimentó lo que era morir de placer. El recorría su sexo desde la cavidad húmeda de su vagina hasta su clítoris hinchado a punto de explotar. Una y otra vez hacía el recorrido, viendo como ella, cada vez más enardecida, gemía y se retorció de placer. No lo podía soportar más, no podría. Iba a romperse de placer si él no paraba. Y ese era su plan, pues solo cuando la sintió convulsionar y correrse bajo su mano detuvo su íntima caricia. Ishtar cayó exhausta sobre la almohada, sobrecogida por el mayor orgasmo que hubiese sentido jamás, pero él no había terminado. La giró en la cama, colocándola frente a él, y la penetró sin esperar un minuto. Se perdió en su mirada azul mientras la embestía salvajemente. Ishtar sintió que se partiría por dentro de placer. Si pensó que ya había llegado a su límite, aquella era la culminación de su vida sexual. Sin tiempo a reponerse entre una y otra, con un movimiento endiablado, J.B. la poseyó ardientemente, embistiéndola sin descanso. Cada vez de manera más intensa, más profunda, se apoderó de cada recóndito rincón de su sexo hinchado, inflamado y hasta deliciosamente dolorido, hasta que con un gruñido desgarrador se derramó en su interior, poseído por una oleada de placer devastadora. Luego la miró a los ojos y vio como ella llegaba a su vez a un orgasmo que la dejó enardecida, satisfecha, rota y viva como no se había sentido jamás.

Capítulo 28

Un par de horas más tarde, Istar despertó en la inmensa cama, con el cuerpo enredado en el de J.B. Levantó la vista y observó su rostro masculino y perfecto sobre ella. Jamás había visto a un hombre como aquel. Era tan varonil y hermoso que hacía daño mirarlo. Elevó una mano hasta su rostro a tientas, y con las yemas de los dedos acarició el contorno de su mandíbula marcada, el de sus labios carnosos y excitantes. De repente, él le dio un pequeño mordisco en el dedo, asustándola. Y ella llenó de risas la habitación.

—Tienes que dejar de reír así —le dijo con voz ronca, colocándose nuevamente sobre ella—. Tu risa es demasiado sexy —añadió, comenzando a besarla en el cuello.

—¿Demasiado? —preguntó ella en un jadeo. No sabía cómo podía estar listo nuevamente para volver al ataque después de lo que habían vivido hacía poco menos de dos horas, pero ahí estaba sobre ella, encendiendo cada recóndito lugar de su cuerpo.

—Demasiado para que pueda dejar de tocarte, besarte, hacerte mía... —dijo él contra su oído, y cada centímetro de su piel se erizó sin remedio.

Ishtar se abrazó a él y se giró sobre su cuerpo, colocándose sobre él y tomando el control.

—¿Qué haces? —le preguntó él.

Ishtar posó las manos en su pechó y acarició con las yemas de los dedos sus pezones. Vio como él encogía el vientre y soltaba un pequeño gemido. Una idea pasó por su mente.

—Ahora vuelvo —le dijo, levantándose con agilidad de la cama y dejándolo de esta manera con la boca abierta.

Ishtar entró en el lujoso baño. Puso el tapón de la bañera y abrió el grifo del agua caliente, que no tardó en caer por su cuerpo desde una alcachofa de lluvia sobre su cabeza. Se dejó acariciar por el líquido caliente mientras contaba los segundos que él tardaría en darse cuenta de que ella tenía otros planes.

—Me has dejado solo —dijo a su espalda este, entrando en la ducha con ella.

Ishtar se giró y le brindó una sonrisa traviesa.

—Ya estás aquí...

—No te librarás tan fácilmente de mí —le dijo, introduciéndose bajo la cascada de agua con ella.

La abrazó y la besó con ansia. El agua caía sobre ellos haciéndoles beber de igual manera el líquido caliente que resbalaba por sus rostros, mezclado con el sabor de sus bocas. Jacob la tenía cogida por el rostro, pero ella tenía otros planes y comenzó a besarlo en el cuello, él se apoyó en la pared de mármol con ambas manos a sus costados, cerrando los ojos y dejándose llevar por el placer que le proporcionaban sus labios sobre la piel. Istar bajó por la clavícula, lentamente, y fue recorriendo su escultural cuerpo, disfrutando del tacto de su piel mojada, de la dureza de su pecho y abdomen. Se recreó en cada hendidura de sus esculpidos abdominales, que lamió como tantas veces había soñado hacer. Ahora era suyo y no tenía que imaginarlo porque lo tenía bajo su lengua, todo para ella.

Jacob se dejó llevar por las caricias y besos recorriendo su cuerpo hasta que sintió las manos de Istar rodear su miembro erecto. Entonces abrió los ojos entre la neblina de deseo y la cortina de agua que caía entre los dos, y la miró a los ojos justo antes de que ella se introdujese su pene en la boca, lo succionara y lo lamiera recreándose en su sabor. Cerró los puños contra el mármol de la pared y ahogó un gruñido de placer. ¡Dios! ¡Lo estaba volviendo loco! ¡Lo iba a hacer estallar en su boca! Abrió de nuevo los ojos para recrearse en la imagen de una Istar entregada, disfrutando de su miembro como si fuese un succulento helado. Lo lamía en toda su extensión y lo introducía en su boca, acariciándolo con aquellos preciosos labios que él había besado tan solo unos segundos antes. Cada vez que lo introducía en su boca, él se sentía convulsionar y ella lo sacaba de entre sus labios y sonreía satisfecha. Lo torturó de esta manera hasta que él pensó que estallaría en su boca y, tomándola por los hombros, la elevó. Devoró su boca sin darle tiempo a protestar. La invadió con su lengua y, después, sin previo aviso, la puso de espaldas a él, apoyándola en el mármol de la pared. Le elevó una pierna para que apoyase el pie sobre el filo de la misma. Pegándose a ella, le introdujo la polla dura entre las piernas. Istar se agarró con fuerza a la pared, buscando algo que la ayudase a no caer de bruces, borracha de placer, ciega e imbuida en las miles de sensaciones que le provocaba su invasión. J.B. tenía una de sus manos sujetándola por la cadera y con la otra acariciaba tortuosamente

uno de sus pechos, mientras la embestía lenta y parsimoniosamente. Con cada embestida, un estallido de placer la hacía hervir por dentro. Inclino la cabeza para atrás y la apoyó en el pecho de él, que besó su cuello.

—Endiablada mujer, me tienes loco —le susurró al oído y la embistió con mayor fuerza.

Isthar gimió, dejándose llevar, junto a él, por un devastador orgasmo que los dejó a ambos sin aliento y rotos.

—Así que... Jacob —le dijo ella un rato después, con la espalda apoyada en el pecho fuerte de él.

Habían decidido sumergirse en la bañera y él ahora la rodeaba con sus piernas, abrazándola desde atrás. Pero, en cuanto escuchó sus palabras, lo sintió tensarse bajo ella.

—¿No te gusta tu nombre? —le preguntó, sorprendida por su reacción.

—No... no es eso. Es que no suelen llamarme así —mintió, algo tenso aún.

—Pues a mí me encanta —expresó ella de la manera más natural mientras enlazaba sus finos y elegantes dedos en los de él. Su mano parecía pequeña en comparación a la suya, que la cubría casi por completo —. Suenas como tú, masculino, viril y hasta un poco peligroso.

J.B. se rio.

—¿Peligroso? ¿Hay algo peligroso para la señorita Isthar Intrépida Holt?

Esta vez fue el turno de Isthar de romper en carcajadas. J.B. la tomó por la barbilla, haciéndole girar el rostro, y la besó en los labios, robándole las risas.

Isthar suspiró, ardiente.

—¿Crees que soy intrépida? —le preguntó cuando se separó de sus labios.

—Creo que jamás he conocido una mujer como tú —confesó él sin reparo.

Algo en el corazón de Isthar se encogió dolorosamente. Ella tampoco había conocido a un hombre como Jacob. Y en pocos días lo perdería para siempre.

Capítulo 29

Sentada en el filo de la cama, con el escueto equipaje de ambos a los pies, Istar se preguntó qué estaba haciendo con su vida. En unos minutos Jacob y ella saldrían de vuelta al rancho dando por finalizados tres días en los que no habían hecho otra cosa más que devorarse, recorrerse, disfrutarse como si tuviesen que consumir cada minuto en disfrutar desesperadamente el uno del otro. Y así era. No había un futuro para ellos. Dos personas con dos vidas tan diferentes como la noche y el día. En dos mundos separados por un océano. Pero jamás se había sentido tan unida, tan químicamente necesitada de estar con una persona como con él. ¿Cómo iba a poder enamorarse alguna vez de un hombre, si a partir de aquel momento iba a compararlos a todos irremediabilmente con J.B., con lo que él le hacía sentir? Cuando se marchase, sabía que recuperaría su vida, pero jamás su corazón, que para siempre se quedaba en tierras australianas. Miró el espectáculo de luces y colores imposibles que le regalaba el Uluru, el fascinante desierto australiano y entendió por qué su tío se había marchado a vivir a aquellas tierras inhóspitas y mágicas.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó J.B., entrando en la cabaña. Había ido a hacer el *check-out* del hotel y, a su vuelta, el gesto triste de Istar lo pilló por sorpresa.

—Nada... —mintió—. Solo me despedía —dijo ella, levantándose. Miró al horizonte con una mezcla de admiración y temprana añoranza. Tomó las mochilas del suelo y pasó por su lado saliendo de la habitación.

Jacob la vio bajar las escaleras hasta su vehículo y suspiró con la extraña sensación de que algo se acababa de romper en su interior. Se tocó el pecho, allí donde el dolor se hacía más intenso y volvió a mirar a Istar, que lo esperaba en la *pick-up*, consciente de que su vida acaba de cambiar para siempre.

El camino de regreso lo hicieron en un extraño y espeso silencio, cada uno sumergido en la vorágine de pensamientos y sensaciones que lo embargaban. Y apenas sin darse cuenta, como si la carretera se hubiese consumido ante ellos, se encontraron a la entrada de la propiedad. Eran las doce de la mañana y habían estado fuera tres días en total. Tres fantásticos días que Istar vislumbraba ahora como un espejismo, una ensoñación de

la que le habría gustado no volver.

—¿Ves? No tenías de qué preocuparte. La obra ha avanzado mucho en nuestra ausencia. No parece la misma casa a la que llegaste hace cinco semanas.

Isthar miró la preciosa construcción y tuvo que reconocer que así era.

—Es fabulosa —dijo con admiración—. Ahora se aprecia el amor con la que fue construida.

—Sí, así es —suspiró—. Gracias a ti —le dijo él, con una sonrisa que ella no supo descifrar.

El silencio se reinstauró entre ambos mientras admiraban la casa. Ninguno quería bajar del vehículo. Poner un pie sobre la arena rojiza era como dar por finalizado aquel viaje.

Pero entonces el teléfono de Isthar comenzó a sonar. Lo sacó de su bolsillo y vio que se trataba de Kat. Llevaba días sin hablar con ella y tendría curiosidad por saber cómo habían ido las cosas con las mujeres del pueblo.

—Es Kat, tengo que cogerlo —le dijo.

—Claro, iré a ver cómo van los chicos —le dijo él y, cuando vio que ella se disponía a bajar de la camioneta, la tomó de la barbilla y depositó un pequeño beso en sus labios, queriendo que ella se fuese con el sabor de los suyos.

Isthar contuvo el aliento, sonrió y bajo del vehículo, tomando la llamada.

—¿Qué tal, niña? —oyó Jacob que comenzaba la conversación de aquella manera con su amiga.

Sabía que aquella amiga en cuestión era importante para Isthar. También le había hablado de Adele, que estaba a punto de ser madre de un niño que sería su ahijado. La vio sonreír y apartarse el cabello a un lado, liberando sus mejillas de los mechones rebeldes que mecía la brisa. Era una mujer preciosa, maravillosa y luchadora. No se parecía en nada a su tío. Ella no era una estafadora, ni una farsante. No merecía que la engañasen y él era un cabrón que lo había estado haciendo todo ese tiempo. Tenía que hablar con ella y decirle quién era en realidad. La iba a enfurecer, estaba seguro. Y también iba a necesitar toda su capacidad de convicción para que ella no lo asesinara en aquel desierto, pero tenía que hacerlo. Isthar comenzó a dar saltitos de alegría frente a él, que era incapaz de dejar de mirarla. Su preciosa, esbelta y sexy figura se contoneaba ante él y vio aparecer ante

sus retinas cada uno de los momentos en los que la había disfrutado los últimos días. Para él, ninguna mujer podría compararse a aquella por el resto de su vida.

Bajó de la camioneta, llevado por una fuerza superior a él, y se aproximó a ella, lentamente, con decisión. Isthar lo vio ir hacia ella. Se perdió en su mirada azul e infinita y no tuvo duda de lo que él iba a hacer.

—Lo siento, niña, tengo que dejarte, Jacob me va a besar —dijo a su amiga cuando vio que él llegaba hasta ella.

Jacob sonrió, le tomó el rostro con ambas manos, rodeándola, poseyéndola y posó la frente sobre la suya robándole el aire de los pulmones.

—Isthar... yo...

Quiso decirle muchas cosas, tantas como guardaba en su interior e iban a estallarle en el pecho de manera dolorosa, pero se limitó a perderse en su mirada y, tras un momento que pareció infinito, la besó. Con desesperación, con ternura, con devoción, con un sentimiento que no supo descifrar y que lo hacía sentir a la vez poderosos y vulnerable como jamás antes se había sentido. Tenía ganas de llorar y gritar al mismo tiempo. Bebió de ella como si jamás fuera a sentirse satisfecho con nada que no fuesen esos labios carnosos, deliciosos y bañados en la risa más fascinante del mundo. Isthar se separó ligeramente de él. Lo tomó de la mano y lo llevó hasta la caravana, tirando de él con una sonrisa.

—Ven, voy a darte el desayuno —le dijo coqueta.

Y se marcharon al interior, ante la mirada estupefacta de los obreros que habían visto la escena.

Capítulo 30

Jacob estaba en el porche de la casa, supuestamente manteniendo una conversación con su primo, que le relataba los avances en la obra. Apenas quedaban tres de días de trabajo, rematar unas pequeñas cosas y todo estaría listo. Pero, además de que lo último que quería oír era que finalizaba la obra, no podía apartar la vista de Istar, que charlaba con las mujeres del pueblo, explicándoles cómo debían gestionar la venta de las pulseras y supervisando el trabajo que habían hecho con las piezas en su ausencia.

—No me estás prestando atención —le recriminó su primo.

—Lo siento, me cuesta concentrarme... —dijo él sin mirarlo.

—Cuando está ella —puntualizó Charlie.

Jacob sonrió.

—Sí, imagino que sí —aceptó.

—¿Y cómo llevas lo de romperle el corazón a la mujer de la que te has enamorado?

Jacob lo miró por primera vez en aquella conversación. Su gesto ceñudo y tenso habría asustado a cualquiera de los hombres que allí estaban, pero no amedrentaba a un Charlie que lo había visto en pañales y lo conocía como si fuese su propio hijo. Y, porque lo conocía perfectamente, sabía que el pequeño de los Brody estaba viviendo una encrucijada de la que difícilmente saldría bien parado.

—Tengo que hablar con ella, lo sé —le confesó finalmente Jacob.

—Pues, si lo tienes claro, cuanto antes lo hagas, mejor. La obra termina en tres días, y estoy seguro de que no querrás que llegue ese momento sin haber aclarado las cosas con ella.

No, no quería. Se había pasado el día anterior, y la noche mirando a Istar en sus brazos y pensando en cómo afrontar aquella conversación con ella. Y no lo podía seguir aplazando, decidió finalmente. Dejó a su primo en el porche y fue hasta el grupo de mujeres, que parecían mantener una interesante conversación mientras realizaban algunas pulseras. Se habían sentado en sillas de madera plegables junto a la caravana de Istar en torno a una mesa improvisada con algunos tablones. No lo vieron acercarse. Por eso, cuando escuchó las palabras de Hilary, se detuvo en

seco antes de proseguir.

—No imaginas lo que sentimos nuestra forma de comportarnos contigo a tu llegada. Nos hicimos una falsa opinión sobre ti, sin ni siquiera conocerte...

—No pasa nada, Hilary. Eso es ya cosa del pasado. Lo importante es que conseguimos aclararlo todo. Solo me da pena no haber podido disfrutar de más tiempo con vosotras. De veras admiro la labor que hacéis en la asociación.

Hilary le sonrió complacida.

—Pero, desde Nueva York, os prometo seguir apoyándoos en todo cuanto pueda. Ese pequeño diablillo espinoso también se ha quedado con un trocito de mi corazón —dijo con una sonrisa.

Las mujeres le sonrieron también con esa mezcla de pena y tristeza que se respiraba en el ambiente.

—¿Por qué tienes que irte? ¡Podrías quedarte aquí, en tu casa, en el pueblo! —dijo Emma de manera espontánea, de verás interesada en ella se quedase en Grover Rock.

—No puedo, cielo. Dentro de poco la casa se venderá, y me quedaré sin un sitio aquí.

—Pero si no la vendieras... —añadió la joven.

—Me temo que no tengo más opción que hacerlo —dijo Istar, admirando la construcción: sus elevados techos, sus preciosas vigas de madera contrastando con la piedra ocre de sus paredes. Los enormes ventanales, la chimenea... Era un sueño de casa. Suspiró y continuó: — Necesito el dinero. Poco antes de descubrir que mi tío había muerto y me había dejado la casa en herencia, también descubrí que mi exnovio me había estafado veinticinco mil dólares. Es una deuda que tengo ahora con el banco y que tengo que subsanar antes de dos semanas, de lo contrario embargarán mi casa y lo perderé todo —dijo Istar, mirándose las manos. Resopló y se enderezó un par de segundos más tarde, recomponiéndose y ofreciéndole media sonrisa a las mujeres, que la miraban sorprendidas y apenas por ella.

—¿Te robó? ¡Menudo sinvergüenza! —exclamaron las mujeres, empatizando con ella.

—Sí, la verdad es que yo no lo habría imaginado. Terminé con él y entonces todo se destapó. Había estado mintiéndome durante años. Lo peor no fue el tema del dinero, sino saber que había sido tan ingenua y tonta

como para haberme dejado utilizar tanto tiempo, sin percatarme de lo que sucedía a mi alrededor, de cuál había sido el verdadero interés que tenía él en mí.

—¡Claro! A ese hombre, por llamarlo de alguna manera, ¡habría que colgarlo de los pulgares! —dijo Emma, mostrando su enfado.

—Yo lo colgaría de otra cosa más dolorosa... —apuntó la presidenta.

—¡Hilary! —la recriminó sorprendida Istar—. La verdad es que tienes razón, de ahí habría estado mejor colgarlo —añadió, riendo—. Pero es pasado, señoras. El destino me trajo hasta aquí, dándome la oportunidad de solucionar mis problemas y encima conocer a gente tan maravillosa como vosotras —añadió con una sonrisa—. Por lo tanto, mejor nos olvidamos de los hombres que se aprovechan de las mujeres y disfrutamos de esta fantástica tarde juntas. Voy a por refrescos y seguimos con nuestra tarea —dijo ella, levantándose de su silla.

Jacob, que había escuchado toda la conversación, se ocultó tras la caravana para no ser visto.

Istar entró a lo que consideraba ya su refugio, buscando un minuto para serenarse. Demasiados recuerdos, demasiadas emociones, demasiados sentimientos contradictorios y confusos le provocaba saber que en pocos días se marcharía de allí. No quería romper a llorar y se dispuso a preparar los refrescos para todas, borrando de su rostro una única lágrima furtiva que se permitió derramar antes de recuperar la compostura.

J.B. se quedó allí apoyado, en la superficie metálica de la caravana por unos minutos. Ella no le había contado esa historia. La había visto desesperada en incontables ocasiones, queriendo que la obra saliese adelante. Y él siempre se había preguntado cuál sería la urgencia que la llevaba a luchar de esa manera. Pero nunca imaginó que Istar se encontrase en aquella precaria situación por culpa de un hombre que había estado jugando con ella, engañándola y manipulándola. Justo como había estado haciendo él. No le había robado, pero se había acercado a ella para quitarle la casa que había heredado. No había sido sincero, había comenzado una relación con ella basada en mentiras. Y lo supo. Si le decía a Istar quién era en realidad y por qué había ido hasta allí, ella jamás se lo perdonaría. Le partiría el corazón y la perdería para siempre. Se pasó las manos por el pelo con desesperación y supo lo que tenía que hacer. Solo había una cosa que lo separase de ella: la casa. Tomó su teléfono

móvil del bolsillo y, apartándose de la caravana, se dispuso a llamar a su abogada.

Capítulo 31

—¿Quién quiere hamburguesa de búfalo? —preguntó Charlie frente a la parrilla. Istar intentó levantar la mano, pero Jacob sentado tras ella en los escalones del porche se la bajó entre risas.

—¡Ya te has comido dos, glotona! —dijo, preguntándose dónde era capaz de meter tanta comida.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Tengo hambre! —se defendió.

—No puedes tener hambre después de meter dos enormes hamburguesas de búfalo aquí —Jacob le levantó el filo de la camiseta y posó su mano sobre el vientre plano de Istar.

Aquel contacto cálido hizo que se olvidase de su exagerado apetito y se despertasen otras necesidades por saciar en ella. Estaba sentada entre las piernas de Jacob, en los escalones del porche y se giró para observarlo a su espalda, perdiéndose en su mirada azul. Quedaron enlazados un segundo, antes de que J.B. se inclinase para apoderarse de sus labios con devoción.

—¡Jacob Brandon Brody! ¡De manera que esto es lo que has estado haciendo todo el tiempo que me has abandonado!

J.B. se separó de los labios de Istar como un resorte y miró al frente con el rostro pétreo y desencajado, buscando entre los asistentes la voz femenina que lo estaba delatando. Istar se removió entre sus brazos, haciendo lo mismo. No tardó en encontrarla, pues Sam se encaminaba hasta él con gesto enardecido.

Istar se fijó en ella. Una morena de pelo corto, ojos rasgados y facciones exóticas se aproximaba a ellos. Su forma de andar decidida y enérgica decía a gritos que estaba furiosa. Cuando la tuvieron a unos pasos, quedó impactada por la belleza de sus rasgos. Su cuerpo era atlético y bien proporcionado.

—¡Sam! ¿Qué haces aquí? —le preguntó molesto.

—¿Quién es esta mujer, J.B.? —lo interrogó Istar a su vez. Lo miró intentando advertir en su rostro lo que la interrupción de aquella desconocida provocaba en él.

—¿Cómo que quién soy? ¿Quién eres tú? —preguntó a Istar, después la obvió y se dirigió a Jacob—. ¿Este es el problema familiar que tenías

que solucionar y por el que has desatendido nuestro negocio durante semanas?

—¿Vuestro negocio? ¿Problema familiar...?

Isthar se levantó como un resorte y miró a J.B. sin comprender, buscando una explicación. Él sintió su marcha de entre sus brazos como la mayor pérdida. Ella lo miró toralmente desencajada, confusa.

—Te lo puedo explicar... —fue lo primero que dijo, intentando acercarse a ella.

A pesar del tono desesperado de Jacob, Isthar dio un paso atrás. No quería que la tocara hasta saber qué estaba pasando allí.

—Tendrás que explicarme a mí primero por qué he tenido que ocuparme del centro de buceo yo sola mientras tú estabas haciendo a saber qué con esta rubia.

—¿Qué centro de buceo? —preguntó confusa.

—Oye, guapa, ¿además de rubia eres tonta?

La pregunta de la recién llegada quedó suspendida en el aire, porque una Isthar furiosa se fue hacía ella sin pensárselo dos veces. No sabía quién era esa mujer ni qué relación tenía con J.B. pero no iba a consentir que fuese a su casa a insultarla.

Con rapidez, Jacob la interceptó pasándole un brazo por la cintura e impidiéndole que fuese a por la morena.

—¡Suéltame! Ni se te ocurra sujetarme. ¡No voy a dejar que me insulten en mi casa! —le dijo Isthar, retorciéndose en sus brazos.

—Sí, definitivamente eres tonta. Esta no es tu casa, es su casa —añadió la morena, posando las manos en sus caderas y señalando a Jacob.

Isthar se sentía hervir por dentro, tenía ganas de despellejar a esa mujer, pero además no entendía una palabra de lo que le estaba diciendo. ¿Centro de buceo? ¿Que la casa era de J.B.?

—¡Sam! ¡Cállate ya! —le ordenó Jacob con una mirada de advertencia que habría helado la sangre de cualquiera en su presencia—. ¡No tendrías que haber venido! ¡Te dije que te lo explicaría todo a mi regreso! ¡Será mejor que te vayas!

—¡No pienso marcharme! Ya he esperado suficiente estas semanas. Tendrás que explicármelo ahora —le contestó la mujer sin darse por vencida.

Jacob tensó las mandíbulas hasta creer que las partiría por la presión. Soltó a Isthar y se dirigió a Sam con paso resuelto.

—No tengo que explicarte nada, ¡que seas mi socia no te da derecho a inmiscuirte en mi vida! —le dijo con los dientes apretados.

Aquella contestación dibujó un rictus furioso y avergonzado en Sam, que lo miró enardecida. Llevaban seis años trabajando juntos y, aunque en la actualidad solo fuesen socios, en los comienzos de su relación Jacob y ella habían tenido algún que otro escarceo que él no tardó en cortar «por el bien de la relación laboral». Pero ella no había perdido la esperanza de que algún día viese en ella a una compañera, además de socia. Había estado enamorada de Jacob todo aquel tiempo, esperando y aguardando a que él cambiase de opinión. Haciéndose imprescindible para él. Por eso, cuando le dijo que se marchaba unos días para recuperar la propiedad familiar, no dudó en apoyarlo. Hasta que vio que los días se convertían en semanas, y en su última conversación lo oyó hablar con una mujer a la que aseguró no poder esperar a besar. Aquello la hizo enfurecer y cegar de celos. Siempre lo había considerado suyo. No lo había visto mantener relaciones serias y se convenció de que solo era cuestión de tiempo que él volviese a sus brazos, hasta que vio que estaba en los de otra. Y ahora él la despreciaba, le decía delante de toda aquella gente que no tenía derecho a inmiscuirse.

—¿Que no tengo derecho? ¿Cuando te marchas dejándome sola con el negocio durante semanas para supuestamente recuperar la casa de tu padre, y descubro que lo que estás haciendo es tirarte a esta rubia? ¡Creo que tengo todo el derecho del mundo a reclamar una explicación! —terminó con tono histérico.

—¿La casa de tu padre? —preguntó Istar a su espalda.

Jacob se giró y vio la decepción y desconcierto en el rostro de Istar.

—¿Jacob Brandon Brody? ¿Eres el hijo del antiguo propietario, el que quiere quitarme la casa?

Las preguntas de Istar llegaron hasta él cargadas de todo el dolor y desesperación que ella sentía. Y algo se rompió en su interior, ante la certeza de que acababa de perderla.

—Charlie, ¿puedes acompañar a Sam a la salida, por favor? Necesito hablar con Istar —dijo en un intento desesperado por reconducir la situación. Necesitaba poder explicarle, aunque no sabía de qué manera, cómo habían sido las cosas. A su espalda oyó como Sam protestaba mientras era acompañada por Charlie hasta su coche, pero no le importaron las protestas de su socia. Solo podía perderse en la mirada

herida de Istar y buscar un resquicio que le permitiese llegar hasta ella.

—¡No quiero hablar contigo! ¡Me has engañado... todo este tiempo! — lo acusó con voz rota. Estaba a punto de llorar.

—Istar, cariño... —comenzó a decirle acercándose a ella.

—¡No me llames cariño! ¡No te acerques a mí! ¡No te conozco! —gritó ella dando varios pasos atrás. Afortunadamente para ella, vio como las mujeres del pueblo se colocaban frente a ella para franquear el paso de Jacob.

—Será mejor que la dejes ahora —le dijo Hilary con mirada reprobatoria, cruzándose de brazos.

—Sí, ya has hecho bastante —añadió Emma a su lado, cerrando bandas. El resto de mujeres formó un muro de protección a su alrededor.

—Tengo que hablar con ella —les dijo desesperado—. Istar, por favor... No es lo que parece...

—¡Es exactamente lo que parece! ¡No te atrevas a seguir mintiéndome! ¡He sido una ingenua, una imbécil, una estúpida! Me has estado engañando todo este tiempo. Ocultándome quien eras... Jugando conmigo... Solo para conseguir la casa. ¡No quiero volver a verte! —le gritó y se marchó corriendo en dirección a la caravana.

Las mujeres la siguieron, dejándole claro que no lo dejarían hablar con ella. Y supo que la había perdido para siempre.

Capítulo 32

—¿Dónde está? —preguntó Jacob al enorme hombre que ya conocía con el nombre de Billy, mientras este recogía las cosas de la caravana para llevarla de vuelta al pueblo—. ¡Tengo que hablar con ella!

Billy lo miró por encima del hombro a su espalda, y volvió a la tarea de soltar las cuerdas que Istar había anudado allí para tender la ropa, en silencio.

J.B. se enfureció aún más al ver que el hombre lo ignoraba y no le daba la información que le reclamaba. Necesitaba encontrar a Istar. La noche anterior, después de tomarse unas cuantas cervezas de más, intentando ahogar la frustración de que ella se negase a dejarlo explicarse, Charlie se lo había llevado a su casa. Pero aquella mañana, en cuanto abrió los ojos y el recuerdo de la mirada de Istar rota por la decepción se abrió paso en su mente, volvió a la casa para hablar con ella y hacerle entender lo que había pasado. Pero, para su desesperación y angustia, Istar no estaba. En su lugar, su amigo Billy estaba recogiendo la caravana y ni en la casa ni en los alrededores había rastro de ella.

—¡Hey! ¡Te he hecho una pregunta! ¿Dónde está? —le dijo, clavando un dedo en la espalda del grandullón para llamar su atención.

Este se giró un poco, volvió a mirarlo sobre su hombro y, tras ver su expresión ofuscada, se dio cuenta de que no iba a parar.

—¿No crees que deberías haberlo hecho antes? —le preguntó Billy con tono pausado, algo que exasperó aún más a Jacob—. Ahora ya es tarde —dijo. Y, volviendo a su tarea, le dio la espalda nuevamente.

—¿Cómo que es tarde? ¡No puede ser tarde! ¡Tengo que explicarle...! Dime, ¿dónde está? —le exigió, tomándolo por la camisa y obligándolo a girarse para atenderlo.

Billy lo miró con el ceño fruncido.

—Mira, estoy intentando ser paciente contigo, aunque lo que me apetece es aplastarte como a un gusano de un puñetazo —le dijo el grandullón amenazante—. Ella no se merecía lo que le has hecho, es una buena chica. Ya tienes lo que quieres, te ha dejado la casa, así que déjala en paz.

Jacob lo miró atónito. Sin duda merecía todo lo que ese hombre quisiera decirle, incluso que quisiera aplastarlo, como le había dicho,

como a un gusano. Él sentía como el más rastrero de todos, pero no entendía que le quería decir con que ella le había dejado la casa.

—¡Yo ya no quiero la casa! ¿Cómo que me ha dejado la casa?

Billy lo miró entornando la mirada.

—Eso es lo que me dijo cuando la llevé al aeropuerto. Ha renunciado a la herencia en tu favor.

Jacob se pasó las manos por el pelo confuso. ¡Ella había renunciado a la casa! A la única cosa que podría salvarla de la situación precaria en la que se encontraba. Había luchado y peleado como una leona durante aquellas semanas para conseguir restaurarla y venderla. Y había renunciado a todo. ¿Por qué? ¿Por qué lo había hecho?

—Necesito hablar con ella —le dijo a un Billy que lo miró sorprendido. Su tono ya no era exigente. Se le veía angustiado y confuso.

—¿No tienes ya lo que buscabas? ¿Por qué tienes que hablar con ella? ¿No puedes dejarla en paz? —lo interrogó, cruzándose de brazos sobre su gran pecho.

—Mira Billy... ¿Puedo llamarte Billy? —le preguntó.

—Para ti, señor Gran Billy —puntualizó el gran hombre sin cambiar la postura.

Jacob enarcó una ceja pero no hizo comentario alguno. Estaba seguro de que, si alguien sabía algo de Istar, ese era su amigo. De manera que todas sus esperanzas residían en conseguir convencer a aquella mole, y si lo tenía que llamar señor Gran Billy, como si lo tenía que llamar «oh-gran-dios-del universo», lo haría.

—Señor Gran Billy... —dijo, y el grandullón sonrió complacido—. Necesito que me ayudes. Sé que ahora mismo solo piensas en estampar mi cara contra el suelo y hacerme morder el polvo, y si cuando termine de explicarte todo sigues queriendo hacerlo, dejaré que hagas conmigo lo que quieras, pero tengo que encontrarla.

Billy lo miró de arriba abajo, evaluándolo lentamente. Sí, tenía ganas de aplastar a aquel tipo. Cuando Istar le contó lo que había hecho y quién era se sintió furioso. Había tomado un gran aprecio por la chica, a quien consideraba digna de toda admiración por su coraje, su valentía y su capacidad de lucha sin dejarse derrotar. Y desde luego él se había portado de la manera más vil y mezquina engañándola y utilizándola. Pero algo no le cuadraba. Se suponía que había hecho todo aquello para recuperar la casa y, si ya la había conseguido, ¿qué buscaba de ella ahora? No le iba a

consentir jugar con Istar por más tiempo. Y si no lo convencía se aseguraría de que jamás diese con ella, pero de momento iba a escucharlo.

Capítulo 33

El dolor era tan grande, tan abrumador e intenso que Istar pensó en varias ocasiones que moriría por no poder soportarlo. Estaba rota, rota por dentro. Destrozada como no había vuelto a sentirse en la vida desde la marcha de su padre. Con cada latido de su corazón sentía punzadas atravesarle las entrañas. La inmensa decepción y el sentirse estúpida y avergonzada por haberse dejado engañar superaban a la rabia que debía haberse apoderado de ella. Si tuviese ganas de asesinarlo, de herirlo, si fuese capaz de odiarlo por encima de todo... Pero el dolor era tan grande que no dejaba espacio para nada más. No podía hacer más que llorar y llorar y dejarse llevar una y otra vez por la sensación de vacío y desesperada necesidad de que todo hubiese sido un sueño. No quería pensar, no quería reconocer que había entregado su corazón de la manera más ingenua, desinhibida, sin coraza. Se había expuesto por completo a un hombre que la había utilizado, jugado con ella, engañado de la manera más vil y despreciable.

Toda la vida se había protegido, tal y como le había dicho Kat en aquella discusión que las tuvo un mes separadas. Había elegido una y otra vez hombres que no la pudiesen herir, que no la pudiesen abandonar como había hecho su padre. Hombres que sabía de antemano que no terminaban de cuadrar en su foto, a los que no se terminaba de entregar por completo, porque era la forma más segura de no volver a sentir aquel dolor insoportable que se siente cuando la persona a la que más amas en el mundo te abandona. Así había estado dando tumbos de una relación imperfecta a otra hasta que dio con Kevin. Con él había estado segura de que jamás podría hacerle daño porque no podía amarlo. Él la había engañado y robado y no sintió ni por asomo el dolor y la decepción que la atormentaban en aquel momento. Porque, a pesar de lo que se hubiese estado diciendo a sí misma, J.B. había sido mucho más que el mejor sexo que hubiese tenido en su vida. Desde la primera vez que lo vio, desde que sus miradas se cruzaron y él le sonrió, su corazón comenzó a latir diferente, como si cada una de sus golpes fuese destinado a unirla a él. Pensó que saber que tarde o temprano se marcharía de allí era suficiente para no tener que protegerse de él, del sentimiento tan enorme y

abrumador que generaba en ella, y había ido sin coraza, desesperada por sentirlo, por dejarlo entrar, por dejar que la tocara, por fuera y por dentro. Le abrió su alma como no se la había abierto a ningún hombre en su vida. Y él la había roto. Ya no le quedaba nada. No tenía la herencia de su tío, pronto perdería su casa en Nueva York y todo por lo que había luchado en su vida, pero todo eso carecía de valor para ella, porque en Australia también había perdido el corazón y las ganas de que este siguiese latiendo.

Miró por la ventanilla de su asiento y las luces de Nueva York aparecieron ante ella como una alfombra de estrellas bajo sus pies. Tomó aire e intentó recordar lo que su vida allí le hacía sentir, pero no podía. Llevaba tres días llorando sin parar. Ya no sentía nada. Cuando supo que todo lo que había vivido allí había sido una mentira, que había sido el títere de J.B. decidió que ya no tenía nada más que hacer allí y llamó al Gran Billy para que fuese a por ella y la llevase al aeropuerto. Hizo las maletas y se dispuso a marcharse lo antes posible. Pensó que abandonando aquel desierto rojo y el recuerdo constante de lo que había vivido también la abandonaría el dolor. Pero no había sido así. Muy al contrario, fue creciendo en su interior, devorándolo todo a su paso.

Ni siquiera cuando llegó a los brazos de sus amigas, que la esperaban en la terminal del aeropuerto para recogerla, pudo hacer otra cosa más que llorar. Adele y Lein la rodearon haciendo un sándwich con ella, abrazándola e intentando reconfortarla, pero ella solo quería dejar de sentir.

—Ya estás en casa, cariño. Todo ha pasado ya —le dijo Adele, pero ella sabía que no era así.

Acababa de comenzar una vida entera de vacío y dolor.

No había más.

—¡Hace un calor infernal! —se quejó Istar, pasándose la mano por la frente. Enterró los pies en la arena y al sacarlos se concentró en ver cómo esta resbalaba por su piel cayendo.

—Es el último fin de semana de agosto, ¿qué esperabas? —contestó Adele con un resoplido— Para mí es peor, tú no llevas un bebé estufa en tu interior.

Istar miró a Adele, su tripa era ya bastante abultada. Estaba de siete meses y se la veía preciosa. Sintió cierta envidia al pensar que en pocos

meses conseguiría cumplir su deseo de ser mamá, mientras ella lo veía cada vez más lejano.

Ya no le quedaba nada. En un par de días se ejecutaría el plazo para el pago de su deuda con el banco, y ni por asomo disponía del dinero. También había cedido la propiedad de la casa en Grover Rock a J.B. Era lo que él quería, lo que había ido a buscar hasta allí. «Ya lo tiene», pensó. Ella no quería nada que tuviese que ver con él, ni con su tío, ni con nada que le recordase a aquellas semanas. Su gesto se rompió nuevamente en una mueca triste que llamó la atención de Kat, que se acercaba con unas bebidas.

—Creo que tenía que haber traído unos tequilas. Los mojitos sin alcohol no van a cambiar tu gesto amargo —le dijo, sentándose a su lado y chocando el hombro contra el suyo.

—Lo siento, sé que no soy la mejor compañía para celebrar tu despedida de soltera. Encima estamos aquí, en Long Island, en la playa... por mí...

—Eso es cierto, voy a tener un huevo cocido en lugar de un niño por tu culpa —apostilló Adele y, cuando la Istar la miró, le sacó la lengua.

El gesto le arrancó una sonrisa.

—Es normal que estés así. Te han roto el corazón, ahora es difícil que no veas otra cosa más que dolor, pero estamos aquí, contigo. No estás sola y sé que saldrás de esto, como sales de todo, con coraje —le dijo Kat, rodeándola con su brazo—. De momento, por la deuda del banco no tienes que preocuparte, ya está todo solucionado.

Istar, que había apoyado la cabeza sobre el hombro de Kat, se incorporó de repente.

—¡No me mires así! ¿Crees que íbamos a dejar que perdieras tu casa?

—Kat, ¡no tenías que haberlo hecho! No puedo devolverte el dinero... —le dijo Istar apurada.

—No he sido yo, ha sido Randy. Me ha llamado mientras preparaba las bebidas. Me ha dicho que no tenías que preocuparte por nada, que ya estaba todo solucionado y que espera que eso te ayudase a relajarte y disfrutar un poco este fin de semana.

—¡Oh, vaya! Yo... No tengo palabras... —el nudo que se instaló en su garganta, mezcla de emoción y vergüenza porque sus amigos hubiesen tenido que hacer frente a su problema, no la dejó continuar. En su lugar las lágrimas se agolparon en sus ojos, cegándola por completo y rompió de

nuevo a llorar.

—Estoy segura de que esto no era lo que pretendía Randy —le dijo Kat, abrazándola de nuevo— Niña, es solo dinero. No tiene importancia ninguna. Solo importas tú. Quiero que estés bien, recuperar a mi Istar de mirada salvaje. La que se come el mundo por los pies.

Istar asintió aún sin poder pronunciarse. Se limpió las lágrimas del rostro y miró hacia el mar. Inmenso, brillante bajo aquel sol que lo hacía relucir como un espejo. De un color azul tan intenso como el de los ojos de Jacob...

Y entonces vio una figura masculina salir del agua, emergiendo como un dios hermoso, de rostro sexy y cuerpo cincelado, y se le detuvo el corazón en seco. Se volvió a pasar las manos por los ojos, eliminando el resto de lágrimas y comprobó con espanto que se estaba volviendo loca. Había perdido la cabeza, ahora alucinaba y veía a Jacob.

Capítulo 34

—¡No puedes dejarme así! —oyó Jacob que gritaba Sam a su espalda mientras él recogía las cosas de la mesa de su despacho.

—Ya te lo dicho, me voy. Y, la verdad, después de lo que hiciste, espero que ahora no montes también una escena —le contestó él sin darse la vuelta, gesto que enfureció aún más a la mujer.

La estaba ignorando deliberadamente. Sabía que no tenía que haberse dejado llevar por los celos, que no tenía que haberse presentado así en Grover Rock, pero la desesperación de saber que podía estar perdiéndolo la había hecho descontrolarse. Aun así pensó que, cuando las cosas se calmasen, él volvería al trabajo, a la empresa que tantos años les había costado crear y levantar. Sabía lo que aquel negocio significaba para Jacob. Amaba el mar, los rescates y la libertad que le proporcionaba ser uno de los mejores en su oficio y, por lo tanto, poder permitirse ser su propio jefe. Pensó que, cuando sopesase todo lo que la empresa suponía para él, olvidaría lo sucedido y volvería junto a ella. Por supuesto, lo de recuperarlo como pareja habría tenido que quedar relegado por un tiempo, pero esperaría, como lo había estado haciendo durante tantos años ya. Pero Jacob le había dicho que no podía seguir trabajando con ella y había comenzado a recoger sus cosas, como si todo lo que habían vivido juntos pudiese borrarse de un plumazo. Fue hacia él y lo golpeó en la espalda con fuerza.

—¡Eres un cabrón! —le dijo mientras seguía golpeándolo.

Jacob se dio la vuelta y la sujetó por las muñecas.

—¿Te has vuelto loca? ¡Sam, para!

Ella lo miró, cambió su gesto en un segundo y pasó de ofrecerle una mirada furiosa a mostrarle un puchero quejumbroso.

—Dime la verdad... Nunca significué nada para ti, ¿verdad? —le dijo ella con ojos brillantes.

—Creí que éramos amigos. Siempre te dejé claras mis intenciones. No entiendo esto.

—Yo siempre te he amado, siempre te he esperado. Pensé que con el tiempo...

—Sam, eres una buena mujer. Y una gran buceadora, pero lo nuestro no

habría podido funcionar jamás.

Jacob aflojó su agarre y ella se soltó dando un paso hacia delante.

—¡No! ¡Todo iba bien entre nosotros... hasta que llegó ella! —dijo, rodeándole el cuello.

J.B. se vio sorprendido por el gesto de ella. Sam aprovechó su turbación para posar sus labios en los de él en un acto movido por la desesperación. Jacob la separó inmediatamente.

—No te hagas esto. No lo hagas, Sam, por favor. Yo no te quiero. No puedo hacerlo. Debí darme cuenta de lo que sentías por mí y haber cortado nuestra relación laboral hace mucho. Habría evitado todo esto. Pero no lo hice y lo siento.

Dio un paso atrás, se acercó a su mesa y recogió la caja con sus cosas. Sam lo miró perpleja.

—Mandaré a uno de mis hermanos a por el resto —le dijo ya en la puerta—. Espero que tengas mucha suerte y que encuentres alguien que te corresponda como mereces, Sam —añadió antes de marcharse, saliendo por la puerta sin mirar atrás.

Kat se encaminó a la habitación que compartían Istar y ella en el hotel-pensión Harmony, el único que había en todo el pueblo de Oak River, la pequeña y encantadora población en la que había nacido su futuro marido y en la que se celebraría la boda en tan solo un par de días. Istar y ella llevaban hospedadas allí dos semanas, desde que habían vuelto de la despedida de soltera. Randy y ella habían decidido pasar las noches previas a la boda separados, para seguir con la tradición. Y aunque estaba siendo duro no estar con el macizo de su prometido, más duro habría sido saber que Istar la necesitaba y no estaba con ella.

El fin de semana de la despedida había sido un auténtico desastre. De ninguna manera consiguieron animar a Istar, que pasó los días entre ausente, llorosa y perdida. Y había decidido llevársela consigo al pueblo para que, con la excusa de que la ayudase con los preparativos finales previos a la boda, tenerla vigilada y que no se sintiese sola. Pero no estaba siendo sencillo. Istar hacía días que había dejado de llorar, pero seguía ausente y distaba mucho de ser la de siempre, llena de coraje y determinación. Le había dicho que veía a Jacob por todas partes, sin poder olvidarse de él. Y por las noches la oía llamarlo en sueños. Jamás pensó

ver a Istar así de destrozada por un hombre y, si ella misma lo hubiese tenido a su alcance, lo habría estrangulado con sus propias manos por haber roto su corazón.

Llegó hasta la habitación y tomó aire un par de veces antes de introducir la llave en la cerradura y abrir. Entró con la mejor de sus sonrisas dibujada en los labios pensando en el plan de distracción que iba a proponerle para aquella tarde, pero Istar ni le prestó atención al entrar. Estaba sentada en el suelo enmoquetado de la habitación, con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en la pared y los auriculares en los oídos. Se acercó a ella lentamente para no asustarla y le quitó uno de los auriculares que se llevó a su oído.

—Bien, hemos pasado de *The heart wants what it wants* de Selena Gómez a *Kiss me* de Ed Sheeran, es un avance. No más canciones de dolor y ruptura —le dijo con una sonrisa.

—Me besó con esa canción —le dijo ella, explicándole el recuerdo que le evocaba el tema.

Kat chasqueó la lengua contra el paladar.

—Vale, ¿has entrado en una fase autodestructiva?

Istar negó con la cabeza.

—Pues es lo que parece. Istar, cariño, sé cómo te sientes, yo una vez también me sentí así. Si pudiese hacer cualquier cosa que disminuyese tu dolor, cualquier cosa...

—No puedes... Pero no tendrás que hacerlo. De verdad no estoy en una fase masoquista. Necesito llenarme de amor, y recordar esos momentos impregnados de ese sentimiento y no llenos de dolor.

Kat la miró sin entender.

—No quiero transmitirle eso.

—¿A quién, niña? No te entiendo...

—A mi bebé. Kat, estoy embarazada —le dijo, dejando que asomasen las lágrimas a sus ojos.

Kat se llevó las manos a los labios y, emocionada, comenzó a llorar junto a ella. Sabía cuánto había deseado su amiga toda la vida ser madre, y estaba esperando un bebé. Estaba feliz por ella, muy feliz.

—¿Y cómo te sientes? —le preguntó, sentándose junto a ella en el suelo.

—Feliz —le dijo con una sonrisa, la primera que le veía en semanas y ella también sonrió—. . También estoy nerviosa y un poco asustada. Vale —volvió a sonreír—, muy asustada.

—¿Por qué? —preguntó Kat, aunque intuía la respuesta.

—Voy a ser madre soltera, como Adele. Yo sé lo que es crecer sin un padre, es duro —hizo una pausa y posó las manos en su tripa plana—. ¿Seré capaz de darle la seguridad y el amor que necesite para que no note su falta?

—¡Claro que sí! Siempre he tenido claro que serías una madre fabulosa. Tu hijo será un bebé mimado y consentido y crecerá lleno de amor. Eso sí, cuando sea algo mayor, te preguntará por su padre y entonces tendrás que saber qué decirle.

—Sé lo que voy a decirle —le dijo mirándola con resolución—, que su madre se quedó embarazada sintiendo el amor más infinito e inmenso que sintió jamás, hasta que nació él.

Kat sonrió emocionada y se fundió con Istar en un fuerte abrazo.

Capítulo 35

Adele, Lein e Istar entraron en la habitación de Daryle, la hermana de Randy y dama de honor junto a ellas en la boda de Kat, y vieron a su amiga frente al espejo mirándose embelesada con su vestido de novia. Una preciosa creación estilo *vintage* de Vera Wang, regalo de su jefa y editora Lilian. Estaba simplemente impresionante. El vestido se ajustaba ligeramente, dibujando su bella y curvilínea silueta hasta la cadera. A partir de ahí, la tela caía en varias capas como una cascada que terminaba por derramarse a sus pies dejando una pequeña y elegante cola a su paso. Era sencillo, muy romántico. Istar no tuvo duda de que Randy cuando la viese quedaría impactado por lo preciosa que estaba su amiga, que resplandecía de felicidad.

—¿Os lo podéis creer? ¡Me voy a casar! —les dijo feliz.

Sus amigas la rodearon y, abrazadas, comenzaron a dar saltitos juntas, riendo.

—Y nada más y nada menos que con Randy Buxton —le dijo Istar, guiñándole un ojo.

Kat le devolvió una sonrisa inmensa, feliz de que Istar estuviese mucho más animada. Su cambio en los últimos dos días había sido espectacular. Sabía que seguía con el corazón roto y apenas conseguía disimular el dolor que sentía al pensar en J.B., pero saber que en su interior se gestaba su hijo, su pequeño, hacía que hubiese encontrado la fuerza y motivación necesaria para luchar por salir adelante. Ahora era solo cuestión de tiempo que su corazón dejase de llorar por el canalla que se había atrevido a rompérselo.

—Ahora que lo pienso, ¡no os acerquéis a mí demasiado! —les dijo Kat, apartándose de sus amigas como un resorte.

—¿Pero qué hemos hecho? —protestó Lein sorprendida.

—Tú nada, tú sí puedes venir —le dijo a su amiga, abrazándola de nuevo—, pero vosotras alejaros de mí. Está claro que por aquí hay un virus *baby boom* y ahora mismo me viene fatal. Ya veremos en unos meses, pero por el momento prefiero ser solo tía.

—Opino exactamente igual —apuntó Lein, alejándose otro paso de Adele e Istar. Las otras rieron con ganas.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus risas.

—¡Chicas, ya salimos! —les avisó a través de la puerta Leland, el padre de Randy.

—¡Ya vamos! —contestó Kat y miró a sus amigas nerviosa—. Ya llegó el momento...

—Va a ir todo genial. Somos muy felices por ti —dijo Adele y las cuatro chicas se volvieron a fundir en un abrazo.

—Bueno, bueno, vamos a dejarlo ya que al final voy a llegar con el maquillaje corrido —dijo Kat. Se separó de sus amigas con la voz cargada de emoción y, tomando aire, salió de la habitación seguida por sus chicas.

El jardín de robles rojos y azaleas púrpuras y rosas que habían elegido Kat y Randy para celebrar la ceremonia de la boda era lo más impresionante que hubiese visto Istar jamás. Tan romántico e íntimo que hacía que pareciese que estuviesen en un cuento de hadas. El perfume de las azaleas inundaba el ambiente. Y la intensidad de los olores hizo que estuviese a punto de marearse en un par de ocasiones. En aquellos momentos sus amigas le dieron la mano y, emocionadas, siguieron disfrutando de la hermosa e íntima ceremonia en la que Kat y Randy se juraron amor eterno, embelesados y perdidos el uno en la mirada del otro. Cuando finalizaron los preciosos votos y el sacerdote los declaró marido y mujer, un emocionado Randy tomó el rostro de Kat entre sus manos y la besó con devoción demostrándole lo feliz que le hacía que ella fuese por fin su esposa y que, como él decía, hubiese un papel que la obligase a estar con él legalmente. Los vítores y aplausos inundaron el ambiente.

Tras la ceremonia se dispusieron a abandonar el jardín y fueron hasta la plaza del encantador pueblecito a disfrutar de la celebración. Mientras los asistentes iban a realizar el trayecto en sus vehículos, los novios lo harían en la Fat Bob de Randy. Una exultante Kat les tiró el ramo desde la parte trasera de la moto entre risas, hasta que vio que este caía en las manos de Istar.

—¿Estas de broma, no? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

Kat se encogió de hombros y se despidió con la mano viendo que Randy arrancaba ya la moto.

—Nunca se sabe, niña. Nunca se sabe —le dijo Adele, sonriendo. Se acarició la tripa y resopló.

Isthar imitó su gesto, poniendo los ojos en blanco y siguió a sus amigas hasta el coche.

Un par de horas más tarde, después de haber devorado una estupenda comida, tomado dos raciones de tarta y comenzado a beber un delicioso cóctel sin alcohol, comenzaron los discursos de felicitación para los novios. El primero fue Wade, el hermano de menor de Randy, les hizo reír contando algunas anécdotas de su hermano de su época adolescente. Entonces Isthar tomó el micro, dispuesta a felicitar a la pareja a la que tanto quería, pero, cuando estaba a punto de hablar, creyó ver entre los asistentes, trajeado con un elegante traje gris y camisa celeste a juego con sus increíbles ojos, a J.B., y tuvo que dejarse caer en la silla por la impresión. Con la excusa de haberse mareado de nuevo, cedió su turno a Travis, el otro hermano de Randy, prometiendo reservar su discurso para más tarde. Pero el pulso se le aceleró tanto y de manera tan vertiginosa, haciendo que le faltase el aire, que no pudo recomponerse mientras duraron los discursos. Cuando finalmente los novios terminaron el primer baile con el que abrieron la pista organizada en el cenador, bellamente decorado con más azaleas, decidió acercarse a ellos para darles la felicitación personalmente. Sorteando entre los asistentes, llegó hasta la feliz pareja, en el centro de la pista, que se prodigaba pequeños besos y amorosas palabras al oído, como si el resto del mundo hubiese dejado de existir para ellos.

—Siento interrumpiros, chicos —les dijo a su lado—, pero quería acercarme a felicitaros.

—Gracias, niña —le dijo Kat, feliz, soltando a su recién estrenado marido y dándole un abrazo.

Cuando esta la soltó finalmente tras un largo y emocionante momento, Isthar felicitó también a Randy con otro abrazo y aprovechó para hacer algo que llevaba días queriendo hacer.

—Randy, quería agradecerte... que me ayudases con mi problema con la deuda del banco. No sé, cómo ni cuándo, podré devolverte ese dinero, pero te juro...

—Isthar —la interrumpió él, posando una mano en su hombro—, no tienes nada que agradecerme.

—Claro que sí, si no llega a ser por ti...

—No, me refiero a que no fui yo el que pagó la deuda. Estaba dispuesto a hacerlo cuando recibí una llamada de alguien que me rogó que le dejase hacerlo a él.

Isthar se quedó petrificada y confusa.

—Pero ¿quién...? No lo entiendo.

Isthar y Kat, confusas, pues esta última no estaba al corriente de lo que acababa de decir Randy, lo vieron mirar detrás de ellas y señalar a alguien. Las chicas se giraron e Isthar se agarró con fuerza al brazo de Kat, temiendo caer desmayada. Estaba teniendo otra alucinación. Allí estaba J.B. con su traje gris y su camisa celeste. Le ofrecía una media sonrisa que hizo que sus piernas se volvieran de gelatina.

—Jacob... —dijo con voz temblorosa y consternada.

—¿Ese es J.B.? —preguntó Kat atónita.

—Entonces, ¿tú también lo ves? —preguntó Isthar, sintiendo que el latido de su corazón abandonaba su cuerpo.

—Randy, ¿qué hace ese hombre aquí? —preguntó con reproche Kat a su marido.

—Quiere hablar con ella.

—No puedo, no puedo... —fue todo lo que consiguió decir Isthar sintiendo como el dolor volvía a apoderarse de ella, y salió corriendo entre la gente en busca de un lugar en el que poder serenarse y estar sola, huyendo de él y del dolor.

J.B. la vio salir corriendo y fue tras ella sin pensárselo dos veces. Kat quiso hacer lo mismo, pero Randy la retuvo en sus fuertes brazos, impidiéndoselo.

—¡Déjame, tengo que ir con ella! ¡Me necesita! —le dijo frustrada.

—Necesita escuchar lo que él tiene que decirle —le contestó, tomando su rostro entre las manos, el rostro de su preciosa esposa, al fin, y la besó ligeramente en los labios, de manera tan sutil como el aleteo de una mariposa.

Kat contuvo el aliento.

—¡Suéltame, embaucador, por mucho que me beses no olvidaré que has estado conspirando a mi espaldas con el hombre que le ha roto el corazón a mi amiga!

Randy no la soltó, solo rio mientras la volvía a besar.

—He conspirado para hacer feliz a nuestra amiga. Todos cometemos errores, Kat. Nosotros lo sabemos, pero el amor se abre paso si se sigue

luchando por él, y a veces hace falta la ayuda de un amigo para que así sea. Istar me ayudó en su día cuando yo lo necesité. Me sentía en deuda con ella.

Kat suavizó un poco su gesto ofuscado.

—Bien, pero más te vale que él no vuelva a hacerle daño o te lo haré pagar el resto de nuestro matrimonio.

—Está bien, pero, por el contrario, si todo sale bien y ella termina siendo feliz, tendrás que compensarme cada día, para el resto de nuestras vidas —le dijo él con una de sus arrebatadoras sonrisas y Kat sintió mariposas en el estómago.

—Trato hecho —le dijo, e intentó darle la mano para sellar el acuerdo.

—Mejor dame un beso, señora Buxton.

Y ella obedeció sin rechistar.

Capítulo 36

Isthar corría por la pradera que llevaba desde el templo hasta la zona de aparcamiento, cegada por una mezcla de dolor, confusión, amor, odio y lágrimas. Se sentía superada por todo cuanto sentía y no se veía preparada para afrontar nada más.

—¡Isthar! ¡Isthar, por favor! ¡Necesito hablar contigo!

Oyó que J.B. la llamaba a su espalda y se giró para ver a cuánta distancia estaba de ella. Lo vio correr con una bolsa de papel en la mano color lavanda, con la mala suerte de pisar con los tacones el vuelo de su vestido de dama de honor y caer de bruces sobre la hierba.

—¡Maldita sea! —se quejó mientras se miraba las manos. Algo la había pinchado y vio una rama seca. Se había clavado una astilla—. ¡Mierda! ¡Es que tengo la suerte en los tacones! ¿Qué más me puede pasar?

Jacob llegó hasta ella y la vio maldecir tirada en el césped. La había visto caer y se había preocupado por ella, hasta que la vio quejarse con gesto ofuscado. Se aproximó y se arrodilló junto a ella para inspeccionarla.

Isthar lo vio allí, pegado a ella. Era de verdad. Estaba allí y no sabía por qué. Solo supo que, en cuanto tuvo su pecho fuerte junto a ella, sus sentidos dejaron de funcionar.

—¿Estás bien? —le preguntó él preocupado, dejando la bolsa en el suelo e intentando tomarle las manos y ver qué le había pasado en ellas.

—¿Estás de broma? ¡Suéltame, malnacido! —dijo ella, apartándose.

—La última vez que me insultaste tuve que inmovilizarte, ¿es lo que quieres ahora? —le preguntó él.

Isthar lo miró con ojos desorbitados y vio que J.B. exhibía una sonrisa socarrona que daban ganas de borrarle de un bofetón.

—¡No te soporto! —bufó, mirando para otro lado.

—Eso no es verdad, lo sabes... —dijo él pensando que sí, ella estaba furiosa, pero aún no había salido corriendo otra vez, ni le había dicho que se marchara. Era buena señal—. ¿Te he dicho ya que te pones adorable cuando te enfadas?

Isthar puso los ojos en blanco.

—Deja tus artimañas de playboy australiano de tres al cuarto y dime qué

haces aquí. No lo entiendo, ya tienes tu casa. Es lo que querías... ¿Por qué vienes a torturarme? ¿No te has divertido bastante ya?

Isthar contuvo una lágrima a punto de escapar para precipitarse por su mejilla.

—No... La casa no es lo que quería, ya no. No te voy a negar que, cuando llegué al rancho, así era. Por eso fui hasta allí, para hacer que devolvieses la propiedad que consideraba de mi familia y que tu tío le quitó a mi padre. Pero entonces te conocí... Y todo cambió, Isthar.

Ella no se atrevía a mirarlo.

—¡No cambió, seguiste mintiéndome! Nunca supe quién eras en realidad, mientras tú y yo... Da igual, ¡eres un extraño para mí!

—Ese fue mi error. Debí explicarme, debí decirte quién era en realidad, debí decirte lo que significas para mí...

El corazón de Isthar se precipitó en una carrera desenfrenada. No sabía si podía escuchar algo más. Tenía miedo. Ella, Isthar Intrépida Holt, como él la había llamado, estaba aterrada. J.B. tenía poder sobre ella, el poder de hacerle daño como ningún otro hombre podría hacerlo. Ya le había roto el corazón una vez. No quería volver a exponerse, entregarle el control de sus sentimientos y quedar a su merced. No podía consentirlo, ni por ella, ni por su bebé.

—¡Ya da igual! ¡Es tarde! No puedo dar marcha atrás... —dijo ella, levantándose del césped y comenzando a sacudirse la falda de hierba.

Jacob la miró con gesto pétreo.

—Imagino que pagarías mi deuda dejándote llevar por algún tipo de sentimiento de culpabilidad por lo ocurrido y quiero que sepas que te lo agradezco, y que te lo devolveré todo, pero ya está. No hace falta que digas nada más...

Jacob estaba harto de escucharla hablar, de que ella dijera que daba todo igual. Acortó la distancia entre los dos de un paso. Pasó una mano por su pelo y la agarró por la nuca mientras se apoderaba de su boca. Fue un beso cargado de desesperación, de sentimientos que sobrepasaron a una Isthar temblorosa y viva de nuevo desde hacía semanas. Jacob bebió de sus labios, de su boca, su aliento entrecortado y excitado. Sus labios carnosos se consumieron con las caricias más íntimas. Invadió la cavidad de su boca y buscó la suavidad de su lengua. Quería emborracharse de nuevo con su sabor. Necesitaba sentirla como hacía semanas que no podía. Semanas que habían supuesto su muerte en vida.

Lo había abandonado todo, su casa, su negocio, su familia... Todo. Por estar con ella. Solo quería estar con ella, despertar cada día con Istar enredado a su cuerpo, oyendo sus risas graves y sexys, haciéndole el amor hasta terminar exhaustos y rotos. Quería verla enfadarse, ofuscarse. Perderse en cada uno de los gestos de su rostro de ángel travieso y dedicar el resto de su vida a amarla, y se lo tenía que hacer entender. Pues no había otro lugar más para él que a su lado.

—Te amo —le dijo sin esperar más, apoyando la frente contra la suya mientras compartían el aliento entrecortado.

Ella se quedó petrificada, sin articular palabra y él aprovechó la ocasión.

—Te amo como creí que jamás sería capaz de amar a nadie. No he pagado la deuda por culpabilidad. Lo he hecho porque es lo que hacen las parejas. Se apoyan, comparten y crean un futuro juntos. Es lo que quiero, Istar...

—No puede ser... —dijo ella, intentando dar un paso atrás, pero él no se lo permitió. La mantuvo junto a él—. Nuestras vidas son tan distintas, tú vives en... Dios, no sé ni dónde vives. ¡No sé nada de ti! —dijo cerrando los ojos. No quería mirarlo, no quería perderse en la intensidad de su mirada infinita y azul.

—Me conoces... Aquí —le tomó una de las manos y se la puso en el pecho.

Istar sintió su calor a través de la tela fina de su camisa. Sintió latir su corazón bajo las yemas de sus dedos.

—Mírame, Istar —le ordenó, pero ella no se atrevió a moverse. Él la tomó por la barbilla y la obligó a hacerlo—. Te amo, desde la primera vez que te vi allí con tu camiseta de los Yankees y tus altísimos tacones, tendiendo sábanas en mitad del desierto. Desde que te oí hablar con tu amiga Kat y decirle que deseabas recorrerme con la lengua.

Istar puso los ojos como platos al escuchar la confesión de que la había oído.

—Sin más secretos —le dijo él y continuó—: Te amo también desde que vi como te enfrentabas cada día a todos los problemas, con una sonrisa, con determinación. Cuando conocí a la mujer intrépida, valiente, apasionada, entregada e increíblemente deliciosa que eres. Te metiste tan dentro de mí, en mi corazón —dijo él apretando más la mano femenina contra su pecho—, bajo mi piel, en cada pensamiento, que supe que jamás

podría hacer nada más que amarte. Sé que no sirve de nada, pero quise decirte la verdad, muchas veces. Pero entonces supe lo que te había pasado con tu ex, y tuve la certeza de que si te contaba cuánto te había estado ocultado te perdería para siempre. Y no podía hacerlo. No podía perderte. Por eso hablé con mi abogada y le dije que retirase la demanda de anulación de la herencia. No quería que nada se interpusiese entre nosotros. Además, no se me ocurre nadie que merezca tanto esa casa como tú. Por eso sigue siendo tuya.

—¿No la has vendido? —le preguntó atónita, sin entender—. Yo utilicé la fianza de la venta para la rehabilitación, cómo...

—Le devolví la fianza al comprador interesado. Le dije que no podía venderla, que tenía demasiado valor para nosotros.

—Nosotros... —dijo ella, mordiéndose el labio inferior con dudas. Pero, aunque tenía ganas de saltar de la alegría al saber que la casa no había sido vendida, antes de dejarse embaucar de nuevo volvió al ataque—. Has pagado mi deuda y la fianza de la casa... Eso es muchísimo dinero. ¿Te dedicas al contrabando o algo así? ¿Va a venir la policía a arrestarte a casa, levantándonos de la cama?

Jacob rio ante la fértil imaginación de Istar.

—¿Entonces volverás a dormir conmigo? —le dijo, atrapándola por la cintura y pegándola a su cuerpo.

—Lo estoy sopesando —dijo ella con una sonrisa.

—Bueno, entonces puedes estar tranquila. Soy buzo. Instructor de buceo y rescate. Uno de los mejores del mundo, para ser exactos —añadió con una sonrisa socarrona.

A Istar, solo imaginárselo con el traje de neopreno ya la estaba poniendo nerviosa, haciendo que su mente volase a escenas calientes y húmedas. Pero él siguió explicándose.

—He dejado la empresa y la asociación con Sam. He vendido mi parte. Es mucho dinero, el suficiente para dejarlo todo y venir contigo a construir una nueva vida para nosotros, juntos. Tampoco he tenido problema en encontrar trabajo aquí. Hay pocos en mi sector con mi formación.

—Lo has dejado todo... —dijo ella, mirándolo perpleja—. Por mí... ¿Y si te digo que no quiero estar contigo? —preguntó ella, entornando la mirada.

—Bueno, entonces tendría que dedicar cada día a demostrarte que tienes

que hacerlo. Puedo ser muy persistente... Tú y yo... Tal vez tenga que volver a llevarte de excursión —le dijo, susurrando frente a sus labios, que volvió a besar.

Isthar se sintió desfallecer, y la necesidad de que él volviese a estar dentro de ella se instaló en su vientre. Posó una mano sobre el mismo. Y se apartó de él, buscando serenar sus sentidos, que se aturdían ante su contacto.

Había llegado su hora. Le tocaba el turno a ella de confesar.

—¿Qué pasa? —preguntó él, que vio su cambio de actitud. Isthar había vuelto a mostrarse juguetona con él y pensó que estaban avanzando, hasta que ella volvió a separarse.

—Tengo algo que decirte... —confesó y, cuando vio que Jacob hacía ademán de aproximarse a ella de nuevo, lo detuvo con un gesto de su mano—. No te muevas de donde estás. Tengo que verte bien cuando te lo diga.

—Está bien, aquí me quedo —levantó las manos en claro gesto de rendición.

—No sé por dónde empezar... Yo apenas lo sé desde hace un par de días y para mí fue una conmoción, pero una conmoción feliz, porque siempre quise que pasara. O sea, no quiere decir que quería que pasase contigo, ni que lo buscara, pero siempre quise que pasara y, que haya sido contigo, bueno...

—Estás desvariando, ¿seguro que no quieres que vaya contigo...? —dijo J.B., comenzando a caminar hacia ella.

—¡No! Quédate ahí. ¡Estoy embarazada! —soltó de sopetón. Y, tras la bomba, se concentró en observar sus reacciones. No podrían estar juntos si él no quería a su hijo.

Jacob sonrió. Fue una sonrisa inmensa y limpia. Y no dijo nada más.

—¿No vas a decir nada? —lo miró ella perpleja.

Jacob se agachó y recogió la bolsa de papel del suelo, de la que ella ya se había olvidado. Sacó una caja del interior y fue hasta ella, que lo observaba estupefacta. Con manos temblorosas, Isthar tomó la caja cuando J.B. se la ofreció. La abrió con ciertas dificultades, pues le temblaba el pulso. Y encontró en su interior un pequeñísimo par de botas de trabajo en color arena. Su corazón se detuvo en seco y de nuevo sintió ganas de llorar.

Jacob sacó las botas de la caja y se las posó con delicadeza en la tripa

plana.

—¿Crees que le quedarán bien?

Isthar asintió entre lágrimas. Jacob dejó las pequeñas botitas en el interior de la caja, que depositó en el suelo, y rodeó a Ishtar con sus brazos, apretándola contra su cuerpo.

—No podría ser más feliz. Tener a la mujer más maravillosa, entregada y valiente del mundo a mi lado y que encima sea la madre de nuestros hijos. ¿Qué más podría pedirle a la vida?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Randy. Es un gran tipo. Me dijo que tú le ayudaste a él a recuperar la felicidad y que quería hacer lo mismo por ti.

Isthar asintió con una sonrisa dibujada en los labios.

—¿Eres feliz, Isthar Marie Intrépida Holt? —le preguntó, acariciándole con ternura la mejilla.

Ella asintió con lágrimas en los ojos.

—Necesito oírlo —dijo él, pegando la frente a la suya.

—Sí, Jacob Brandon Canalla Brody.

Él enarcó una ceja, sonriendo.

—Soy feliz —continuó Ishtar—. Porque yo también te amo, desde la primera vez que te vi, cruzando la calle principal de Grover Rock, y me sonreíste. Desde que tus labios se apoderaron de los míos en la caravana, haciendo que me sintiese viva por primera vez en la vida. Te he amado desde que conseguiste que me abriese a ti como a ningún otro hombre. Y mucho más cuando supe que me dabas el mejor regalo del mundo, este bebé.

Jacob ensanchó la sonrisa, emocionado. Tomó su rostro entre las manos y selló sus palabras con un beso apasionado y devastador.

—Chicos, siento la interrupción, pero... Adele acaba de ponerse de parto, mucho antes de salir de cuentas —les dijo, a pocos metros, una Lein azorada que se acercaba corriendo.

Isthar gritó ante la noticia.

—Vaya, tendré que dejar lo de la proposición de matrimonio para otro momento... —dejó caer J.B. cuando vio que ella se disponía a marchar corriendo.

Isthar se detuvo en seco inmediatamente. Se giró hacia él y, saltando a sus brazos, los besó con pasión. Cuando vio que sus cuerpos reaccionaban pidiendo más, se separó de él y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Sí, seré tu esposa.

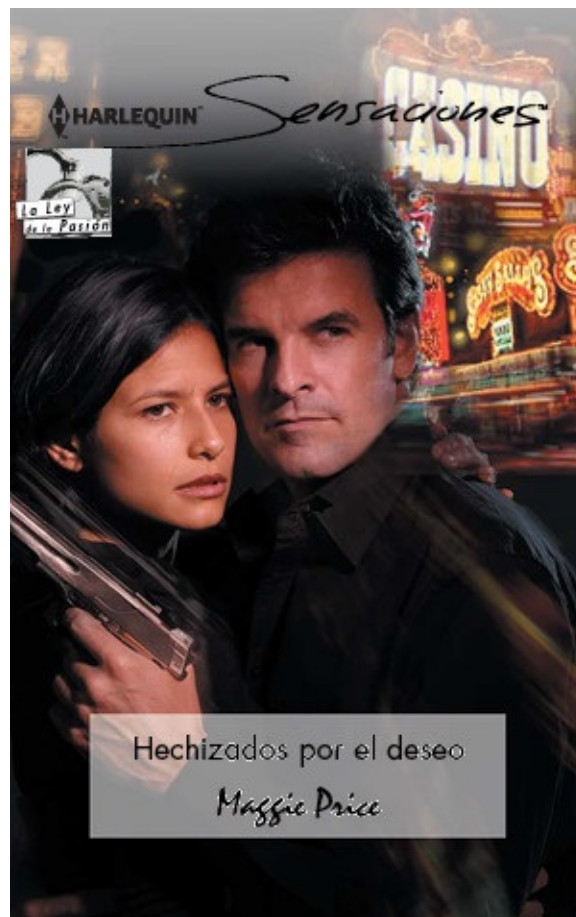
Le sonrió con picardía y salió corriendo en dirección al templo.

Jacob la vio correr feliz y llena de energía, tal y como era su futura esposa. Y corrió tras ella como haría ya para el resto de su vida.

Agradecimientos

Quiero agradecer este libro a mis maravillosos padres y suegros, porque, sin el tiempo que me regalan cada vez que lo necesito, no podría seguir escribiendo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com